

Periferia, subdesarrollo, dependencia

Claudio Katz

Claudio Katz economista, investigador del CONICET, profesor de la UBA, miembro del EDI. Su página web es: www.lahaine.org/katz

ÍNDICE

ÍNDICE

Marx y la periferia

El subdesarrollo en los marxistas clásicos

Centro y periferia en el marxismo de posguerra

El surgimiento de las Teorías de Dependencia

Críticas y convergencias con la Teoría de la Dependencia

Marx y la periferia

28-03-2016

Es sabido que Marx modificó su visión de los países subdesarrollados. Inicialmente concebía una ligazón pasiva de estas naciones con el auge y declive del capitalismo mundial. Posteriormente realizó la resistencia al colonialismo.

Ese giro fue intensamente discutido en los años 70 por los investigadores de su obra. El trasfondo de ese interés era el entusiasmo por las revoluciones socialistas en la periferia.

Los marxistas evaluaban la continuada brecha entre economías avanzadas y retrasadas, a la luz de las intuiciones expuestas por el autor de *El Capital*. Los autores nacionalistas criticaban la hostilidad (o indiferencia) de Marx hacia el mundo colonial. Los neoliberales impugnaban o demonizaban su obra. ¿Cómo abordó Marx el problema de la periferia?

SOCIALISMO COSMOPOLITA

En su primera visión Marx supuso que la periferia repetiría la industrialización del centro. Consideró que el capitalismo se expandiría a escala mundial creando un sistema interdependiente, que facilitaría tránsitos acelerados al socialismo. Estimaba que el despojo de los artesanos y los campesinos conduciría a una expropiación ulterior de los confiscadores.

El *Manifiesto Comunista* presenta esa mirada. El capitalismo es retratado como un régimen que derriba murallas y expande su dominación desde el centro hacia la periferia (Marx, 1967).

China es mostrada como una sociedad bárbara que será modernizada por la penetración colonial. India es descrita como un país estancado por la preeminencia de comunidades rurales, creencias místicas y déspotas parasitarios. Se supone que esas estructuras quedarán demolidas con la instalación del ferrocarril y la importación de textiles británicos (Marx, 1964: 30-58, 104-111).

Pero, a diferencia de sus contemporáneos, el pensador alemán combinaba ese análisis con fuertes denuncias. Remarcaba la destrucción de formas económicas arcaicas cuestionando al mismo tiempo

las atrocidades del colonialismo. Realzaba la función modernizadora del capital y objetaba las masacres perpetradas por los invasores.

Con este parámetro evaluaba el libre comercio. Los elogios al intercambio -que rompía el aislamiento de viejas sociedades- eran complementados con críticas a las dramáticas consecuencias de esa expansión.

Esta tensión entre ponderaciones y rechazos era compatible con una expectativa en rápidas victorias del socialismo. Marx suponía que la generalización del capitalismo aceleraría en pocas décadas la erradicación de ese sistema. También esperaba una vertiginosa irradiación de ese resultado desde el centro europeo hacia el resto del mundo.

Esta concepción cosmopolita del socialismo presuponía una acelerada secuencia de industrialización global, debilitamiento de las naciones y eliminación del colonialismo. Era una mirada afín al internacionalismo proletario de la época, que retomaba las utopías universalistas gestadas durante el siglo de las luces.

Marx compartía el proyecto humanista de trascender inmediatamente a la nación por medio de comunidades sin fronteras. A diferencia del cosmopolitismo radical legado por la revolución francesa, promovía la igualdad social junto a la ciudadanía universal (Lowy, 1998:11-21).

Al subrayar que el “capital no tiene patria” el revolucionario alemán observaba la mundialización del predominio burgués, como un paso hacia la disolución conjunta de las naciones y las clases. Esta propuesta de hermandad global gozaba de gran predicamento entre el artesanado geográficamente móvil que nutría a la I Internacional (Anderson, P, 2002).

REBELIONES Y VIRAJES

Marx quedó muy impactado por la rebelión china de Taiping (1850-64) que fue zanjada con millones de muertos. Denunció al colonialismo británico y observó esa tragedia como un proceso destructivo carente de alternativas. También fue conmovido por la revuelta de los cipayos de India (1857-58), que los ingleses aplastaron en forma sangrienta. Allí comenzó a notar cómo la expansión del capitalismo desataba grandes resistencias de los oprimidos (Marx, 1964: 139-143, 161-181).

Estos alzamientos modificaron su mirada. Ya no desvalorizó lo ocurrido en las colonias, ni repitió que las sociedades asiáticas estaban destinadas a copiar el patrón europeo. El actor omitido en el *Manifiesto Comunista* comenzó a cobrar cuerpo. Marx fue uno de los primeros pensadores occidentales en apoyar la independencia de la India.

Pero el mayor cambio se produjo con los levantamientos de Irlanda. Allí confirmó que el saqueo colonial destruye sociedades sin facilitar su desarrollo ulterior. Marx comparó la devastación británica de su vecino con las depredaciones que realizaban los mongoles. Observó que la reorganización rural impuesta en la isla era una caricatura de lo realizado en Inglaterra. Lejos de aumentar la productividad agraria reforzó la aristocracia territorial, la expulsión de los campesinos y la concentración de la propiedad.

El autor de *El Capital* también notó cómo la burguesía inglesa bloqueaba el surgimiento de manufactureras irlandesas, para garantizar el predominio de sus exportaciones. Además, los capitalistas se aprovisionaban de fuerza de trabajo barata para limitar las mejoras de los asalariados británicos.

Al observar el saqueo de Irlanda, Marx abandonó su expectativa anterior en la expansión capitalista. Percibió cómo la acumulación primitiva no es la antesala inmediata de procesos de industrialización, en un país sometido al despojo (Marx, 1964: 74-80).

A partir de ese momento transformó su simpatía por la resistencia en India y China en un elogio explícito de la lucha nacional. Enalteció la rebelión de los irlandeses, que retomando viejas tradiciones comunales obligaron a los británicos a militarizar la isla.

El teórico alemán participó intensamente en las campañas para lograr la adhesión de los obreros ingleses a esa lucha. Comprendió la necesidad de contrarrestar la división promovida por los capitalistas entre los asalariados de ambas naciones. Señaló que la lucha irlandesa contribuía a reducir esas tensiones y adoptó la famosa frase de propaganda a favor de los resistentes fenianos (“un pueblo que oprime a otro no puede ser libre”) (Barker, 2010).

Los escritos de 1869-70 ilustran esta maduración. Marx ya no concibió la independencia de Irlanda como un resultado de victorias proletarias en Inglaterra. Privilegió una secuencia inversa e incluso consideró que la eliminación de la opresión nacional era una condición de la emancipación social. Destacó la estrecha interacción entre ambos procesos y recordó cómo en el pasado el aplastamiento de Irlanda había contribuido a frustrar las revoluciones contra la monarquía inglesa (Marx; Engels, 1979).

ESCLAVOS Y OPRIMIDOS

La nueva concepción de convergencias entre el proletariado europeo y los desposeídos del resto del mundo motivó el apoyo de Marx al Norte en la guerra de secesión estadounidense (1860-65). Adoptó la bandera del abolicionismo frente a la gran presión de los fabricantes británicos a favor del Sur. Los capitalistas se abastecían del algodón cosechado por los esclavos y convocaban a los obreros textiles ingleses a preservar su empleo, evitando toda participación en el conflicto americano.

Marx denunció ese chantaje y ratificó la necesidad de acciones comunes a ambos lados del Atlántico, para doblegar la sociedad de los explotadores británicos con los plantadores sureños.

Esa campaña también apuntó a contrarrestar la fractura racista dentro de la naciente clase obrera estadounidense. Los asalariados inmigrantes observaban al esclavo como un competidor que achataba su salario. Marx promovió pronunciamientos de la I Internacional para crear vínculos entre los trabajadores blancos y los oprimidos afro-americanos.

La guerra de secesión se desarrollaba en un país percibido como una democracia potencial de gran envergadura. Marx consideraba que la liberación de los esclavos y el aplastamiento de los plantadores aportarían un ejemplo mayúsculo de logros revolucionarios.

Por eso criticaba la timidez inicial de Lincoln que rechazaba el armamento de los negros promovido por los abolicionistas radicales. Estas vacilaciones ponían en peligro la victoria del Norte, que superaba ampliamente a los confederados en el plano económico y militar (Marx; Engels, 1973: 27-74, 83-171).

En su nueva etapa Marx celebró los procesos revulsivos en varias partes del mundo. Nunca dudó de la primacía europea en el pasaje al futuro socialista, pero subrayó el protagonismo de otros sujetos. Reivindicó la constitución de las juntas radicales en Cádiz frente a la invasión napoleónica y retrató con gran simpatía las rebeliones de las Antillas contra el colonialismo anglo-francés.

Pero lo más significativo fue su apoyo a México. Denunció la expedición de Maximiliano para cobrar deudas ocupando el país y apoyó las grandes reformas democráticas introducidas por Benito Juárez. Con esa definición dejó atrás su justificación anterior de la apropiación de Texas por parte de los colonos anglo-americanos (Marx; Engels, 1972: 217-292).

Marx abandonó su tesis precedente de emancipación externa de la periferia. Ya no supuso que los cambios en el mundo serían más rápidos que la maduración interna de las sociedades no europeas. Su visión del futuro pos-capitalista comenzó a incluir rebeliones en la periferia convergentes con el proletariado europeo.

DEMOCRACIAS Y COMUNAS

La nueva mirada enriqueció el enfoque de Marx sobre las batallas democráticas en el Viejo Continente. Esas luchas incluían demandas de autodeterminación nacional de pueblos sometidos a las monarquías imperiales de Rusia y Austria.

El teórico comunista era un activo partícipe de esas confrontaciones y apoyaba las unificaciones de Alemania e Italia resistidas por las autocracias. Marx auspiciaba la radicalización socialista de esas luchas. Proclamaba la carencia de patria del proletariado e imaginaba procesos de convergencia popular que desbordarían las fronteras. Pero favorecía también las insurrecciones nacionales que debilitaban al zarismo y a los Habsburgo (Munck, 2010).

Marx ponía el foco en quién resiste y cómo se presenta cada batalla. Razonaba en términos de acción y protagonistas de grandes gestas. Por eso reivindicaba la resistencia de los húngaros contra los ocupantes austríacos y la belicosidad de los polacos contra los opresores rusos.

Observaba especialmente el combate de Polonia como un “termómetro de la revolución europea”.

Ese país había perdido su independencia con la partición entre Rusia, Prusia y Austria y era epicentro de reiterados levantamientos (1794, 1830, 1843, 1846).

Marx adoptó ese anhelo nacional como una bandera permanente. No sólo registró la espontánea solidaridad que suscitaba en todo el continente. También polemizó con las corrientes anarquistas que descalificaban esa resistencia, tanto por su ligazón con la nobleza como por su lejanía con las reivindicaciones obreras. Al proclamar que “Polonia debe ser liberada en Inglaterra”, Marx discutía con un enfoque que anestesiaba la conciencia internacionalista de los trabajadores (Healy, 2010).

El revolucionario alemán asignó a la independencia de ese país una gran incidencia en la batalla contra el zarismo. Como priorizaba la derrota de esa fuerza conservadora tomó partido contra Rusia en la guerra de Crimea con el Imperio Otomano. Rehuía el neutralismo y jerarquizaba los triunfos sobre al enemigo principal.

A partir de lo observado en India, China, Irlanda y México, Marx incorporó una nueva hipótesis de fuerzas transformadoras al interior del imperio ruso. Reconsideró el papel de las viejas formas comunales en el agro, que anteriormente veía como simples rémoras del pasado. Estimó que podían cumplir un rol progresista y evaluó la posibilidad de un tránsito directo al socialismo desde esas formaciones colectivas (Marx; Engels, 1980: 21-65).

Su nueva mirada sobre la periferia influyó en esta aceptación de un salto directo hacia etapas pos-capitalistas. Marx modificó su rechazo previo a esa eventualidad. Lo que había descartado en 1844 como una ingenua modalidad de “crudo comunismo” se convirtió treinta años después en una alternativa factible. Por eso extendió el estudio de las comunas a otros casos (India, Indonesia, Argelia).

UN NUEVO PARADIGMA

En su primera etapa Marx resaltó la dinámica objetiva del desarrollo capitalista como un proceso de absorción de formas precedentes de producción. Resaltó el rol de las fuerzas productivas como determinantes primordiales del curso de la historia. Por eso supuso que el capitalismo se desenvolvería

incorporando a la periferia al torrente de la civilización.

En el segundo período Marx abandonó la idea de un amoldamiento pasivo del mundo colonial al devenir del capitalismo. Consideró saltos de etapas y señaló fuerzas activas que en la periferia podían acelerar la introducción del socialismo.

Kohan interpreta este viraje conceptual como un cambio de paradigma. Una filosofía unilineal asentada en el comportamiento de las fuerzas productivas fue reemplazada por una mirada multilineal, que resaltaba el papel transformador de los sujetos. La revisión de la problemática nacional-colonial precipitó el viraje.

Esta caracterización contrasta con la tradicional dicotomía entre dos Marx que introdujo Althusser. Ese enfoque distinguía al joven “humanista”-concentrado en la problemática filosófica de la alineación- del viejo “científico” absorbido por la detección de leyes del capitalismo. En el tratamiento de la periferia esa secuencia se invierte. El pensador debutante del *Manifiesto* estaba más atento a los procesos objetivos de expansión capitalista y el autor maduro de *El Capital* resaltaba la gravitación subjetiva de la lucha nacional y social (Kohan, 1998: 228-254).

Kevin Anderson subraya este mismo itinerario. La rígida cronología de absorción de la periferia a la modernización del centro fue reemplazada por una mirada de cursos abiertos y variados de desenvolvimiento histórico.

También estima que las singularidades de la periferia indujeron a Marx a dejar atrás el estricto modelo de adaptación de las superestructuras (políticas, ideológicas o sociales) a los cimientos económicos. El esquema de amoldamiento del contexto social (relaciones de producción) al crecimiento económico (fuerzas productivas) fue sustituido por una visión de procesos codeterminados y sin direccionalidades preestablecidas (Anderson K, 2010: 2-3, 9-10, 237-238, 244-245).

Otros autores sostienen que este giro de Marx no alteró su modelo inicial (Sutcliffe, 2008). Pero el tenor de los cambios indica modificaciones sustanciales. En 1850 Marx avizoraba al movimiento democrático de China e India como un simple aliado de los obreros europeos. En 1870 ya

observaba la independencia de Irlanda como un motor de la revolución en Inglaterra. En 1880 fue más lejos y consideró que Rusia compartía con Europa un lugar clave en el debut del socialismo.

CONVERGENCIA Y FRACTURAS

La visión rudimentaria de la periferia que expuso del primer Marx sintonizaba con la inmadurez de su pensamiento económico. Por eso el *Manifiesto* avizoraba un vertiginoso proceso de mundialización que se verificó recién en la centuria posterior.

Junto a la *Miseria de la filosofía y Trabajo asalariado y capital*, el *Manifiesto* se ubicó a mitad de camino en la elaboración de Marx. Ya había desarrollado su crítica a la propiedad privada, descubierto la centralidad del trabajo, modificado el análisis antropológico de la alienación y captado la utilidad de la concepción materialista de la historia.

Pero no había superado a Ricardo, ni reformulado la teoría del valor con el concepto de la plusvalía. Las mismas correcciones cualitativas que introdujo Marx en su visión de China, Irlanda o Rusia fueron incorporadas a su visión de la economía.

En el *Manifiesto* exponía analogías entre el obrero y el esclavo que todavía estaban emparentadas con el “salario de subsistencia” de Ricardo. No caracterizaba aún el valor de la fuerza de trabajo como parámetro histórico-social, sujeto al impacto contradictorio de la acumulación. Aparecían referencias a la “miseria creciente” que serían sustituidas por enfoques centrados en la declinación relativa del salario. Las crisis eran presentadas como efectos del sub-consumo, sin integrar la estrechez del poder adquisitivo al movimiento descendente de la tasa de ganancia (Katz, 1999).

Estas insuficiencias permiten entender los errores que cometió Marx en sus primeras caracterizaciones de Asia y América Latina. A medida que perfeccionó sus investigaciones sobre el capitalismo, sustituyó la presentación de tendencias genéricas del mercado mundial por análisis específicos de la acumulación a escala nacional.

En la preparación de *El Capital* Marx analizó en detalle la economía inglesa. Estudió tarifas, salarios, precios, ganancias, tasas de interés, rentas y pudo observar contraposiciones entre el desarrollo y el subdesarrollo.

Analizó por ejemplo los vínculos del atraso irlandés con la expansión industrial británica. Notó como la equiparación entre economías centrales coexistía con brechas crecientes con el resto del mundo.

La época de Marx (1830-70) estuvo signada por la irrupción de varios focos de acumulación (Europa Occidental, América del Norte, Japón), junto a una segunda variedad de colonialismo. Por eso hubo proteccionismo en las economías emergentes y libre-comercio a escala mundial.

En su segunda etapa el teórico alemán comenzó a percibir variedades de evolución en la periferia, a partir de las diversidades en curso en el centro. El debut británico con industrialización -preparado por beneficios comerciales y agrícolas- fue sucedido por la expansión manufacturera francesa con gran incidencia de los bancos. Rusia extendió su estructura fabril con impulso militar preservando la servidumbre y Estados Unidos siguió un modelo opuesto de puro despegue capitalista .

Cuando Marx afirma que “el país más desarrollado muestra al siguiente la imagen de su propio futuro” alude a ese tipo de economías equivalentes. No extiende la igualación a la periferia. Se refiere a una evolución entre pares o a un tránsito hacia esa equiparación.

En esta etapa de maduración, Marx no sólo distinguió la industrialización clásica de economías abiertas (Inglaterra) de la industrialización tardía de estructuras protegidas (Alemania). También diferenció ese bloque de los países subordinados a los imperativos del capital extranjero (China).

Esta caracterización anticipó la fractura posterior entre semiperiferias ascendentes y periferias relegadas. En el primer bloque sólo se ubicaron las economías partícipes de la industrialización, que forjaron mercados internos y absorbieron la revolución agrícola (Bairoch, 1973: cap 1 y 2). Alemania y Estados Unidos despuntaron además en las narices de Inglaterra y Francia, porque las potencias coloniales no podían frenar a sus rivales.

La periferia quedó explícitamente excluida de esas convergencias. El caso irlandés ilustra cómo las autoridades coloniales gravaban con altos impuestos todas las actividades manufacturadas locales, para garantizar el ingreso de importaciones inglesas.

Marx maduró su enfoque y algunos investigadores sostienen que habría distinguido dos tipos de economías. Las que asimilaban la expansión capitalista desde un estadio inferior (“atrasadas”) y las que no prosperaban por su sometimiento al colonialismo (“trasplantadas”) (Galba de Paula, 2014: 101-108, 141-143).

CAUSAS EXÓGENAS Y ENDÓGENAS

Marx captó que el capitalismo genera segmentaciones entre el centro y la periferia, pero no definió las causas de esa polarización. Sugirió varios determinantes exógenos en su crítica al colonialismo y puntualizó causas endógenas en su análisis de las estructuras pre-capitalistas. Pero no precisó cuál de esos componentes incidió más en la fractura global. Sólo observó la ampliación de esa brecha en el origen y en la formación del capitalismo.

El teórico alemán evaluó el primer impacto en su estudio del pillaje perpetrado durante la acumulación primitiva. Describió las transferencias de recursos consumadas para gestar el acervo inicial de dinero requerido por el sistema. Retrató cómo los metales sustraídos de las colonias cimentaron el debut del capitalismo europeo. Esta línea de análisis fue continuada con los estudios de la desindustrialización forzosa de Irlanda y las confiscaciones padecidas por China o India (Marx, 1973: 607-650).

Marx también describió ampliaciones de la brecha centro-periferia bajo el capitalismo ya formado. Sus observaciones sobre el intercambio desigual ilustran ese tratamiento. Afirmó que en el mercado mundial el trabajo más productivo percibe una remuneración superior al más retrasado, reforzando la supremacía de las economías que operan con técnicas avanzadas (Marx, 1973: cap 20).

Pero en otros comentarios igualmente numerosos Marx atribuyó el retraso de la periferia a la incidencia de rémoras pre-capitalistas, que impiden la masificación del trabajo asalariado, renuevan la servidumbre o amplían la esclavitud.

Señaló que estas formas arcaicas de explotación se recreaban para satisfacer la demanda internacional de materias primas, incrementando las rentas acaparadas por latifundistas, hacendados o plantadores de África, Asia y América Latina.

Marx no definió la primacía del origen colonial-exógeno o rentista-endógeno del subdesarrollo. Sólo pareció indicar una gravitación cambiante en distintos momentos del capitalismo.

Numerosos historiadores marxistas y sistémicos han enfatizado uno u otro componente. Los exogenistas ilustran cómo Europa se nutrió de la “des-acumulación primitiva” impuesta a América y del holocausto esclavista generado en África (Amin, 2001: 15-29).

Subrayan que el colonialismo logró separar a Europa de sociedades que habían alcanzado un nivel semejante de desarrollo (Medio Oriente, Norte de África, Meso-América) y otorgó a Gran Bretaña una primacía sobre sus competidores. Sostienen que en condiciones agrícolas, estatales e industriales equiparables, Inglaterra tomó la delantera por sus ventajas de ultramar (Wallerstein, 1984: 102-174; Blaut, 1994).

Por el contrario, los teóricos endogenistas explican el subdesarrollo de la periferia por la ausencia de transformaciones agrarias. Estiman que el despojo colonial no fue relevante para la consolidación del capitalismo central. Consideran que las potencias marítimas perdieron peso en ese despegue (Portugal, España, Francia, Holanda), que el vencedor ingresó tarde a esa carrera (Inglaterra) y que varios contendientes exitosos eludieron las batallas externas (Bélgica, Suiza, Alemania, Escandinavia, Austria, Italia) (O’Brien, 2007).

También recuerdan que Europa se desarrolló aprovechando su auto-suficiencia en materias primas y consideran que el colonialismo tuvo efectos adversos sobre el espíritu empresario. Atribuyen las ventajas de Inglaterra a un modelo tripartito de revolución agraria (propietarios, arrendatarios y asalariados), que preparó el despegue fabril con expansión demográfica e industrias en el campo (Bairoch, 1999: 87-137; Wood, 2002: 94-102).

Pero el enfoque de Marx también inspiró posturas intermedias, que ilustran cómo el colonialismo incidió más en el origen que en la consolidación del capitalismo. Afirman que la gravitación inicial de los recursos sustraídos de las colonias fue posteriormente reemplazada por la supremacía de plus-ganancias, derivadas de procesos internos de acumulación. Esta hipótesis es congruente con la cambiante primacía de determinantes internos y

externos que sugirió el autor de *El Capital* (Mandel, 1978: cap 2).

INTERPRETACIONES LIBERALES

Los autores liberales ignoran las dos visiones de Marx del problema nacional-colonial. Sólo registran el primer período, resaltan sus caracterizaciones de India y omiten el viraje de Irlanda. Con ese recorte ubican al teórico del socialismo en la tradición “difusionista” que pondera el progreso y la expansión capitalista.

Warren fue el principal exponente de esa visión, que otorga al enfoque inicial del *Manifiesto* un status de teoría del desarrollo. Afirmó que Marx reivindicó el colonialismo británico en Asia por su labor disolvente de la vida vegetativa. También interpreta que ponderó los logros económicos de la colonización occidental, comparando esos avances con las situaciones previas de la periferia (Warren, 1980: 1-2, 9, 27-30).

Pero Marx nunca expuso esas exaltaciones del imperio y tampoco recurrió a contrapuntos históricos lineales. Lo que debe contrastarse es el efecto de la expansión capitalista en Europa y las colonias y explicar por qué razón generó acumulación en un polo y des-acumulación en el otro. Los liberales simplemente desconocen esa fractura.

Estiman que Marx evitó calificaciones morales, rehusó el romanticismo y valoró el individualismo. Consideran que aplaudió especialmente la cultura humanista de la modernización industrial (Warren, 1980: 7-18).

Pero toda la obra del pensador alemán fue una denuncia y no un elogio del capitalismo. Sus aterradoras descripciones de la acumulación primitiva, del trabajo infantil y de la explotación fabril ilustran ese rechazo. Incluso la contemporización inicial con el personalismo burgués se diluyó en la reivindicación posterior de la comuna. Las mejoras sociales que los liberales asignan al capitalismo eran vistas por Marx como resultados de la resistencia obrera.

Es absurdo afirmar que el teórico comunista avaló los crímenes cometidos por Inglaterra, para facilitar la implantación del capitalismo en las sociedades no europeas (Warren, 1980: 39-44, 116). Si Marx hubiera sido un Cecil Rhodes insensible a los

sufrimientos coloniales, no habría promovido campañas de solidaridad con las víctimas del despojo imperial.

Otros autores fascinados por el mercado coinciden en la presentación del teórico alemán como un entusiasta promotor de la ocupación británica de la India. Consideran que ese aval era congruente con la instalación de un modo de producción más avanzado (Sebrelí, 1992: 324-327).

Pero ese razonamiento positivista olvida los sufrimientos humanos que Marx registraba con mucha atención. Estaba comprometido con la lucha popular y no era indiferente a las dramáticas consecuencias sociales del desarrollo capitalista.

Los liberales colocan en boca de Marx su fanática exaltación de la burguesía. Afirmar que el revolucionario alemán presentó el advenimiento de esa clase social como un acontecimiento de conveniencia mayúscula para toda la sociedad (Sebrelí, 1992: 24).

Pero incluso en su primera etapa Marx subrayaba el otro costado de ese proceso: la aparición de un proletariado que debía sepultar a la burguesía para permitir la erradicación de la explotación.

Sebrelí desconecta las observaciones de Marx sobre la cuestión colonial de ese fundamento anticapitalista. Por eso ignora cómo la indignación social motivaba las investigaciones del autor de *El Capital*. Esa actitud lo distinguía de sus contemporáneos y explica su rechazo a las intervenciones imperiales.

Marx también objetó en su madurez las ilusiones en el libre comercio. Por eso, en lugar de promover la internacionalización de los mercados, auspició la asociación cooperativa de los pueblos.

VARIANTES DEL EUROCENTRISMO

Algunos autores nacionalistas coinciden con sus adversarios liberales en la presentación de Marx como un apologista del capitalismo occidental y objetan esta postura en términos virulentos. Afirmar que esa actitud lo indujo a “despreciar a los pueblos no occidentales” y a justificar el uso de la violencia para su sometimiento (Chavolla, 2005: 13-14, 255-261).

Con esa caracterización invierten la realidad. Un furibundo oponente del capitalismo es mostrado como adalid del *status quo* y su internacionalismo es identificado con la sumisión a la Reina Victoria.

Este enfoque presenta los escritos pre-Irlanda como prueba de sintonía con el colonialismo y atribuye esa postura al extremo eurocentrismo del teórico alemán (Chavolla, 2005: 16, 265-269).

Pero Marx estaba en la trinchera opuesta de personajes imperiales como Kipling. Era un pensador de la emancipación con proyectos comunistas contrarios a la opresión imperial. La errónea expectativa cosmopolita juvenil expresaba esa esperanza humanista de rápida gestación de un mundo sin explotadores. No tiene sentido ubicar este enfoque en el casillero del eurocentrismo imperial.

Otros autores consideran que Marx desconoció la opresión de la periferia por su “reduccionismo de clase”. Suponen que indagó exclusivamente las tensiones sociales en desmedro de la sujeción nacional y racial (Lvovich, 1997).

Pero olvidan que el segundo Marx jerarquizó las relaciones de clase, incorporando la raza, la nacionalidad y la etnicidad a un cuestionamiento simultáneo de la explotación y la dominación. Esta síntesis explica su defensa de Irlanda y Polonia y su compromiso con la causa anti-esclavista en la guerra estadounidense.

El eurocentrismo despectivo que los nacionalistas atribuyen a Marx es totalmente imaginario. Pero se puede considerar otra acepción del concepto, como sinónimo de atadura a un modelo de repetición universal de los valores forjados en el Viejo Continente.

En este segundo enfoque se presupone que Europa ofreció el rostro del futuro, al desarrollar la civilización superior que heredó de la Antigüedad clásica. Esta concepción influyó en el perfil positivista que adoptaron las ciencias sociales tradicionales (Wallerstein, 2004: cap 23).

¿Esta caracterización más benévola de eurocentrismo se aplica al Marx del *Manifiesto*? La respuesta es negativa, si se recuerda que el deslumbramiento con Europa incluye al capitalismo forjado en esa región. Marx fue el principal crítico del sistema que los europeizantes idolatran.

Esas miradas también universalizan cierto desarrollo particular resaltando la intrínseca supremacía de Europa sobre otras culturas. Por el contrario, el socialismo que promovía por Marx apuntaba a forjar desarrollos igualitarios y cooperativos entre todos los pueblos del mundo.

Ciertamente el autor de *El Capital* era alemán, vivió en Europa y estaba imbuido de la cultura occidental, pero desarrolló una teoría que desbordaba ese origen. A diferencia de muchos pensadores, no razonaba contraponiendo las virtudes de cierta civilización sobre otra. Explicaba la lógica general de la evolución social en función de contradicciones económicas (fuerzas productivas) y sociales (lucha de clases).

El eurocentrismo es un término utilizado también por varios autores marxistas, para caracterizar un defecto teórico del primer Marx. En este caso la calificación no implica rechazo. Señala un error de la concepción inicial, que otorgaba protagonismo absoluto al proletariado europeo en la emancipación de todos los oprimidos.

La misma denominación de eurocentrismo ha sido utilizada en sentidos muy contrapuestos para evaluar la trayectoria de Marx. Su identificación con desaciertos juveniles difiere de la asimilación con el colonialismo. Esta última acepción es inadmisibles.

“LOS PUEBLOS SIN HISTORIA”

Las alusiones de Engels a los “pueblos sin historia” son vistas por los críticos nacionalistas como otra confirmación de la desconsideración marxista por la periferia. Ese enfoque trataría a todas las fuerzas externas al proletariado occidental como masas irrelevantes e inmóviles (Chavolla, 2005: 188, 255-269).

Es cierto que Engels recurrió a esa controvertida noción para referirse a conglomerados incapaces de encarar su auto-emancipación. Recogió una categoría que Hegel utilizaba para caracterizar a los pueblos sin atributos suficientes para forjar estructuras nacionales.

Marx no aplicó ese concepto. Pero utilizó denominaciones virulentas contra los eslavos del sur, en su apasionada batalla política contra las autocracias imperiales. Como el zar y los Habsburgo habían logrado sumar a esos pueblos a

sus campañas contrarrevolucionarias, su reacción incluyó el rechazo de los derechos nacionales de esos grupos (Lowy; Traverso, 1990).

El militante socialista suponía, además, que muchas demandas de ese tipo no llegarían a concretarse. Estimaba que las naciones pequeñas serían absorbidas por vertiginosos torrentes de transformaciones internacionales, antes de alcanzar el umbral requerido para forjar sus propios estados.

Marx apostaba a una emancipación externa de muchos pueblos sin nítida definición nacional. Creía que el derrumbe de los regímenes monárquicos conduciría a ese desenlace. En su etapa inicial, Marx no reconocía la existencia de fuerzas históricas significativas para constituir estados diferenciados, en distintas partes de Asia y Europa Oriental.

No cabe duda que la tesis de los “pueblos sin historia” era desacertada y fue refutada en forma contundente por teóricos marxistas. Esa crítica demostró cómo se transformaban alineamientos políticos de un período en datos invariables de trayectoria nacional. Si el imperio ruso había logrado cooptar a los campesinos ucranianos, rumanos, eslovacos, serbios o croatas era por la opresión que sufrían por parte de la nobleza polaca y húngara.

Esa situación tripolar se verificó en numerosas ocasiones. Pueblos sojuzgados por opresores intermedios fueron empujados a jugar un rol reaccionario. Pero lo ocurrido con los irlandeses ilustró el carácter histórico variable de esos alineamientos. Cumplieron un rol contrarrevolucionario durante la era de Cromwell y luego encabezaron la lucha nacional (Rosdolsky, 1981).

En su segunda etapa Marx se alejó de cualquier variante de los “pueblos sin historia”. Algunos autores estiman que también Engels revaluó ese controvertido concepto en su caracterización de las guerras campesinas de Alemania (Harman, 1992).

Es igualmente falso presentar este problema como una prueba del eurocentrismo pro-colonial de Marx. Las naciones que el teórico alemán reivindicó de entrada (polacos, húngaros), que rechazó al inicio (eslavos del sur) o que descartó primero y luego aprobó (irlandeses) eran todas europeas. Si su criterio de discriminación para ingresar en la

historia fuera la pertenencia al Viejo Continente no hubiera utilizado esas distinciones.

Los críticos afirman que sostuvo a los polacos y a los irlandeses, pero despreció a los eslavos del sur, escandinavos, mexicanos, chinos y norteafricanos (Nimni, 1989). Pero este argumento geográfico es inconsistente. Los pueblos descalificados no se localizan sólo en Asia, África o América Latina, sino también en Europa.

Se podría quizás precisar que el pecado eurocentrista se ubica en la fascinación con Europa Occidental. Pero Marx desconoció al principio la pujanza revolucionaria de un país de esa región (Irlanda) y realzó la gravitación de otro de la zona oriental (Polonia).

Los objetores sugieren también que el eurocentrismo contiene principalmente una dimensión cultural de idolatría a Occidente. Estiman que por esta razón Marx se involucró en el conflicto extra-europeo de la guerra de secesión norteamericana.

Pero aquí no perciben lo obvio. Los confederados tenían mayor aproximación a Europa y Marx sostuvo a los yanquis, que luchaban por la liberación de esclavos de origen africano. No se guiaba por criterios de ascendencia, sino por objetivos de emancipación social.

NACIONES Y NACIONALISMO

Los críticos consideran que la tesis de los “pueblos sin historia” es una aberración derivada de caracterizar a la nación en términos puramente objetivos. Estiman que Marx cometió ese desacierto por reconocer sólo a las comunidades que tienden a forjar estados tradicionales, descartando los casos restantes (Chavolla, 2005: 117, 153-155).

El criterio atribuido al teórico alemán era muy corriente en el siglo XIX, cuando la formación del estado liberal presuponía ciertas condiciones de mercado, territorio, cohesión histórica y lengua. Fue la concepción adoptada también por las vertientes del marxismo que tipificaron a la nación a partir de sus componentes económicos, idiomáticos y territoriales (Kautsky), con agregados psicológicos o culturales (Stalin).

Pero la visión de Marx no encaja en ese esquema, puesto que jerarquizaba la acción política como

elemento definitorio de la conformación nacional. Se guiaba más por el proceso de lucha que por consideraciones *a priori*. Por eso avaló el reclamo de los irlandeses y no de los galeses absorbidos por Gran Bretaña o los bretones incorporados al estado francés.

Los objetores desconocen esta actitud y le achacan a Marx un razonamiento dogmático. Pero su comportamiento era exactamente inverso, como lo prueba el sostén a una nación como Polonia, que no reunía las condiciones de mercado o territorio requeridas para conformar un estado.

Los rígidos criterios atribuidos a Marx fueron elaborados por sucesores objetivistas, que desecharon la centralidad de los sujetos. Esa postura les impidió reconocer la gran variedad de configuraciones nacionales. En polémica con ese enfoque, una corriente subjetivista (austromarxistas) definió a la nación como una “comunidad de carácter”, asociada a la cultura y a la experiencia común (Lowy, 1998: 49-54).

Marx brindó pistas para combinar ambos planteos y realzando tanto las identidades como las determinaciones objetivas. Sugirió que los entrelazamientos económicos, idiomáticos o geográficos dan lugar a una memoria de pasado común.

Pero los cuestionadores desconocen esos aportes y observan en Marx una “subvaloración del nacionalismo”. Consideran que cometió ese error por subordinar la lucha contra la opresión nacional a consideraciones de clase (Chavolla, 2005: 95).

Con esta crítica se postula de hecho una jerarquía inversa, omitiendo la continuidad de la explotación y la desigualdad bajo cualquier estado nacional. En cambio, Marx promovía el socialismo para erradicar esos padecimientos.

Los objetores desconectan al teórico alemán de su tiempo (Saludjian; Dias Carcanholo, 2013). Suponen que ignoraba la legitimidad de nacionalismos, que en realidad recién despuntaban. A mitad del siglo XIX los estados se encontraban en plena formación, superando las soberanías fragmentadas y las fronteras porosas de las dinastías feudales.

El modelo clásico francés (o inglés) de gestación de la nación a partir del estado se había consolidado

mediante la delimitación de territorios, la administración de las leyes, la identificación de la lealtad con la patria y la construcción de un sistema escolar que inculcaba el apego a la bandera.

Pero el esquema opuesto alemán (o italiano) de pasaje de la nación hacia el estado desde culturas e idiomas previos recién germinaba. El nacionalismo como ideología que enaltece obligaciones público-militares de la ciudadanía aún no había emergido.

Marx no desvalorizó el nacionalismo puesto que actuaba en un escenario previo al desarrollo de esa doctrina. En ese contexto tuvo el mérito de sugerir la distinción entre vertientes progresivas (Irlanda, Polonia) y regresivas (Rusia, Inglaterra) de los planteos nacionales. Estableció esa diferencia en función del papel que jugaban en la aceleración o retraso del objetivo socialista (Hobsbawm, 1983).

Marx dilucidaba posturas con esa brújula. Por un lado realzaba las metas internacionalistas comunes de los trabajadores, rechazaba la supremacía de una nación sobre otra, combatía las rivalidades entre países y no aceptaba la existencia de pueblos virtuosos. Por otra parte valoraba las resistencias nacionales contra la opresión imperial, como un paso hacia el futuro pos-capitalista.

Marx sentó las bases para evaluar los nacionalismos y definir a la nación con criterios objetivo-subjetivos. Su mirada se contrapuso a los enfoques románticos que retoman mitos históricos, étnicos o religiosos para enaltecer a distintos países. Esa exaltación suele eludir la corroboración de los fundamentos que expone.

El nacionalismo imagina orígenes remotos y continuados de cada identidad nacional, desconociendo la enorme mutación de las comunidades que se entremezclaron en cada territorio. Recurre a supuestos de cohesión étnica que chocan con gran variedad de ascendencias generadas por los ciclos poblacionales. Supone que la religión facilitó la constitución de ciertas naciones, olvidando que las estructuras eclesiásticas transnacionales también obstruyeron esa gestación (Hobsbawm, 2000: cap 2).

Desconocen, además, que la lengua no aportó un vínculo definitorio de la nación. Una variedad enorme de idiomas convivieron, se diluyeron o se reinventaron a la hora de estandarizar la actividad estatal en torno a un léxico predominante. De 8000

lenguas sólo emergieron 2000 estados (Gellner, 1991: cap 4; Anderson, B, 1993: cap 7).

Marx no desvalorizó a las naciones, sino que contribuyó a desmitificar las creencias de su origen milenario, único o superior. Aportó los pilares para desmontar las fantasías que transmite el nacionalismo. Su cosmopolitismo inicial lo alejó de esas mitologías y su sensibilidad revolucionaria le permitió captar la legitimidad de las luchas nacionales contra el colonialismo.

ESTADO Y PROGRESO

Los críticos nacionalistas objetan también la mirada de Marx sobre el estado. Consideran que idealizó las formas burguesas convencionales, en desmedro de otras modalidades étnico-culturales surgidas de confluencias populares (Nimni, 1989).

Este cuestionamiento es bastante extraño, si se recuerda que Marx era un teórico comunista que promovía la disolución de todos los estados, a medida que se extinguieran los antagonismos de clase. No es muy sensato atribuirle fascinación por las vertientes tradicionales del estado.

Esa institución es enaltecida por nacionalistas, que observan al estado como un ámbito natural para alcanzar el bienestar de comunidades multclasistas. Marx rechazaba esa forma de perpetuar la explotación y sólo ponderaba el surgimiento transitorio de los estados forjados en la lucha contra la autocracia.

El luchador socialista promovía la acción por abajo y no la institucionalización por arriba. Auspiciaba lo contrario de lo supuesto por sus críticos. La imagen de un Marx estatista que desvaloriza las construcciones populares carece de sentido.

El teórico no sabía cuán importante resultaría la existencia de estados nacionales autónomos en la determinación del lugar ocupado por cada país en la jerarquía mundial. Ese dato se clarificó con posterioridad a su fallecimiento. Pero su defensa de esa soberanía anticipó un rasgo clave de la relación centro-periferia. Las comunidades que no conquistaron la independencia política sufrieron más duramente las consecuencias del subdesarrollo. Los contrastes entre Japón y la India o entre Alemania y Polonia ilustran esa bifurcación.

Los objetores no valoran las intuiciones del pensador socialista y le atribuyen una “teoría del progreso”, que condena a las naciones atrasadas a seguir la senda de los avanzados (Nimni, 1989).

Ese retrato podría encajar en los socialdemócratas de la II Internacional, pero no cuadra con el segundo Marx. En esa etapa no se verifica ningún rasgo de la visión teleológica de la historia, que los críticos asignan a su familiaridad con Hegel.

El autor de *El Capital* no supuso que el desenvolvimiento de la humanidad seguía un curso predeterminado y ajeno a la voluntad de los sujetos. Estimaba que en ciertas condiciones -que acotan el margen de la intervención humana- los individuos agrupados en clases sociales son activos constructores de su futuro. Esta visión quedó plasmada en el modelo multilineal de alternativas variadas.

Pero incluso el primer razonamiento unilineal era muy distinto al esquema de cuatro estadios sucesivos de Adam Smith. Marx no postuló transiciones automáticas o inevitables de modos de subsistencia primitivos a la fase comercial, ni compartió la mitología del progreso (Davidson, 2006).

Su evolución teórica fue antagónica con el retrato positivista que transmiten los críticos. Percibió que el capitalismo no se expande universalizando formas avanzadas, sino amalgamando desenvolvimientos con modalidades retrógradas (Rao, 2010).

Los estudios finales sobre Rusia ilustran hasta qué punto Marx se aproximó a ideas de desarrollo desigual y saltos de etapas históricas. Esas hipótesis se ubican en las antípodas del fatalismo objetivista (Di Meglio; Masina, 2013).

Los objetores no captan la flexibilidad de un razonamiento fundado en expectativas socialistas. Olvidan que las teorías del progreso presuponen una eternidad del capitalismo más próxima a las concepciones nacionalistas que al pensamiento de Marx.

LEGADOS

En su trayectoria analítica desde la India hasta Irlanda Marx sentó las bases para explicar cómo el capitalismo genera subdesarrollo. Este es el

principal aporte de sus textos sobre la periferia. No formuló una teoría del colonialismo, ni expuso una tesis de la relación centro-periferia, pero dejó una semilla de observaciones sobre la polarización global y la recreación del atraso..

Los señalamientos de Marx sobre el impacto positivo de las luchas nacionales sobre la conciencia de los obreros del centro aportaron cimientos al antiimperialismo contemporáneo. Indicaron la contraposición entre potencias opresoras y naciones oprimidas y enunciaron un principio de convergencia entre la lucha nacional y social.

Esos planteos inspiraron estrategias posteriores de alianzas entre obreros del centro y desposeídos de la periferia. También anticiparon el creciente protagonismo de los pueblos extra-europeos en la batalla contra el capitalismo.

Los escritos de Marx sobre la periferia no fueron obras menores, ni simples descripciones o comentarios periodísticos. Contribuyeron a su análisis del capitalismo central y motivaron cambios metodológicos de gran envergadura.

A principios del siglo XX sus trabajos inspiraron tres aportes claves a la teoría del subdesarrollo. Estas miradas de Lenin, Luxemburg y Trotsky requieren otro análisis, que desarrollaremos en nuestro próximo texto.

RESUMEN

El giro de Marx frente a la periferia suscita interés. Bajo el impacto de varias rebeliones modificó su mirada de la expansión capitalista mundial y sustituyó sus expectativas cosmopolitas por críticas al colonialismo. Revalorizó la lucha nacional e imaginó transiciones al socialismo desde formas comunales.

También reemplazó el esquema unilineal de desarrollo de las fuerzas productivas por una visión multilineal de desenvolvimientos variados. Percibió empalmes entre economías desarrolladas y fracturas con el resto del mundo, pero no definió primacías exógenas o endógenas en la gestación de esa brecha.

Los liberales transforman las denuncias de Marx del capitalismo en elogios. Los nacionalistas desconocen su viraje, equivocan las críticas al

eurocentrismo y recrean objeciones superadas a los “pueblos sin historia”.

Marx inspiró caracterizaciones objetivo-subjetivas de la nación y criterios para diferenciar los nacionalismos progresivos y regresivos. No postuló teorías del progreso y anticipó nociones sobre el subdesarrollo.

REFERENCIAS

Amin, Samir (2001). Capitalismo, imperialismo, mundialización, en *Resistencias Mundiales*, CLACSO, Buenos Aires.

Anderson, Benedict (1993). *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, F.C.E, México.

Anderson, Kevin B (2010). *Marx at the margins*, University Of Chicago Press,

Anderson, Perry (2002). Internacionalismo: un breviarío, *New Left Review*, n 14, mayo-junio.

Bairoch, Paul (1973). *El tercer mundo en la encrucijada: el despegue económico desde el siglo*, Alianza, Barcelona,

Bairoch, Paul (1999). *Mythes et paradoxes de l'histoire économique*, La Découverte, Paris.

Barker, Colin (2010), Review Marx at the margins, *Socialist Review*, July.August

Blaut, J.M. (1994). Robert Brenner in the tunnel of time, *Antipode: A radical journal of Geography* , 26, 4.

Chavolla, Arturo (2005). *La imagen de América en el marxismo*, Prometeo Libros, Buenos Aires.

Davidson, Neil (2006). From uneven to combined development in *Permanent Revolution: Results and Prospects 100 Years*, Pluto Press, London.

Di Meglio, Mauro; Masina, Pietro (2013). Marx, And Underdevelopment, in Saad Filho, Alfredo and Fine, Ben, *The Elgar Companion to Marxist Economics* . Aldershot: Edward Elgar.

Galba de Paula, Patrick (2014). *Duas teses sobre Marx e o desenvolvimento: considerações sobre a*

- noção de desenvolvimento em Marx. Universidade Federal do Rio de Janeiro,
- Gellner, Ernest (1991). *Naciones y nacionalismo*, Alianza, Madrid.
- Harman, Chris (1992). The return of the national question, *International Socialism*, 2:56, autumn, London.
- Healy, Barry (2010). Was Karl Marx 'Eurocentric'?, *Links International Journal of Social Renewal*, October, 22.
- Hobsbawm, Eric (1983). Marxismo, nacionalismo e independentismo, en *Marxismo e historia social*, Universidad Autónoma de Puebla.
- Hobsbawm, Eric (2000). *Naciones y nacionalismo desde 1780*, Crítica, Barcelona.
- Katz, Claudio (1999). Discutiendo la mundialización, *Razón y Revolución* n. 5, otoño, Buenos Aires.
- Kohan, Néstor (1998). *Marx en su (Tercer) Mundo: hacia un socialismo no colonizado*, Biblos, Buenos Aires.
- Lowy, Michael (1998). *¿Patrias o planeta?*, Homo Sapiens, Rosario.
- Lowy, Michael; Traverso, Enzo (1990). The Marxist Approach to the National Question: A interpretaron, *Science and Society*, Vol, 54, n 2.
- Lvovich, Daniel (1997). *De la determinación a la imaginación: las teorías marxistas del nacionalismo. Una interpretación*, FLACSO, Buenos Aires.
- Mandel, Ernest (1978). *El capitalismo tardío*, ERA, México.
- Marx, Carlos (1964). *Sobre el sistema colonial del capitalismo*, Ediciones Estudio, Buenos Aires.
- Marx, Carlos (1967). *El Manifiesto Comunista*, Claridad, Buenos Aires.
- Marx, Karl; Engels, Federico (1972) *Materiales para la historia de América Latina*, Cuadernos de Pasado y Presente / 30, Córdoba.
- Marx, Carlos (1973). *El Capital*, Tomo 1, FCE, México.
- Marx Carlos; Engels Federico (1973). *La guerra civil en los Estados Unidos*, La Rosa Blindada, Buenos Aires
- Marx Carlos, Engels Federico (1979). *Imperio y colonia. Escritos sobre Irlanda*, Pasado y Presente n 72, México.
- Marx, Karl; Engels, Federico (1980) *El porvenir de la comuna rural rusa*, Cuadernos de Pasado y Presente / 90, México.
- Munck, Ronaldo (2010). Marxism and nationalism in the era of globalization, *Capital and Class*, vol. 34, n 1, February.
- Nimni, Ephraim, (1989). Marx, Engels and the National Question, *Science and Society*, vol 53, n 3.
- O'Brien, Patrick, (2007). Global economic history as the accumulation of capital through of combine and uneven development, *Historical Materialism*, 15.
- Rao, Nagesh (2010). "When Marx Looked Outside Europe", *International Socialist Review*, Sept-Oct.
- Rosdolsky, Román (1981). *El problema de de los pueblos sin historia*, Fontamara, Barcelona.
- Saludjian, Alexis; Dias Carcanholo, Marcelo; Figueira Corrêa Hugo; Ferreira de Miranda, Flávio, (2013). *Marx's theory of history and the question of colonies and non-capitalist world*, Discussion Paper 015.
- Sebrelí, Juan José (1992). *El asedio a la modernidad*, Sudamericana, Buenos Aires.
- Sutcliffe, Bob (2008). Marxism and development, chapter 11, *International Handbook of Development Economics*, Volumes 1 & 2, 2008, Edward Elgar Publishing.
- Wallerstein, Immanuel (2004). *Capitalismo histórico y movimientos anti-sistémicos: un análisis de sistemas-mundo*, Akal, Madrid.
- Wallerstein, Immanuel (1984). *El moderno sistema mundial*, Volumen II, Siglo XXI, México.

Warren, Bil, (1980). *Imperialism, pioneer of capitalism*, NLB/Verso, London.

Wood, Ellen Meiksins (2002). *The origin of capitalism*, Verso.

El subdesarrollo en los marxistas clásicos

25-04-2016

Lenin, Luxemburg y Trotsky actuaron en un escenario de crisis, guerras y revoluciones. A principios del siglo XX las grandes potencias rivalizaban por conquistar territorios y asegurar la provisión de materias primas. Colocaban excedentes en mercados que operaban a escala mundial, mientras el comercio crecía más rápido que la producción y la modernización del transporte enlazaba todos los rincones del planeta [1].

Inglaterra podía neutralizar a su viejo rival francés, pero confrontaba con el nuevo competidor alemán y soportaba la creciente pérdida de posiciones frente a Estados Unidos. Los grandes litigios involucraban a la agresiva potencia nipona y a los declinantes imperios otomano, austro-húngaro y ruso. Aumentaban los conflictos en las regiones disputadas y los recursos comprometidos en las contiendas superaban todo lo conocido.

Los contrincantes propagaban la ideología imperial. Ponderaban las incursiones armadas, las masacres de nativos y la apropiación de tierras. Presentaban la instalación de colonos y la denigración racial como actos normales de civilización. Silenciaban, además, las tradiciones humanistas forjadas en el rechazo a la esclavitud.

En los años que precedieron al estallido de la primera guerra mundial, las metrópolis sometieron a las economías subdesarrolladas a sus prioridades de acumulación. Impusieron el predominio de sus manufacturas, aprovechando el abaratamiento de los medios de comunicación y la elevada rentabilidad de la inversión foránea. En una economía internacional más entrelazada y polarizada, la brecha entre países avanzados y retrasados se ensanchó abruptamente.

Los tres líderes del marxismo revolucionario se desenvolvían en partidos socialistas de dos países involucrados en las confrontaciones imperiales. El capitalismo germano había llegado tarde al reparto colonial y necesitaba mercados para continuar su crecimiento industrial. La vieja nobleza gestionaba con la nueva burguesía un sistema autocrático erosionado por grandes conquistas sociales.

El imperio zarista afrontaba contradicciones equivalentes. Combinaba pujanza industrial con subdesarrollo agrario y expansión fronteriza con subordinación a las principales potencias. La monarquía tambaleaba frente a la efervescencia revolucionaria de los obreros, campesinos e intelectuales.

JUSTIFICACIONES DEL COLONIALISMO

Luxemburg lideraba la izquierda del socialismo alemán en disputa con la derecha (Bernstein) y el centro (Kautsky). El sector más conservador consideraba que el capitalismo era perfectible, a través de mejoras logradas con mayor representación parlamentaria. Enaltecía el libre comercio y avalaba la expansión externa (Bernstein, 1982: 95-127, 142-183).

Esta vertiente propiciaba la integración de los pueblos subdesarrollados a la civilización occidental y resaltaba las ventajas del colonialismo para “educar a las culturas inferiores”. Algunos dirigentes (Van Kol) justificaban la tutela de los nativos señalando que “los débiles e ignorantes no podían auto-gobernarse”. Otros (David) promovían una “política colonial socialista”.

Estas posturas tenían severas consecuencias políticas. Frente a las masacres imperiales en Turquía, Bernstein convalidó el “enjuiciamiento de los salvajes para hacer valer los derechos de la civilización”. También aprobó los crímenes de Inglaterra en la India y su colega Vandervelde exigió la anexión del Congo a Bélgica (Kohan, 2011: 303-309).

La derecha socialdemócrata estimaba que el progreso social se alcanzaba en cada país, cuando los obreros conquistaban la ciudadanía. Para aplicar este principio reintrodujo el nacionalismo en contraposición a las tradiciones cosmopolitas de la I Internacional.

Bernstein postuló una distinción entre nacionalismo sociológico de las zonas civilizadas y nacionalismo étnico de las colonias. Ponderó la primera variante y rechazó las demandas de soberanía del segundo grupo, retomando las teorías de los “pueblos sin historia”.

Esta erosión del internacionalismo tuvo además un sustento social, en los cambios registrados al interior de la II Internacional. Los nuevos

trabajadores llegados de las provincias eran más permeables a la propaganda nacionalista que el viejo artesanado migrante.

Las corrientes socialistas del centro rechazaron inicialmente esos planteos. Objetaban las atrocidades del colonialismo, denunciaron el militarismo y refutaron las tesis aristocráticas de superioridad de un pueblo sobre otro. Pero con el paso del tiempo morigeraron esos cuestionamientos y desarrollaron una concepción intermedia de crítica y aceptación del colonialismo (Kautsky, 2011a).

Kautsky subrayaba las ventajas de sustituir la política imperial por estrategias de convivencia. Instaba a las clases dominantes a observar los efectos económicos negativos del expansionismo y proponía otro rumbo de negocios para la acumulación de capital. Con este mensaje divorciaba la política colonial de su fundamento competitivo e imaginaba formas de capitalismo ajenas a la rivalidad por el lucro (Kautsky, 2011b).

El líder del centro postulaba la existencia de modalidades regresivas y benévolas de imperialismo y diferenciaba las formas coloniales negativas de sus vertientes aceptables. Denunciaba la ineficiencia y corrupción de Inglaterra y Alemania en sus posesiones africanas, pero ponderaba la colonización moderna en las áreas de clima templado (Estados Unidos, Australia). Olvidaba que esas vertientes se consumaron mediante el genocidio de la población local (Howard; King, 1989: 67-68, 92-103).

Kautsky auspiciaba formas de colaboración entre dominadores y dominados. Propiciaba la ayuda de los países centrales a las colonias. Por eso interpretó primero que la pertenencia de la India al universo británico favorecía a ambas naciones (1882). Luego aceptó la lucha del primer país por su soberanía, pero sin apoyar esa resistencia.

Al igual que el primer Marx suponía que la emancipación de las colonias sería un resultado de avances socialistas en el centro. Pero concebía esa meta como un devenir evolutivo y descartaba la participación de la periferia en ese proceso. Ese naturalismo objetivista tuvo dramáticas consecuencias en 1914-17 (Kautsky, 1978).

LA POSTURA REVOLUCIONARIA

Luxemburg coincidió inicialmente con Kautsky en las críticas al paternalismo colonial, pero reivindicó la resistencia popular en las colonias y convocó al apoyo activo de las rebeliones en Persia, India y África (Luxemburg, 2011).

Trotsky y Lenin compartieron esa actitud. Retomaron el legado del segundo Marx, retrataron el efecto devastador del colonialismo y recalcaron la doble función de la lucha anti-imperial. Señalaron que esa resistencia confrontaba con el enemigo principal y fomentaba la conciencia socialista de los trabajadores metropolitanos.

La izquierda objetaba, además, la idealización del libre-comercio frente al avance del proteccionismo y rechazaba la primacía otorgada a los parámetros del derecho para evaluar la política exterior. Subrayaba los intereses en juego de los capitalistas (Day; Gaido, 2011).

La ruptura se desencadenó con el estallido de la primera guerra mundial. La derecha se sumó a la contienda imperial y el centro convalidó esa capitulación. El viejo argumento de defender el proceso democrático germano frente al acoso exterior era insostenible. Alemania ya actuaba como potencia y exhibía abiertamente sus ambiciones coloniales.

Kautsky intentó evitar el conflicto con gestiones de desarme y prédicas a favor de las inversiones afectadas por la guerra. Cuando sus argumentos fueron desoídos se resignó a convalidar el conflicto.

La crítica de Luxemburg fue fulminante. Durante años había subrayado la ingenuidad de las tesis pacifistas frente a la evidencia de una próxima guerra (Luxemburg, 2008:258-265). Lenin adoptó la misma actitud. Reconocía la asociación internacional entre burguesías y el carácter pernicioso del negocio bélico que describía Kautsky. Pero rechazaba las ilusiones en la distensión ante la inminente conflagración.

También Trotsky coincidía con ese diagnóstico. Estimaba que la estrechez de las economías nacionales en un capitalismo mundializado conducía al desemboque bélico.

La guerra inter-imperialista precipitó una división entre revolucionarios y reformistas que se consolidó con la revolución rusa. Este

acontecimiento trastocó el universo de los socialistas.

Durante años los marxistas habían discutido la forma que adoptaría la democratización pos-zarista. La corriente afín a Bernstein (Tugan, Bulgakov) promovía reformas liberales complementadas con demandas económico-sindicales de los trabajadores.

La vertiente próxima a Kautsky (Plejanov, mencheviques) proponía alianzas con la burguesía para desarrollar el capitalismo. Presentaba esa maduración de las fuerzas productivas como una condición para cualquier evolución ulterior. Suponía que los sujetos sociales se adaptarían pasivamente a esas exigencias de la economía.

Por el contrario, Lenin auspiciaba el jacobinismo agrario mediante la nacionalización de la propiedad de la tierra, para sumar a los campesinos a una revolución democrática encabezada por los obreros. Imaginaba un proceso político radical, mientras emergían las condiciones para un avance hacia el socialismo (Lenin, 1973: 20-99).

Trotsky compartía esta actitud, pero en la revolución de 1905 notó el gran protagonismo del proletariado y sus nuevos organismos (soviets). Estimó que esa preeminencia bloqueaba todos los espacios para la expansión del capitalismo (Trotsky, 1975).

Cuando el zarismo finalmente colapsó en plena guerra mundial y los soviets reaparecieron, Lenin radicalizó su enfoque, convergió con Trotsky y lideró la revolución bolchevique. Con algunas objeciones tácticas, Luxemburg se sumó a una gesta que derivó en la creación de los partidos comunistas y la III Internacional.

El debut del socialismo fuera de Europa Occidental alteró las teorías de paternalismo colonial, protagonismo de los países desarrollados y subordinación de las regiones atrasadas a los ritmos de Occidente. El nuevo modelo revolucionario replanteó todos los supuestos de la relación centro-periferia.

DERECHOS DE AUTO-DETERMINACIÓN

En la época de Lenin la soberanía era la principal demanda política de las naciones periféricas. En Europa Oriental chocaba con el zarismo (que había

forjado una cárcel de pueblos fronterizos) y con el imperio austrohúngaro, que albergaba una compleja variedad de naciones dominantes, intermedias y sojuzgadas (alemanes, húngaros, ucranianos). Frente a los estados ya constituidos de Europa Occidental, crecía la exigencia de crear también en el Oeste esos organismos.

Pero ese anhelo coexistía con otra variedad de nacionalismos chauvinistas, propiciados por las potencias para justificar sus conquistas. Esta ideología utilizaba argumentos extraídos de las mitologías nacionales, que se asemejaban a los expuestos por los pueblos sometidos. Con esas teorías los imperios enarbolaban derechos de dominación y los oprimidos exigían su liberación (Hobsbawm, 2000: cap 4).

En este rompecabezas Lenin postuló el derecho de cada nación a crear su propio estado. Su objetivo era alentar las confluencias de los pueblos sojuzgados con la clase obrera. Buscaba reducir las tensiones nacionales, étnicas y religiosas que promovían los opresores externos y locales para consolidar su hegemonía (Lenin, 1974a: 7-14, 15-25).

El dirigente bolchevique auspiciaba el empalme de las resistencias a la opresión nacional y social. Promovió la auto-determinación al observar la forma positiva (y pacífica) en que se resolvió la separación de los noruegos de Suecia (Lenin, 1974b: 99-120).

El líder comunista también notó cómo la conciencia nacional y social se retroalimentaba a través de reclamos inmediatos y exigencias de soberanía. A diferencia de los nacionalistas no le asignó a la auto-determinación una jerarquía superior a las demandas sociales. Acotó su alcance y subrayó la inconveniencia de organizar separadamente a los obreros socialistas de distintas nacionalidades en los países que contenían esa diversidad. Promovía agrupamientos unificados para alentar una cultura internacionalista entre el proletariado.

El derecho a la auto-determinación que Lenin auspiciaba no era idéntico a su aprobación. Señalaba que la conveniencia de una secesión debía dirimirse en cada caso, tomando en cuenta los riesgos de sintonizar con las estrategias imperiales. Por eso proponía evaluar cuidadosamente a las fuerzas actuantes en cada escenario.

Con este enfoque el dirigente comunista aportó una brújula para dirimir el carácter progresivo o regresivo de cada movimiento nacionalista. Se debía responder qué movimiento (o acción) favorecía el objetivo socialista.

El líder soviético desarrolló su planteo en polémica con las corrientes socialdemócratas del imperio austrohúngaro opuestas a la auto-determinación. Estas vertientes proponían la autonomía cultural de cada conglomerado en un marco federativo, subrayando la perdurabilidad histórica de las naciones en un futuro socialista.

Los *austromarxistas* rechazaban la tradición cosmopolita del primer Marx y su expectativa de disolución pos-capitalista de las naciones. Avalaban la asociación de los obreros en secciones separadas y resaltaban la dimensión subjetiva de la nación (Lowy, 1998: 49-50).

Lenin también polemizó con el internacionalismo puro de Luxemburg, que cuestionaba todas las formas de separatismo. Ella estimaba que los países sometidos (Polonia) estaban económicamente integrados a las potencias dominantes (Rusia) y carecían de margen para un desarrollo autónomo. Consideraba que en ese marco dependiente la soberanía era ilusoria (Luxemburg, 1977: 27-176).

Esa factibilidad o inviabilidad de trayectorias económicas autónomas era para Lenin un curso imprevisible. Objetaba las especulaciones sobre el tema y exigía dirimir si un pueblo tenía o no derecho a definir su porvenir nacional. Resaltaba la primacía de esta definición política (Lenin, 1974b: 99-120).

Luxemburg también señalaba que el derecho a la autodeterminación nacional afectaba la unidad de los trabajadores y a la prioridad de sus intereses de clase. Pero Lenin respondía resaltando la existencia de múltiples formas de opresión (nacional, racial) que debían confluir con la batalla social. Señalaba que esa convergencia requería explicitar que ninguna nación tiene derecho a sojuzgar a otra.

PILARES DEL ANTIIMPERIALISMO

La política de autodeterminación para Europa Oriental inspiró la estrategia antiimperialista cuando la problemática nacional se desplazó a Oriente. Este giro sucedió al frustrado intento inicial de repetir con ensayos revolucionarios

(Alemania, Hungría), el modelo soviético en el Viejo Continente.

Los magros resultados de ese ensayo y la irrupción de grandes sublevaciones en Asia determinaron el viraje comunista hacia la revolución colonial. En el primero (1920) y cuarto congreso (1922) de la III Internacional se definieron políticas de liberación nacional, para confrontar con el imperialismo clásico (Inglaterra, Francia) y renovado (Japón, Estados Unidos) (VVAA, 2008: 46-128), (Munck, 2010).

La distinción entre nacionalismo regresivo y progresivo fue nuevamente expuesta en oposición a las teorías intervencionistas, que alegaban protección de las comunidades pertenecientes a un mismo tronco étnico, cultural o idiomático. Lenin resaltó el proceso opuesto de despojo implementado por los ocupantes externos y objetó todos los debates abstractos sobre legitimidades y derechos en disputa.

El revolucionario ruso propuso definir quiénes eran los dominadores y dominados en cada conflicto. En lugar de indagar la identidad francesa, china o malaya de cada individuo subrayó el papel objetivo de las potencias y las semicolonias. Precisó el rol de los distintos nacionalismos por su función estabilizadora o desafiante del orden imperial, retomando las ideas desarrolladas en los debates sobre Europa Oriental.

Lenin buscaba construir puentes entre el comunismo y el nacionalismo antiimperialista de China, India y el mundo árabe. Retomó las críticas al puritanismo proletario de los objetores de la lucha nacional (Piatakov), que resucitaban el cosmopolitismo ingenuo del siglo XIX (“abajo las fronteras”). Se distanció de todas las especulaciones sobre la autonomía económica de India o Egipto y puso el acento en las demandas populares de soberanía (Lenin, 1974b:120-122).

La principal innovación de la estrategia comunista del periodo fue la distinción entre vertientes conservadoras (“democrático-burguesas”) y radicales (“nacionalistas revolucionarias”) de los movimientos anticoloniales. El primer grupo expresaba a las clases dominantes de la periferia y el segundo a los sectores empobrecidos. Las conductas conservadoras de las nacientes burguesías contrastaban con el empuje radical de los desposeídos. Ambos promovían la

independencia nacional, pero con finalidades sociales diferentes (Claudín, 1970: cap 4).

El curso contrapuesto de las “revoluciones por arriba y por abajo” confirmó esa distinción. En las primeras décadas del siglo XX, Turquía fue el principal escenario del primer sendero, a través de golpes militares reformistas e iniciativas modernizadoras de las elites. En México prevaleció el segundo rumbo con gran protagonismo de los campesinos.

Los movimientos democrático-burgueses pretendían reordenar el capitalismo, aumentando la influencia de los dominadores locales en la alianza con el capital extranjero. Los nacionalistas revolucionarios postulaban, en cambio, proyectos antiimperialistas en conflicto con esa reorganización. La III Internacional propició el acercamiento a esas corrientes para apuntalar el objetivo socialista.

DESARROLLO DESIGUAL

Lenin atribuía la ampliación de la brecha entre economías avanzadas y retrasadas al desarrollo desigual. Desarrolló este concepto en contraposición a la metodología evolucionista de Bernstein y Kautsky, que imaginaban una repetición en la periferia del sendero transitado por los países centrales.

El líder bolchevique consideraba que ese curso lineal había quedado sepultado por las turbulencias de la era imperial. Estimaba que la rivalidad entre potencias desestabilizaba la acumulación, exacerbaba las contradicciones del capitalismo y socavaba el escenario armónico concebido por el reformismo (Davidson, 2010).

Lenin explicaba las desventuras de la periferia por las asimetrías históricas del desarrollo desigual. Ilustra cómo ese proceso determinó la sustracción de recursos financieros y la absorción de utilidades de las colonias. Describió múltiples mecanismos de despojo soportados por los proveedores de materias primas y señaló que eran duramente afectados por cualquier temblor de los mercados (Lenin, 2006).

Esta teoría del eslabón débil aportó argumentos para las interpretaciones exógenas de la polarización mundial. Demostró que el bloqueo al desenvolvimiento soportado por los países

atrasados era consecuencia directa del reparto colonial.

Lenin transformó la hipótesis de obstrucción a la industrialización de la periferia sugerida por el segundo Marx en una tesis de plena sofocación. Su caracterización sintonizaba con el escenario bélico de principio del siglo XX, dominado por potencias que arrasaban territorios para garantizar su control de los mercados.

Pero en sus estudios del agro ruso el dirigente de los soviets también evaluó la dimensión endógena del atraso. Analizó cómo la renta apropiada por la nobleza estancaba la producción y empobrecía a los campesinos. Debatía dos remedios para ese ahogo antes de la revolución bolchevique: el modelo prusiano de inversión comandada por los terratenientes y el camino americano de distribución de la tierra, eliminación de la renta absoluta y desenvolvimiento con *farmers* (Lenin, 1973: 20-99).

En la primera etapa del revolucionario ruso (1890-1914), las explicaciones del atraso estaban focalizadas en procesos nacionales y agrarios. En el segundo período (1914-22), predominaron las caracterizaciones de la descapitalización padecida por la periferia. En un contexto resaltó la primacía de causas endógenas del subdesarrollo y en el otro puso el acento en los determinantes exógenos.

Pero siempre priorizó la dimensión política de los problemas en debate. Los diagnósticos centrados en el atraso agrario aportaban fundamentos a la revolución democrática contra el zarismo. Los estudios de la confiscación colonial apuntalaban propuestas antiimperialistas.

Lenin evaluó distintos grados de dependencia política para demostrar su incidencia en el atraso sufrido por cada país. Distinguió tres variedades de sujeción administrativa, sometimiento económico y subordinación de las clases dominantes locales. Con estos parámetros diferenció el carácter colonial de África, semicolonial de China y capitalista dependiente de Argentina.

El dirigente de los soviets remarcaba el rol de los agentes, compradores o socios menores de la dominación imperial, para explicar distintos niveles de autonomía política local frente al opresor externo. También analizó la situación de potencias intermedias (Rusia, Turquía, Italia), que no

cuadraban con la simple divisoria entre imperios y colonias.

Todas las precisiones analíticas del dirigente bolchevique apuntaban a definir estrategias revolucionarias. Exhibió una extraordinaria flexibilidad política en el uso de ese instrumental. En 1917 transformó su estrategia de revolución democrática en socialista y en los años 20 auspició el desplazamiento de las prioridades comunistas de Europa a Oriente. También revisó de hecho sus críticas a las tesis populistas de inviabilidad del capitalismo ruso.

Lenin demostró una gran capacidad para enmarcar las teorías sociales y los procesos económicos en estrategias políticas. Supo considerar varias alternativas revolucionarias y optar por la más adecuada para cada coyuntura.

ETAPAS E IMPERIALISMO

El dirigente comunista inscribió la relación centro-periferia en su teoría del imperialismo, como nueva etapa del capitalismo. Introdujo esa periodización, complementando la distinción estudiada por Marx entre el origen y la formación del capitalismo.

La existencia de etapas históricas comenzó a debatirse durante la recuperación que sucedió a la depresión de 1873-96. Frente a Bernstein -que postulaba la paulatina desaparición de las crisis- y Kautsky -que resaltaba su continuidad- Lenin señaló la vigencia de un nuevo periodo. Este concepto fue ampliamente desarrollado por el pensamiento marxista posterior (Katz, 2009: 129).

El líder bolchevique remarcó varios rasgos de la etapa imperialista: preeminencia del proteccionismo, hegemonía financiera, gravitación de los monopolios y peso creciente de las inversiones externas. Retomó la importancia asignada por Hilferding al entrelazamiento de industriales y banqueros con la burocracia estatal. También recogió la supremacía señalada por Hobson de las altas finanzas (Lenin, 2006).

El revolucionario ruso dedujo su enfoque de teorías de la crisis basadas en desproporcionalidades y sobreproducción, que expusieron Hilferding y Kautsky. Posteriormente privilegió la tesis de Bujarin del parasitismo financiero y la competencia nacional con alta intervención del estado.

Pero el centro de su mirada sobre el imperialismo no estaba localizado en caracterizaciones económicas, sino en diagnósticos de inminente confrontación bélica. El contexto omnipresente de la guerra determinó su concepción.

El impacto de sus ideas se explica por ese acierto político. No aportó sólo denuncias. Planteó una crítica demoleadora a la expectativa pacifista de evitar la conflagración mediante ingenuas convocatorias al desarme. En ese cuestionamiento Lenin convergía con Luxemburg y chocaba con Kautsky e Hilferding. Las diferencias teóricas en torno al sub-consumo (en el primer caso) y las afinidades sobre la dinámica de la crisis (en el segundo), constituían problemas menores en comparación al dilema de la guerra.

Muchas lecturas posteriores olvidaron esa primacía política del texto y sobrevaloraron las caracterizaciones económicas. Proyectaron además a todo el siglo XX, una evaluación acotada al período de entre-guerra.

Esa extrapolación condujo a décadas de dogmatismo y marxismo repetitivo. Se tornó habitual postular la invariable vigencia de lo dicho por Lenin y se intentó actualizar sus afirmaciones con datos de proteccionismo, primacía financiera o confrontación guerrera. Esa reiteración omitió que los dos rasgos centrales de esa tesis -estancamiento y guerra inter-imperial- no constituyen rasgos permanentes del capitalismo. En nuestro libro sobre el tema trazamos un balance de esas discusiones (Katz, 2011: cap 1).

Nuestra evaluación ha sido impugnada por su “ruptura definitiva con la visión leninista”. Esta objeción reitera el supuesto de inmutable validez de lo postulado en 1916 para toda la centuria posterior (Duarte, 2013).

Para demostrar ese congelamiento del capitalismo nuestros críticos resaltan la continuada preeminencia de los bancos, como si un lapso tan prolongado de múltiples procesos industriales no hubiera alterado esa supremacía. Asignan la misma gravitación al proteccionismo, desconociendo la intensidad de la liberalización comercial y el entrelazamiento internacional de los capitalistas. También remarcen la centralidad de la guerra, olvidando que las confrontaciones entre las principales potencias fueron reemplazadas por

agresiones imperiales de alcance hegemónico o global.

Con el mismo criterio de ciega fidelidad al texto original resaltan la sustitución de la competencia por los monopolios, desconociendo el carácter complementario de ambos rasgos y la vigencia de la concurrencia bajo el capitalismo. Olvidan que el comportamiento de los precios no está sujeto a simples concertaciones, sino a un ajuste objetivo guiado por la ley del valor.

Además, remarcan la sostenida primacía del rentismo omitiendo que los principales desequilibrios del sistema se generan en el área productiva. Esas tensiones no provienen del parasitismo, sino del dinamismo descontrolado del capital.

La lealtad formal a Lenin suele exigir un ritual recordatorio del imperialismo “como última etapa del capitalismo”. Se olvida que esa evaluación fue realizada en vísperas de la revolución rusa, apostando a mayores victorias en el resto del mundo. Lenin nunca pensó ese título como un estribillo válido para cualquier momento y lugar.

La tesis de la decadencia sistémica que postuló el líder bolchevique estaba también inspirada en la esperanza de próximos triunfos del socialismo. No formulaba diagnósticos de colapsos divorciados de la lucha de clases. A la luz del devenir posterior es evidente que la etapa entrevista como un momento final constituyó un periodo intermedio del desenvolvimiento imperial.

El capitalismo no se disolverá por un desplome terminal. Lenin subrayaba acertadamente que su erradicación depende de la construcción política de una alternativa socialista.

LA FUNCIÓN DE LA PERIFERIA

También Luxemburg analizó el mundo colonial a partir de una teoría del imperialismo. Pero razonó el problema de otra manera. Intentó una deducción directa a partir de los textos de Marx. Situó el tema en los esquemas de reproducción ampliada del tomo II de *El Capital* y evaluó los obstáculos que enfrentaba el capitalismo a escala internacional.

La dirigente socialista entendió que el principal desequilibrio se localizaba en la realización de la plusvalía, que las economías centrales no lograban

consumar por la estrechez de los mercados. Señaló que la única salida para desagotar esa acumulación era la colocación de sobrantes en las colonias. Recordó que Gran Bretaña se expandió vendiendo tejidos en el exterior y definió a partir de ese antecedente al imperialismo, como un sistema de movilización externa del capital inactivo.

Luxemburg observó que Marx había omitido esos desequilibrios y propuso enmendar el error, incorporando la digestión del excedente en los esquemas de reproducción. Criticó a los teóricos (Eckstein, Hilferding, Bauer) que desconocían esta contradicción del capitalismo (Luxemburg, 1968: 158-190).

Su abordaje suscitó distintas evaluaciones de los esquemas del tomo II, que frecuentemente olvidaron la finalidad de esos diagramas. Marx los introdujo para demostrar cómo puede funcionar el sistema a pesar de los enormes obstáculos que afectan su desenvolvimiento.

El autor de *El Capital* concibió una situación ideal de ausencia de desequilibrios, para exponer como operaría todo el circuito de la producción y circulación. Luxemburg y sus críticos desconocieron esa función y se embarcaron en inapropiadas correcciones de los esquemas.

La revolucionaria de origen polaco cometió otro error al buscar en el exterior los límites que el capitalismo afronta en su dinámica interna. Por eso supuso que el agotamiento de los mercados coloniales determinaría una saturación absoluta de la acumulación. Olvidó que también en ese ámbito el sistema genera mecanismos para recrear su continuidad a través de la desvalorización (o destrucción) de los capitales sobrantes.

Pero ninguno de estos desaciertos ensombrece las significativas contribuciones de la pensadora alemana. Al igual que Lenin captó cómo las contradicciones del capitalismo adoptan formas agravadas en los márgenes del sistema.

Luxemburg aportó el primer análisis de la forma en que la periferia queda integrada al centro como una necesidad del capitalismo mundial. Subrayó que ese segmento es indispensable para la reproducción de todo el sistema. No razonó con supuestos de capitalismo mundial pleno, ni observó a las economías subdesarrolladas como simples complementos de los países avanzados. Estudió

ambos sectores como partes de una misma totalidad (Cordova, 1974:19-44).

La estudiosa del capitalismo señaló que el centro necesita los beneficios sustraídos de la periferia para continuar operando. Retrató esa conexión de Occidente con África, Asia y América Latina. Maduró esa caracterización en sus estudios de Polonia, al indagar cómo una zona periférica queda asimilada a los mercados circundantes. De esa forma detectó las relaciones desiguales que vinculan a las economías dominantes y subordinadas (Krätke, 2007: 1-19).

Luxemburg percibió cómo el mundo subdesarrollado padece una acumulación primitiva permanente al servicio de las economías centrales. Observó que ese proceso no corresponde sólo a la génesis del capitalismo sino también a su continuidad. Puso de relieve la forma en que el capital metropolitano obstruye el crecimiento de la periferia e ilustró de qué forma impide a esas regiones repetir el desenvolvimiento de Europa Occidental, Estados Unidos o Japón.

Esta caracterización constituye un antecedente de las teorías del “desarrollo del subdesarrollo”. Aportó cimientos para las concepciones que conectan el atraso de la periferia con el desenvolvimiento del centro. Destacó dos caras de un mismo proceso del capitalismo mundial que no circunscribió a la coyuntura de su época.

Rosa retrató cómo el capitalismo destruye a las economías campesinas de la periferia sin facilitar su industrialización. Describió ese proceso revisando la conquista inglesa de la India, la ocupación francesa de Argelia y la violenta implantación de los Boers en Sudáfrica. Observó que la desintegración de zonas pre-capitalistas potencia la pobreza, impidiendo la expansión de la demanda y la consiguiente acumulación auto-sostenida.

Este diagnóstico fue bien recibido por los estudiosos de su época, pero algunos señalaron que el capitalismo integra a esas regiones sin demolerlas. Impone relaciones de subordinación sobre las formas precedentes, siguiendo el modelo de incorporación de la esclavitud al capitalismo naciente o el sendero de asimilación de las oligarquías a la producción agraria capitalizada (Howard; King, 1989: 106-123).

Luxemburg razonó con criterios sub-consumistas. Señaló que las restricciones a la demanda inducen al centro a buscar mercados exteriores, que no prosperan por las obstrucciones impuestas al poder adquisitivo en la periferia.

Esa mirada era afín a la caracterización de Hobson y mantenía distancias con la visión de Lenin-Hilferding (sobreproducción-desproporcionalidad). Mientras que el líder bolchevique forjó su teoría en polémicas con el sub-consumismo de los populistas rusos, la revolucionaria que actuó en Alemania maduró su tesis cuestionando el armonicismo de la socialdemocracia.

Muchos autores objetaron el sub-consumismo de Luxemburg señalando la primacía de los desequilibrios en el plano de la ganancia. Subrayaron que el capitalismo gira en torno al beneficio. Pero esas críticas omitieron la compatibilidad de ambos enfoques y su integración en razonamientos multicausales de la crisis. No percibieron cómo Luxemburg anticipó diferencias claves entre el centro y la periferia en la solvencia de la demanda.

Rosa compartió el análisis leninista del imperialismo, pero no le asignó la misma relevancia al proteccionismo, la supremacía financiera o el monopolio. Tampoco asoció ese período con la exportación de capitales, sino que resaltó la preeminencia de las mercancías excedentes.

Pero Luxemburg coincidió con Lenin en destacar que la periferia era doblemente esquilada por succiones económicas y pillajes coloniales. En el escenario bélico de principios del siglo XX ambos procesos potenciaron la polarización global.

ACUMULACIÓN POR DESPOSESIÓN

La identificación de la acumulación primitiva con la depredación que expuso Luxemburg ha sido retomada actualmente por Harvey, en su análisis de los efectos predatorios del capitalismo. Utiliza el término desposesión para señalar el carácter contemporáneo de este proceso.

Harvey considera que la acumulación primitiva incluye procesos previos y concurrentes del desenvolvimiento capitalista. Al igual que Luxemburg considera que las economías

metropolitanas imponen un intercambio pernicioso al vecindario subdesarrollado.

Pero el pensador inglés asigna al término desposesión una dimensión adicional, como mecanismo de expropiación en las economías avanzadas, a través de la especulación financiera, los fraudes, las patentes y las privatizaciones (Harvey, 2003: cap 4).

Una caracterización semejante plantea Serfati. Subraya que la depredación padecida por la periferia (especialmente a través del tributo de la deuda pública) coexiste con las confiscaciones generales del sistema. Estima que el capitalismo desarrollado se reproduce esquilmando una esfera “exterior”, que no es sólo geográfica sino también social. Esta apropiación abarca todos los campos disponibles para la acumulación (Serfati, 2005).

Estas visiones son objetadas por varios marxistas. Cuestionan el énfasis en el robo extra-económico en desmedro de la lógica del capital. Advierten contra la presentación del sistema como un simple régimen de dominación política. Recuerdan que Marx no estudió la acumulación primitiva como un hurto para enriquecer a la burguesía. Buscó ilustrar el proceso social expropiatorio de gestación del proletariado (Wood, 2007; Brenner, 2006).

Los críticos señalan que el capitalismo no debe ser analizado con criterios de pillaje. A diferencia de los regímenes tributarios o esclavistas está regulado por normas objetivas de competencia, ganancias y explotación (Ashman; Callinicos, 2006).

Harvey estima que esas miradas subestiman el componente de depredación del capitalismo contemporáneo y reafirma su presentación de la acumulación como un proceso que combina confiscación económica y extra-económica. Pero no aclara cuándo y cómo operan cada una de esas dimensiones (Harvey, 2006).

La sustracción de plusvalía y la expropiación por medio del pillaje eran evaluadas de otra forma a principio del siglo XX. Hilferding postulaba una cronología histórica de esos procesos. Consideraba que el saqueo fue característico del colonialismo tradicional y la hegemonía del capital comercial. Señalaba que esa modalidad decayó con la industrialización metropolitana y mantuvo poca relevancia en el período posterior de

proteccionismo y exportación de capital (Hilferding, 2011).

Lenin y Luxemburg consideraban, en cambio, que la depredación había reaparecido en la nueva etapa imperialista. Estimaban que las guerras por el botín colonial recreaban los viejos escenarios de pillaje. Muchas teorías pos-leninistas y pos-luxemburguistas mantuvieron esa visión sin tomar en cuenta que fue formulada en un período bélico.

Una reconsideración del problema debería señalar la función secundaria del saqueo en las fases de acumulación corriente y su gravitación central en las etapas bélicas. La misma distinción podría extenderse a las regiones de la periferia dominadas por escenarios de guerra (Medio Oriente) o por contextos de explotación usual (América Latina).

Es cierto que la acumulación primitiva y de capital son procesos concurrentes y no meras etapas del desarrollo histórico. Pero la relación entre ambos procesos es muy cambiante en cada periodo y región.

DESARROLLO DESIGUAL Y COMBINADO

Trotsky coincidió con las caracterizaciones de Lenin y Luxemburg sobre la guerra, el periodo imperialista y la polarización mundial. Pero introdujo un concepto que permitió superar las contraposiciones simplificadas de la periferia con el centro. Su noción del desarrollo desigual y combinado situó el atraso de las regiones subdesarrolladas en el contexto del capitalismo internacionalizado. Registró no sólo las asimetrías, sino también las mixturas de formas avanzadas y retrasadas, en las formaciones que se incorporan al mercado mundial.

El revolucionario ruso utilizó inicialmente un concepto expuesto por varios autores (Herzen, Cherbychevsky) para ilustrar la mixtura de modernidad y subdesarrollo vigente en Rusia. Luego combinó esa aplicación con otras tesis (Parvus), que retrataban a la economía mundial cómo una totalidad heterogénea e interconectada.

Con esa mirada ilustró la nueva amalgama del subdesarrollo. La periferia ya no reproducía el expansivo modelo europeo, pero tampoco mantenía las viejas modalidades feudales, serviles o campesinas.

Trotsky añadió al desarrollo desigual de Lenin un principio de cursos combinados. Ilustró cómo la diversidad de ritmos de desenvolvimiento es complementada por una mezcla de lo arcaico con lo moderno. Describió esta novedosa articulación en su b alance de la primera revolución rusa y completó la teoría en su historia de la gesta bolchevique (Trotsky, 1975; Trotsky, 1972: 21-34).

El desarrollo desigual y combinado permite superar las interpretaciones difusionistas y estancacionistas de la relación centro-periferia. Refuta los mitos de la expansión gradual del modelo occidental y desmiente la impresión opuesta de congelamiento pre-capitalista. Subraya la preeminencia de mixturas al interior de una jerarquía imperial (Barker, 2006).

Esta amalgama fue posteriormente denominada “heterogeneidad estructural” y tuvo gran aplicación en el estudio de las economías latinoamericanas que combinaban industrialización dependiente con latifundio improductivo.

Trotsky brindó la explicación más completa de las percepciones del segundo Marx sobre la India. Los ferrocarriles ingleses no transferían al subcontinente asiático el desenvolvimiento augurado por *El Manifiesto*, sino que ensamblaban crecimiento con inserción mundial subordinada.

El marxismo endogenista utilizó el desarrollo desigual y combinado para describir cómo se articulaban distintos de modos de producción (esclavismo, feudalismo y capitalismo) en formaciones económico-sociales singulares.

Los teóricos del marxismo exogenista recurrieron a la misma noción para estudiar cómo los patrones internacionales de dependencia moldean a las economías semiindustrializadas.

Trotsky maduró su concepto en la lucha política contra las tesis comunistas oficiales de la revolución por etapas. Cuestionó el resurgimiento de la idea menchevique de un desarrollo burgués previo a cualquier transformación socialista. Resaltó la inviabilidad de esa estrategia en un mundo capitalista interconectado.

El desarrollo desigual y combinado constituyó el principal pilar de su estrategia de revolución permanente. Sostuvo esa tesis contraponiendo el éxito del bolchevismo con el fracaso de la

revolución china (1925-27) (Trotsky, 2000; Demier, 2013).

Trotsky concibió su enfoque para economías intermedias, viejas potencias o países con alta gravitación geopolítica. Propuso aplicarla en Rusia o Turquía y era cauteloso en su extensión. No incluía a regiones coloniales o de agudo subdesarrollo. Lo que valía para China o India no era aplicable en África ecuatorial o Afganistán (Davidson, 2010).

Con esta misma mirada anticipó las peculiaridades de las formaciones semiperiféricas, que en su época protagonizaban mutaciones sustanciales. Junto a las viejas potencias (Francia, Inglaterra) desafiadas por los nuevos países centrales (Estados Unidos, Japón, Alemania), otro segmento mantenía un lugar indefinido (Rusia, Italia) o profundizaba su regresión (Turquía, España). Esas potencias de segundo rango fueron estudiadas ulteriormente con los criterios del sub-imperialismo. El desarrollo desigual y combinado aportó cimientos para esa indagación.

CUESTIONAMIENTOS Y EXTENSIONES

Desde su formulación, el desarrollo desigual y combinado suscitó numerosos debates. Todos reconocieron que esclarecía la evolución de economías sometidas a la mixtura de modernización y atraso y ponderaron su percepción de esas articulaciones (Vitale, 2000).

Pero otras aplicaciones resaltaron su semejanza con teorías heterodoxas del *catch up*. Estos planteos subrayan las ventajas del país que llegó tarde para asimilar las tecnologías disponibles. Asemearon ese “privilegio del atraso” con las ideas de Trotsky.

Pero el líder revolucionario conceptualizó la industrialización fragmentaria de capitalismo tardíos señalando ventajas y desventajas. Remarcó las contradicciones que entrañaba “llegar tarde”. Recordó que Rusia se industrializó con mercados estrechos, endeudamiento exterior y desastrosos compromisos militares.

El caso alemán aportaba otro ejemplo. Presionado por la competencia anglo-francesa, el capitalismo germano se desarrolló sin revolución burguesa triunfante, bajo la bota de un estado militarizado. Ese prusianismo desembocó en catastróficas presiones belicistas.

Trotsky no concibió el desarrollo desigual y combinado como una categoría de la sociología o la economía heterodoxa. Buscaba demostrar las posibilidades de protagonismo proletario en los capitalismo inmaduros.

Por esa razón señalaba que Rusia había generado una clase obrera capacitada para consumir la revolución bolchevique. Ese dato era el principal corolario de su teoría. En lugar de apuntalar una industrialización burguesa más pujante, la amalgama rusa permitía concretar un ensayo anticipado de socialismo (Bianchi, 2013).

Trotsky integró economía, política y luchas de clases en un razonamiento anticapitalista. Elaboró su enfoque contra el positivismo socialdemócrata y la estrategia de la revolución por etapas. Cuestionó las propuestas de imitación del capitalismo central y las políticas de construcción del socialismo en un solo país. Sus tesis eran totalmente ajenas al *catch up*.

En otros debates se ha destacado que el desarrollo desigual y combinado es un mecanismo o una tendencia sin status de ley. Carece de lógica predictiva y estrictos resultados derivados de fuerzas actuantes.

Esta performance metodológica del concepto es un tema abierto, pero conviene recordar que nunca fue concebido para el universo de las ciencias naturales. Está referido a fenómenos sociales, confrontaciones políticas y resultados históricos dependientes de la acción humana. Clarifica contradicciones sujetas al imprevisible desenlace de la lucha clases.

Otra discusión involucra el alcance histórico del principio. Ciertos autores estiman que desborda el marco capitalista y permite entender procesos pre-capitalistas. Lo utilizan para demostrar cómo la colonización combinó procesos mercantiles con trabajo esclavo y explotación de los indígenas (Novack, 1974). Otra ampliación hacia atrás lo aplica para retratar la expansión territorial de la nobleza en sociedades feudales (Rosenberg, 2009).

Pero esta extensión olvida que sólo bajo el capitalismo los actores económicos quedan envueltos en la red interdependencia requerida para concretar el desarrollo combinado. Los sistemas precedentes podían compartir muchos rasgos, pero no las mixturas de desenvolvimiento industrial que

describió Trotsky. Solamente el capitalismo introduce la dimensión mundial exigida para romper el aislamiento de las sociedades anteriores (Callinicos, 2009).

CONCEPTOS PERDURABLES

Lenin, Luxemburg y Trotsky atribuyeron la polarización mundial a la nueva etapa imperialista. Presentaron esa brecha como un efecto de las disputas entre potencias por el botín colonial. Analizaron la confiscación de la periferia en el contexto de las rivalidades mercantiles que condujeron a la primera guerra mundial.

Los tres autores introdujeron nociones de gran relevancia para el estudio de la relación centro-periferia. Lenin esclareció el desarrollo económico desigual y la subordinación política que soportan los países retrasados. Luxemburg retrató las obstrucciones económicas estructurales que padecen esas naciones y anticipó tendencias de la acumulación por desposesión. Trotsky puso de relieve las contradicciones peculiares de los países intermedios afectados por el desenvolvimiento combinado. Estas teorías fueron expuestas en estrecha conexión con estrategias socialistas.

Las ideas de los tres revolucionarios tuvieron gran impacto en la segunda mitad del siglo XX. Pero las modificaciones que registró el capitalismo durante ese periodo modificaron el pensamiento marxista. En nuestro próximo texto estudiaremos cómo se abordó la problemática centro-periferia en la posguerra.

RESUMEN

En un escenario de guerras y polarización económica, Lenin, Luxemburg y Trotsky introdujeron nuevos conceptos para comprender la relación centro-periferia. Polemizaron con las justificaciones del colonialismo y discutieron derechos de auto-determinación nacional que anticiparon el antiimperialismo contemporáneo.

Lenin atribuyó la fractura entre países avanzados y retrasados al desarrollo desigual y esclareció las causas endógenas y exógenas de esa brecha. Inscibió el subdesarrollo en una teoría del imperialismo referida al contexto bélico de su época. Ese condicionamiento es olvidado por muchos intérpretes.

Luxemburg demostró la necesidad de la periferia para el centro y retrató obstrucciones estructurales al desenvolvimiento de las economías atrasadas. Los teóricos de la acumulación por desposesión retoman su enfoque y debaten la relación entre la depredación y la acumulación corriente.

Trotsky añadió una teoría del desarrollo desigual y combinado para ilustrar las nuevas mixtura de atraso y modernidad. Superó simplificaciones y refutó mitos de universalización del desarrollo europeo. Su concepto tenía propósitos socialistas, es ajeno al *catch up* y no sería aplicable a sociedades pre-capitalistas.

REFERENCIAS

- Ashman, Sam; Callinicos, Alex (2006). Capital Accumulation and the State System *Historical Materialism*, vol 14.4.
- Barker, Colin, (2006). Beyond Trotsky: extending combined and uneven development, *Permanent Revolution: Results and Prospects 100 Years*, Pluto Press.
- Bernstein, Eduard (1982). *Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia*, Siglo XXI, México.
- Bianchi, Alvaro (2013). Determinação e tendências históricas no pensamento de Trotsky, 5-2, blogconvergenca.org/blogconvergenca
- Brenner Robert (2006). What Is, and What Is Not, Imperialism? *Historical Materialism*, vol 14.4
- Callinicos, Alex, (2009). How to solve the many-state problema: a reply to the debate, *Cambridge Review of International Affairs* , vol 22, n 1, march.
- C laudín, Fernando (1970). *La crisis del movimiento comunista*, Ruedo Ibérico, Madrid.
- Cordova, Armando (1974). Rosa Luxemburgo y el mundo subdesarrollado, *Problemas del Desarrollo*, vol 5, n 18.
- Davidson, Neil (2010). From deflected permanente revolution to the law of uneven and combined development, *International Socialist*, n 128, autumn.
- Day, Richard B; Gaido, Daniel (2011) *Discovering Imperialism: Social Democracy to World War I*, Brill Academic Publishers, Leiden
- Demier, Felipe (2013). Ainda sobre a lei do desenvolvimento desigual e combinado: Trotsky e Novack, 3-3, blogconvergenca.org/blogconvergenca.
- Duarte, Daniel (2013). Reseña de Bajo el Imperio del capital, *Hic Rhodus*. Crisis capitalista, polémica y controversias, no 3 (2).
- Harvey, David (2003). *The New Imperialism*, Oxford University Press.
- Harvey, David (2006). Comment on Commentaries, *Historical Materialism*, vol 14.4.
- Hilferding, Rudolf, (2011). German Imperialism and Domestic Politics (October 1907), *Discovering Imperialism: Social Democracy to World War I*, Brill Academic Publishers, Leiden.
- Hobsbawm, Eric (2000). *Naciones y nacionalismo desde 1780*, Crítica, Barcelona.
- Howard, M.C; King, J. E (1989). *A History of Marxian Economics*, vol 1, Princeton University Press, New Jersey.
- Katz, Claudio (2009). *La economía Marx hoy seis debates teóricos*, Maia Ediciones, Madrid.
- Katz, Claudio (2011). *Bajo el imperio del capital*, Luxemburg, Buenos Aires.
- Katz, Claudio (2016) Marx y la periferia, www.lahaine.org/katz
- Kautsky, Karl (1978). *El camino al poder*, Siglo XXI, México.
- Kautsky, Karl (2011a) Germany, England and world-policy (May 1900), The war in South Africa (November 1899) *Discovering Imperialism: Social Democracy to World War I*, Brill Academic Publishers, Leiden
- Kautsky, Karl (2011b). Imperialism (September 1914). *Discovering Imperialism: Social Democracy to World War I*, Brill Academic Publishers, Leiden.

- Kohan, Néstor (2011). *Nuestro Marx*, Caracas.
- Krätke, Michael R, (2007). Rosa Luxemburg: Her analysis of Imperialism and her contribution to the critique of political economy, March 2007, http://www2.chuo-u.ac.jp/houbun/sympo/rosa_confe2007/pdf/papers/Kratke.pdf
- Lenin, Vladimir, (1973). *Obras Escogidas*, Editorial Progreso, Moscú.
- Lenin, Vladimir (1974a). *El derecho de las naciones a la autodeterminación* (julio 1914), Anteo, Buenos Aires.
- Lenin, Vladimir (1974b). *Balance de una discusión sobre el derecho de las naciones a la autodeterminación* (julio 1916), Anteo, Buenos Aires.
- Lenin, Vladimir (2006). *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, Quadrata, Buenos Aires.
- Lowy Michael. ¿Patrias o planeta?, Homo Sapiens, Rosario, 1998.
- Luxemburg, Rosa (1968). *La acumulación del capital*. Editorial sin especificación, Buenos Aires,
- Luxemburg, Rosa (1977). *Textos sobre la cuestión nacional*, Ediciones de la Torre, Madrid.
- Luxemburg, Rosa (2008). *Obras escogidas*, Ediciones digitales Izquierda Revolucionaria, abril
- Luxemburg, Rosa, (2011) Morocco (August 1911), *Discovering Imperialism: Social Democracy to World War I*, Brill Academic Publishers, Leiden.
- Munck, Ronaldo (2010). Marxism and nationalism in the era of globalization, *Capital and Class*, February vol. 34 no. 1
- Novack, George (1974). *La ley del desarrollo desigual y combinado de la sociedad*, Editorial Pluma, Bogotá.
- Rosenberg, Justin (2009). Basic problems in the theory of uneven and combined development: a reply to the CRIA fórum, *Cambridge Review of International Affairs*, vol 22, n 1, march.
- Serfati, Claude (2005). La economía de la globalización y el ascenso del militarismo”. Coloquio Internacional Imperio y Resistencias. Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco, México, 6 de octubre.
- Trotsky, León (1972). *Historia de la Revolución Rusa*, Tomo 1, Juan Pablo Editor, México.
- Trotsky, León (1975). *Tres concepciones de la revolución rusa. Resultados y perspectivas*, El Yunque, Buenos Aires.
- Trotsky, León (2000). *La teoría de la revolución permanente* CEIP, Buenos Aires.
- Van der Linden, Marcel (2007). The ‘law’ of uneven and combined development. *Historical Materialism*, 15.
- Vitale, Luis (2000). Hacia El Enriquecimiento de la teoría del desarrollo desigual, *Estrategia Internacional*, n 16, invierno, Buenos Aires.
- VVAA (1973). *Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista*, Primera Parte, Siglo XXI, Buenos Aires.
- Wood, Meisksins Ellen (2007) A reply to critics, *Historical Materialism*, vol 15, Issue 3.

Nota:

[1] Hemos analizado la etapa precedente en (Katz, 2016).

Centro y periferia en el marxismo de posguerra

11-06-2016

Cuatro economistas marxistas desarrollaron en la posguerra importantes estudios de la relación centro-periferia. Mientras que Paul Baran y Paul Sweezy fueron precursores de ese abordaje, Samir Amin y Ernest Mandel aportaron desarrollos más elaborados del mismo tema. Todos investigaron en un período de reconstrucción pos-bélica y expansión capitalista, que amplió la brecha entre las economías avanzadas y atrasadas. ¿Cuál fue su visión de esa asimetría? ².

DESINDUSTRIALIZACIÓN Y EXCEDENTE

En los años 50 la interpretación marxista más difundida subrayaba la obstrucción a la industrialización de la periferia por parte del centro. Destacaba que el objetivo de ese bloqueo era impedir el surgimiento de competidores, para asegurar la primacía de las empresas extranjeras.

Este enfoque señalaba que los países desarrollados se apropiaban de las materias primas foráneas y perpetuaban mercados cautivos para sus exportaciones manufactureras. Esa asfixia impedía transformar la descolonización en procesos de desarrollo (Dobb, 1969: 83, 95-97).

Baran reformuló esa visión. Atribuyó la baja tasa de crecimiento de los países atrasados a la sofocación externa, pero advirtió también la existencia de ciertos procesos de expansión fabril en la periferia. De esta forma esa mirada puso de relieve el carácter insuficiente de la vieja contraposición entre países industrializados y agro-mineros (Baran, 1959: 33-34).

El teórico ruso-estadounidense situó la principal diferencia entre el centro y la periferia en el manejo del excedente. Introdujo ese concepto para describir la utilización del producto adicional generado en cada ciclo de acumulación.

Estimó que ese sobrante era internamente absorbido en las economías avanzadas por la actividad militar, el consumo suntuario o los gastos improductivos. Por el contrario en la periferia era transferido al exterior para facilitar la expansión de las economías metropolitanas.

El pensador marxista evaluó, además, que en las economías subdesarrolladas la brecha entre lo que podría invertirse (excedente potencial) y lo realmente destinado a la actividad productiva (excedente efectivo) era mayúsculo. Señaló que el grueso del sobrante era acaparado por la aristocracia latifundista o remesado al exterior por las filiales de las empresas foráneas (Baran, 1959: 223-259; Sweezy, Baran, 1974: 47-143).

Baran asignó más relevancia a las causas exógenas (transferencias al exterior) que a las endógenas (predominio terrateniente) en la recreación del subdesarrollo. Remarcó el carácter estructural de la expatriación de fondos sufrida por la periferia y subrayó que la brecha entre economías avanzadas y retrasadas desbordaba las coyunturas bélicas o los escenarios de competencia entre imperios (Howard; King, 1989: 167-168).

Con estas ideas ilustró cómo las economías desarrolladas necesitan absorber fondos del exterior para garantizar su reproducción. La escuela de la revista *Monthly Review* liderada por Sweezy continuó este enfoque y propició numerosos estudios del gran drenaje de fondos que descapitalizó a la periferia. Las investigaciones de Magdoff demostraron, además, como el capitalismo estadounidense se nutrió de esa expoliación de las economías atrasadas (Magdoff, 1972).

ESTANCAMIENTO Y DOMINACIÓN

Las interpretaciones de la brecha global que propuso la escuela de la *Monthly Review* se basaron en dos caracterizaciones: el estancamiento del capitalismo y la dominación imperial.

El primer concepto fue desarrollado por Sweezy a partir de un fundamento sub-consumista. Señaló que la estrechez de la demanda generaba un excedente invendible que empujaba al sistema a la regresión. Posteriormente atribuyó el mismo efecto a la expansión de los monopolios. Sostuvo que el gigantismo de las empresas derivaba en concertaciones de precios, que disuadían nuevos emprendimientos y desembocaban en ciclos recesivos.

Sweezy subrayó el bloqueo a la innovación como una consecuencia adicional de este proceso. Consideró que el cambio tecnológico tendía a decaer con el debilitamiento de las revoluciones industriales que motorizaban la acumulación.

En sus trabajos posteriores ubicó la principal causa del estancamiento en el parasitismo financiero. Sostuvo que el capitalismo se había transformado en un sistema rentista controlado por banqueros que asfixiaban la inversión. Esta mirada fue influida por las percepciones pesimistas de varios autores keynesianos del período (Sweezy, 1973a: 33-55; Sweezy 1973b: cap 11,12 y 13).

Sweezy concibió la polarización mundial como un proceso compensatorio de las pérdidas afrontadas por el capitalismo metropolitano. Estimó que las grandes empresas contrarrestaban sus adversidades con mayores exacciones de la periferia (Albo, 2004).

Pero en pleno despliegue del boom económico de 1950-70 estas tesis afrontaron numerosos problemas. Suponían contracciones de la demanda, cuando irrumpía el consumo de masas o remarcaban la asfixia del monopolio, en un contexto de creación de nuevas empresas. Además, resaltaban la regresión tecnológica en pleno incremento de la productividad. La dominación financiera era postulada en medio de ese auge industrial.

Los argumentos expuestos por los pensadores de la *Monthly Review* suscitaron intensas polémicas entre los economistas marxistas. El fundamento sub-consumista fue cuestionado con explicaciones de las crisis basadas en el declive de la tasa de ganancia. El agotamiento tecnológico fue objetado con indicios de una nueva revolución tecnológica (automatización, plásticos, energía nuclear).

También la preeminencia del monopolio fue criticada por omitir la continuidad de la competencia en un sistema regido por la ley del valor. A su vez, el protagonismo financiero fue objetado recordando la centralidad del sector productivo en la extracción de plusvalía (Katz, 2001:13-41).

Pero ninguno de estos cuestionamientos afectó el acertado registro de una nueva brecha entre el centro y la periferia. Baran, Sweezy y Magdoff brindaron contundentes evidencias de esa fractura. Las críticas señalaron problemas en los fundamentos teóricos de su enfoque pero no objetaron los contundentes indicios de la polarización.

Los autores de la *Monthly Review* aportaron también caracterizaciones geopolíticas del rol del imperialismo en la consolidación de la asimetría global. Explicaron cómo las grandes potencias necesitaban controlar el aprovisionamiento de materias primas para continuar su acumulación. Estudiaron de qué forma el abaratamiento de esos insumos contrarresta el declive del beneficio.

Sweezy y Magdoff no sólo describieron la gravitación hegemónica de Estados Unidos. Analizaron el nuevo papel del Pentágono como custodio del capitalismo a escala mundial (Sweezy; Magdoff, 1981:81-106). Esa tesis anticipó varios rasgos del imperialismo contemporáneo. Lo que parecía una exageración “superimperialista” de la coyuntura ilustró una importante tendencia geopolítica de largo plazo (Katz, 2011: 39).

POLEMICAS CON EL LIBERALISMO

Baran, Sweezy y Magdoff refutaron las concepciones liberales que atribuían el subdesarrollo a las adversidades climáticas de ciertas regiones. Esas miradas naturalizaban la conveniencia de áreas templadas, omitiendo la variabilidad de un condicionante que perdió incidencia frente a los procesos económico-sociales (Szentés, 1984: 24-47).

Los liberales atribuían también el atraso a la ausencia de capitalistas emprendedores sin explicar la causa de esa carencia. Simplemente convocaban a reforzar el individualismo para favorecer el surgimiento de una elite empresarial . Identificaban la modernización con la imitación de Occidente ponderando las conveniencias de ese sendero .

Pero la repetición que idealizaban nunca se verificó. El desarrollo capitalista siempre estuvo signado por aceleraciones y superposiciones ajenas al cronograma de despegue, madurez y crecimiento que pregonaban los liberales.

Los marxistas de la *Monthly Review* refutaron ese esquema neoclásico desarmando los mitos de las ventajas comparativas. Contrapusieron esas fantasías con las contundentes evidencias de la opresión imperial, las transferencias de ingresos y las apropiaciones de materias primas (Sweezy, 1973a: 25-33).

Además pusieron de relieve que el atraso no obedecía a “carencias de capital”, sino a la

utilización improductiva de los recursos existentes. Con ese argumento cuestionaron el embellecimiento de la financiación externa.

Los miembros de la *Monthly Review* actuaron en el clima de persecuciones imperante bajo el macartismo y confrontaron en plena guerra fría con la apología del modelo estadounidense, que propagaban autores anticomunistas como Rostow (Katz, 2015: 93-94).

Baran subrayó, además, la importancia de la autonomía política en la periferia para contener las exacciones del centro. Contrastó lo ocurrido entre la India y Japón en el siglo XIX, recordando cómo la naciente industria quedó devastada por el colonialismo inglés en el primer caso y logró emerger en el segundo por la existencia de independencia política.

Para resaltar esa incidencia actualizó la clasificación leninista del universo periférico. Distinguió los territorios coloniales (Asia, África) y las administraciones con recursos codiciados (petróleo de Medio Oriente) de los países que conquistaban un status soberano (Egipto) (Baran, 1959: 192-221, 263-287).

Baran sostenía que esa autonomía permitiría contrarrestar el subdesarrollo si inauguraba un proceso anticapitalista. Observaba con simpatía el modelo de planificación de la URSS y proponía generalizarlo para asegurar elevadas tasas de crecimiento.

En este terreno convergía con Dobb y propiciaba asociaciones internacionales con el bloque socialista, para implementar el esquema soviético de industrialización con altas tasas de inversión (Dobb, 1969: 103, 114, 119).

Estos propósitos coexistían con el rechazo de la política de revolución por etapas auspiciada por los Partidos Comunistas. Objetaban el llamado a confluir con las burguesías en proyectos de edificación del capitalismo nacional. Los editores de la *Monthly Review* simpatizaban con las corrientes tercermundistas que bregaban por procesos anticolonialistas radicales (Magdoff, 1971).

Este posicionamiento político orientó todas las investigaciones económicas que encararon Baran y Sweezy. Si se evalúa la totalidad de su obra es

indudable la contribución que aportaron a la comprensión de la relación centro-periferia. En contraposición a los mitos ortodoxos del bienestar y las expectativas heterodoxas de repetir la evolución de Estados Unidos o Europa, demostraron cómo el drenaje del excedente obstruye el desarrollo y refuerza la dominación imperial.

CINCO TESIS DE AMIN

Amin adoptó presupuestos semejantes a Sweezy-Baran, pero desarrolló una concepción marxista más ambiciosa de la relación centro-periferia. Su enfoque podría sintetizarse en cinco caracterizaciones.

Destacó, en primer lugar, el carácter intrínseco de la polarización mundial bajo el capitalismo. Estimó que esa desigualdad de ingresos entre países avanzados y retrasados fue subestimada por los teóricos socialistas que se enfocaron exclusivamente en la problemática del capital y el trabajo (Amin, 2003: cap 4).

El teórico egipcio rescató la percepción de Lenin de las formas internacionales diferenciadas de explotación y realzó la interpretación de Bauer de los lucros obtenidos en la periferia, como un mecanismo compensatorio de las mejoras concedidas a los trabajadores del centro (Amin, 1976: 128-133).

Amin consideró que en los sistemas pre-capitalistas eran aún factibles los procesos de nivelación internacional entre las distintas regiones. Recordó, por ejemplo, que Europa Occidental remontó en tiempo récord su retraso histórico respecto a zonas de mayor desarrollo previo. Pero afirmó que la posibilidad de esa equiparación se desvaneció posteriormente con el afianzamiento del capitalismo, hasta tornarse imposible en la época actual (Amin, 2006: 5-22).

El conocido economista ejemplificó esta asimetría ilustrando los desniveles contemporáneos entre las distintas regiones. Subrayó que el imperialismo no es un estadio, sino un mecanismo de consolidación de esas brechas (Amin, 2001a: 15-30).

Partiendo de esa constatación de las brechas mundiales Amin atribuyó, en segundo lugar, la ampliación de la fractura global a la internacionalización de un sistema que universaliza la movilidad del capital y las mercancías, pero no

del trabajo. Retrató cómo el comercio y las inversiones se expanden por todo el planeta, manteniendo en términos relativos la localización fija de los asalariados.

Explicó esa inmovilidad comparativa del trabajo por la estructura histórico-nacional de los mercados laborales. En su enfoque los flujos de migraciones distan mucho de equipararse con el alto ritmo de desplazamientos que caracteriza al dinero o a los bienes (Amin, 1973: 67-68).

En este diagnóstico se basa el tercer planteo de Amin, que subraya la existencia de mayores tasas de explotación en la periferia. Señala que la inmovilidad del trabajo consolida en esas regiones grandes ejércitos de desocupados que abaratan los salarios. Además, en las actividades industriales localizadas en economías retrasadas, los capitalistas lucran con diferencias de salarios que son mayores a las brechas de productividad.

El teórico marxista trazó numerosas comparaciones entre los mismos sectores industriales de economías avanzadas y subdesarrolladas, para ilustrar cómo la diferencia de salarios entre casas matrices y filiales determina la principal fuente de beneficios de las empresas multinacionales (Amin, 1973: 9, 14, 20, 56).

Amin completó este análisis con un retrato de los mecanismos de transferencia de valor utilizados por los capitalistas metropolitanos para apropiarse de la plusvalía generada en la periferia. Presentó diversas estimaciones de los monumentales montos de esos giros (Amin, 2008: 237-238).

El teórico egipcio señaló en su cuarto principio que esa expropiación es posible por la convergencia de formaciones económico-sociales diferentes en torno a un mismo mercado mundial. Destacó que en ese ámbito operan estructuras dominantes y subordinadas que reproducen la desigualdad global (Amin, 2005).

Finalmente, Amin contrastó los modelos auto-centrados vigentes en los países avanzados con los procesos económicos desarticulados predominantes en la periferia. Resaltó la perdurabilidad de esas diferencias, cuestionando las expectativas liberales de equiparación. Polemizó, además, con las hipótesis desarrollistas de alcanzar en la periferia el bienestar imperante en el centro, mediante una

simple reproducción de la evolución seguida por las regiones más prósperas (Amin, 2008: 240-242).

En sus cinco planteos Amin reafirmó la perdurabilidad de la fractura estructural entre economías avanzadas y retrasadas bajo el capitalismo contemporáneo. No se limitó a exponer los mecanismos comerciales o financieros de transferencia de plusvalía que perpetúan esas brechas, sino que ensayó una novedosa explicación centrada en la peculiaridad de la fuerza de trabajo de los países subdesarrollados.

Subrayó que la abundancia de esa mano de obra y su relativa inmovilidad en comparación al vertiginoso desplazamiento de capitales y mercancías generan ganancias extraordinarias con la explotación del trabajo. Destacó que estos beneficios recrean la polaridad centro-periferia y clarificó aspectos omitidos en las visiones precedentes.

VALOR MUNDIAL Y POLARIZACIÓN

Amin fundamentó su visión en una teoría del valor mundial, extendiendo la aplicación de este principio marxista al plano global. Retomó una norma que explica los precios de las mercancías por el tiempo de trabajo socialmente necesario para su producción. Este criterio atribuye los cambios de los precios a modificaciones en la productividad o en la demanda, que a su vez están regulados por niveles de la explotación y tasas de ganancia.

La primacía de esta ley del valor distingue al capitalismo de los regímenes previos y determina la centralidad que asume la maximización del beneficio en el funcionamiento general de la sociedad (Amin, 2006: 5-22; Katz, 2009: 31-60).

Pero la novedad que introdujo Amin es la vigencia de esta ley a escala mundial. Señaló la preeminencia de esa dimensión, a medida que se consolida la fluidez internacional de las mercancías y los capitales, frente a la inmovilidad de la fuerza de trabajo (Amin, 1973: 14, 21-25).

Con este enfoque Amin conceptualizó la internacionalización de la producción consumada a través de la expansión de las empresas multinacionales. Al enlazar los procesos mundiales de fabricación, estas firmas determinan precios de referencia de todas las actividades bajo su control.

El economista egipcio cuestionó las tesis que restringen la vigencia de la ley del valor al plano nacional. Señaló que ese alcance inicial quedó desbordado por la dimensión mundial que presenta el capitalismo contemporáneo (Amin, 2001b: cap 5).

Esta mirada de la formación de los precios bajo el comando de las empresas multinacionales fue posteriormente corroborada por muchos estudios del gerenciamiento globalizado de las firmas. Estas compañías operan con tasas de ganancias más altas que las prevalecientes en cada ámbito nacional. La ley del valor a escala internacional explica la forma en que una porción significativa de la producción contemporánea se desenvuelve en el espacio interno de las compañías multinacionales (Carchedi, 1991: cap 6, 7).

Amin destacó no sólo el creciente alcance de la mundialización, sino también su dinámica polarizadora. Recordó que esa fractura es propia de un sistema que se expande globalmente, manteniendo estructuras nacionales de los mercados de trabajo (Amin, 2006: 5-22).

Con ese enfoque Amin anticipó en los años 60-70 muchos rasgos de la globalización productiva posterior. Registró en las multinacionales de su época varias tendencias de la transnacionalización ulterior. Pero, además, indagó el problema evaluando el cambio cualitativo introducido por la acción de la ley del valor a escala mundial. Al situar el análisis en ese terreno focalizó la relación centro-periferia en el universo industrial de las casas matrices y sus filiales.

Este enfoque subrayó mucho más que cualquier estudio previo la dimensión productiva de la brecha global. Si Baran indicó que la relación centro-periferia desbordaba la vieja conexión entre economías manufactureras y primarias, Amin explicó cómo se reproduce la fractura global al interior de estructuras industriales mundializadas.

Pero su enfoque no está exento de problemas. Al postular que la polarización es una tendencia económica intrínseca del capitalismo en todas sus etapas, Amin dejó abiertos varios interrogantes sobre las razones que generan un freno periódico de ese proceso. No esclareció las causas de las bifurcaciones que frecuentemente se registran en la periferia.

El economista egipcio atribuyó también el agravamiento de la polarización contemporánea a la incidencia de los monopolios. Describió cinco modalidades contemporáneas de esas concertaciones que aseguran el control metropolitano de la tecnología, los flujos financieros, los recursos naturales, los medios de comunicación masiva y las armas de destrucción masiva. Retrató cómo ese dominio refuerza la desvalorización del trabajo en la periferia (Amin, 2001a:15-30).

Esta tesis tiene semejanzas con el enfoque de Sweezy, pero se basa en una teoría del valor muy diferente, que resalta la continuidad de la competencia. En los hechos Amin utiliza el término monopolio en un sentido de competencia entre grandes grupos y no como el oligopolio estable que sugiere Sweezy. Con ese enfoque analiza plusganancias derivadas de la segmentación existente entre las economías del centro y la periferia.

El parentesco con *Monthly Review* es más estrecho en la presentación de la polarización como un resultado de la senilidad del capitalismo. Amin subrayó este declive histórico con argumentos convergentes con Sweezy, sin aludir al estancamiento. Su concepto de senilidad resaltó las contradicciones explosivas del sistema, pero no postuló la existencia de una paralización de las fuerzas productivas.

INTERCAMBIO DESIGUAL

Amin estimó que el intercambio desigual es el principal mecanismo de transferencia de valor. Señaló que ese flujo se incrementa con la generalización de inversiones extranjeras que refuerzan la brecha mundial (Amin, 1973: 80-87).

El pensador marxista desarrolló esa caracterización en un periodo de internacionalización del comercio y creciente difusión de la crítica de Prebisch al deterioro de los términos de intercambio. Ambos procesos suscitaron un gran interés en la problemática del intercambio desigual como causa central del subdesarrollo (Katz, 1989: 71-85).

Amin convergió con los autores que pusieron el acento en los determinantes productivos de ese proceso. Retomó las observaciones de Marx sobre la remuneración internacional superior de los trabajos involucrados en actividades de mayor

productividad. También revisó los estudios de Otto Bauer sobre la existencia de transferencias de plusvalía entre economías desarrolladas (Alemania) y relegadas (Checo-Bohemia).

Pero el teórico egipcio analizó específicamente las conexiones entre el intercambio desigual y el funcionamiento mundializado de la ley del valor. Señaló que las economías avanzadas absorben plusvalía de las retrasadas, como consecuencia de su mayor desarrollo (composición orgánica del capital superior).

En esta mirada se verificó otra diferencia entre Amin y Sweezy. La problemática del intercambio desigual supone vigencia de la competencia y centralidad de la dinámica productiva. Ambos conceptos chocan con la preeminencia pura del monopolio y la supremacía de las finanzas, que subrayaba el economista estadounidense (Howard, King, 1989: 188-189).

Amin valoró también la importancia asignada por Emmanuel al intercambio desigual, pero discrepó con las explicaciones exclusivamente centradas en las diferencias de salarios existentes entre los países avanzados y retrasados (Emmanuel, 1971: 5-37).

El economista egipcio objetó esa causalidad rechazando la presentación del salario como una "variable independiente" del proceso de acumulación. Señaló que ese ingreso tampoco está determinado por tendencias demográficas. Recordó que el salario remunera el valor de la fuerza de trabajo, siguiendo parámetros objetivos de productividad y dinámicas subjetivas resultantes de la lucha de clases (Amin, 1973: 43-44, 16-17, 26-30).

Amin tampoco compartió las expectativas de Emmanuel de resolver las asimetrías mundiales con aumentos de salarios en la periferia y rechazó la presentación de los trabajadores del centro como responsables de la explotación del Tercer Mundo. Focalizó su interpretación del intercambio desigual en la fractura global generada por la movilidad del capital y las mercancías frente a la inmovilidad del trabajo (Amin, 1973: 34-56).

Otro influyente teórico marxista -Bettelheim- cuestionó en forma más categórica los errores de Emmanuel. Afirmó que las diferencias internacionales de salarios obedecían a brechas en el desenvolvimiento de las fuerzas productivas.

Señaló que las remuneraciones más elevadas expresan las productividades superiores vigentes en las economías centrales y el predominio de labores más complejas y calificadas (Bettelheim, 1986: 38-66).

Bettelheim remarcó el origen del intercambio desigual en la esfera de la producción y no de los salarios. Además, relativizó la gravitación de ese mecanismo señalando su incidencia variable en cada etapa del capitalismo.

Amin recogió parcialmente esas observaciones para perfeccionar su esquema del valor mundial e introdujo la denominación "condiciones desiguales de explotación" para fusionar ambos razonamientos (Amin, 1976: 159-161).

¿Cuál ha sido entonces el aporte de Amin en este terreno? Su enfoque contribuyó a distinguir el intercambio desigual de las discusiones clásicas sobre el deterioro de los términos de intercambio en el comercio entre materias primas y productos manufacturados.

Al estudiar transferencias derivadas de desniveles entre industrias localizadas en el centro y la periferia, el economista egipcio indicó una distinción entre dos temáticas diferentes que tradicionalmente se han confundido. Las transferencias de valores de la periferia al centro - generadas por diferencias de salarios mayores que las brechas de productividad- se aplican por ejemplos a las *maquilas*, que instalan las grandes empresas industriales en el Tercer Mundo, para aumentar su apropiación de plusvalía.

Esta dinámica de intercambio desigual difiere por completo de la relación entre precios manufactureros y agro-mineros, que alude a otra dimensión de las conexiones entre economías avanzadas y subdesarrolladas e involucra otras tendencias.

DEPENDENCIA Y SOCIALISMO

Amin postuló que la brecha centro-periferia es una tendencia económica dominante del capitalismo, pero distinguió ese principio de polarización de las situaciones políticas de dependencia. Consideró que ambos procesos están relacionados, pero no son idénticos, ni operan en forma simétrica.

El teórico egipcio estimó que la polarización signó la trayectoria del capitalismo desde su nacimiento, pero recordó que las situaciones nacionales de dependencia fueron determinadas por la capacidad de dominación que demostró el imperio en cada circunstancia (Amin, 2006: 5-22).

Amin entendió que la resistencia a esa opresión introduce el único factor de contrapeso significativo a la brecha centro-periferia. Subrayó el impacto de esa acción como dique al subdesarrollo y como motor de los avances logrados por las economías periféricas industrializadas. Consideró que esos desenvolvimientos fueron posibles en la posguerra por la presencia de bloques socialistas, movimientos antiimperialistas y compromisos keynesianos (Amin, 2001a: 15-30).

El prolífico economista estimó que esa confluencia permitió contrarrestar la polarización, mediante el control local de la acumulación que introdujeron varios estados periféricos. Consideró que ese dispositivo –identificado con la desconexión del mercado mundial- permite ensayar los modelos auto-centrados que facilitaron la expansión de las economías avanzadas.

Pero a diferencia de la heterodoxia keynesiana, Amin no confía en la solvencia de los procesos de desenvolvimiento autónomo bajo el capitalismo y tampoco apuesta a superar el subdesarrollo por esa vía.

Para el pensador marxista el control local de la acumulación debería inaugurar una secuencia de desconexiones favorables a una transformación socialista. Señala que la confrontación con las corporaciones del centro es el punto de partida de esa larga transición pos-capitalista (Amin, 1988-83-158).

Amin desenvuelve esa tesis en debate con las concepciones que desconocen la brecha centro-periferia u observan esa fractura en términos exclusivamente económicos. Distingue la polarización de la dependencia para resaltar la primacía política de la lucha por erradicar el subdesarrollo (Amin, 2003: cap 5).

La diferencia que estableció entre ambos conceptos constituye un aporte clave para superar las miradas simplificadas de la relación centro-periferia. Indica la existencia de dimensiones económicas y políticas que no siguen trayectorias idénticas. Mientras que

la polarización afecta en la misma medida a todos los países subdesarrollados, la dependencia varía según el grado de movilización antiimperialista prevaleciente en cada caso.

Las distintas situaciones de sometimiento, autonomía o confrontación con el imperialismo, que se registran en países igualmente subordinados a la división internacional del trabajo, corrobora esa distinción. Las tesis de Amin permiten entender, además, por qué razón las desconexiones que no se profundizan tienden a recrear la brecha centro-periferia.

Pero este novedoso enfoque abre otro interrogante: ¿cómo se explica la industrialización o el crecimiento continuado de economías atrasadas que no protagonizaron procesos antiimperialistas?

La tesis de la desconexión fue concebida por Amin para apuntalar las estrategias socialistas en los procesos revolucionarios en la periferia. Esta política aceptaba alianzas acotadas con las burguesías nacionales y se inspiraba en las visiones maoístas de los años 70. Es un enfoque que subrayó el protagonismo de fuerzas populares de distinto signo y ponderó el modelo de comunas colectivistas introducido en China durante la revolución cultural (Amin, 1973: 9, 13; Amin, 1976: 112, 124, 184-186; Foster, 2011).

IMPERIALISMO COLECTIVO

Amin relacionó la polarización centro-periferia con la vigencia de un nuevo dispositivo de imperialismo colectivo liderado por Estados Unidos. Utilizó esa denominación para explicar cómo opera la dominación geopolítica global, en un marco de internacionalización del capital y continuada gravitación de la órbita estatal-nacional.

El economista egipcio precisó que la preeminencia de la ley del valor a escala mundial no implicaba la formación de una clase dominante, ni un estado globales, pero obligaba a crear estructuras para gestionar empresas y mercados planetarios. Destacó ese determinante económico en la conformación de una asociación imperial en torno a la Tríada (Estados Unidos, Europa y Japón) (Amin, 2013).

Amin también señaló que el nuevo sistema adaptó las rivalidades económicas a una gestión político-militar compartida por las grandes potencias. Subrayó la generalizada aceptación del padrinazgo

bélico ejercido por Estados Unidos, a partir del escenario creado por la guerra fría. Pero atribuyó la aparición del imperialismo colectivo no tanto a la existencia de la ex URSS, como a la necesidad de administrar una economía capitalista mundializada y amenazada por mayores desequilibrios y desafíos populares (Amin, 2003: cap 6).

Con este enfoque objetó la tesis de las sucesiones hegemónicas que postulaban el necesario reemplazo de la supremacía estadounidense por otra potencia dominante. Señaló que el nuevo contexto indujo más a la articulación de poderes imperiales que al reinicio de las disputas por la hegemonía (Amin, 2004).

Amin destacó que el predominio del imperialismo colectivo reforzaba la polarización mundial en jerarquías más infranqueables. Consideró que la obstrucción al desarrollo de la periferia tradicionalmente impuesto por Europa era continuada por la Tríada desde la segunda mitad del siglo XX.

Sin embargo el teórico marxista matizó la fractura en dos polos, señalando la existencia de semiperiferias entre ambos extremos. Recordó que esas formaciones intermedias constituyeron una norma de la historia y señaló que bajo el capitalismo contemporáneo esas modalidades no pueden alcanzar al centro. Afirmó, por ejemplo, que Brasil ya no puede equiparar a Estados Unidos, siguiendo el camino que en el pasado permitió a Alemania aproximarse a Inglaterra (Amin, 2008: 221-222).

Amin estimó que la jerarquía estable del imperialismo colectivo induce a la integración de las variantes intermedias a las estructuras dominantes y a las regionalizaciones neo-imperiales. Señaló que estos polos asociados a la Tríada (Turquía, Israel, Sudáfrica) cumplen la función de mantener la disciplina que exige el centro (Amin, 2003: cap 6).

El imperialismo colectivo postulado por Amin aportó ideas originales y fructíferas para comprender el capitalismo actual. Por un lado, resaltó los cambios cualitativos generados por la asociación internacional entre empresas de distinto origen nacional. Por otra parte, ilustró el correlato geopolítico de esta nueva gravitación de las firmas multinacionales.

Nuestra investigación sobre el imperialismo contemporáneo recoge esas contribuciones del pensador egipcio. Señalamos que la gestión colectiva ejercida por las grandes potencias se desenvuelve bajo la conducción estadounidense. Esta administración común guiada por el Pentágono se ha verificado en todos los conflictos bélicos que sucedieron a la segunda guerra mundial.

El imperialismo colectivo no implica un manejo equitativo del orden mundial, pero sí asociaciones que modifican radicalmente el viejo escenario de guerras inter-imperiales. Las acciones específicas de cada potencia (guerras hegemónicas) se efectivizan en un marco de agresiones imperiales conjuntas (guerras globales). Por esta razón el pretexto de la seguridad colectiva ha sustituido a la defensa nacional, como principio rector de la intervención armada.

Esta solidaridad militar en la acción geopolítica de las potencias sintoniza con el entrelazamiento de los capitales y con el gigantesco tamaño de los mercados requeridos para desenvolver actividades lucrativas. Expresa el nivel de centralización que alcanzó el capital en el terreno financiero, productivo y comercial.

El imperialismo colectivo es la respuesta a un avance de la globalización económica, sin correspondencia equivalente en el plano estatal. Como los estados nacionales subsisten sin ningún reemplazo por entidades mundiales, la reproducción del capital es asegurada por una modalidad más coordinada de acciones imperiales (Katz, 2011: 65-80).

LA VISIÓN DE MANDEL

Mandel desarrolló su concepción en la misma época de Baran-Sweezy y Amin, conociendo esos trabajos y compartiendo su mirada general de la relación centro-periferia. Estudio el mismo problema a partir de tres ideas centrales.

En primer término señaló que esa fractura obedecía al conflicto entre procesos de acumulación primitiva en la periferia y necesidades de expansión del capital metropolitano. Entendió que esa tensión desembocaba en distintos niveles de subordinación de las economías subdesarrolladas.

El economista belga recordó que el capitalismo central siempre busca incorporar nuevas regiones a

su control, mientras que el desarrollo del mercado socava las viejas formaciones pre-capitalistas. Destacó que ambos movimientos generan tensiones entre capitalistas extranjeros y locales en torno a las prioridades de la acumulación.

Mandel puntualizó que el resultado de esos conflictos varía en cada etapa, en función de la cambiante capacidad de las economías centrales para someter a los países subdesarrollados. Estimó que el capital metropolitano sólo logra consumir esa subordinación cuando cuenta con recursos suficientes. Observó también que en los períodos de menor capacidad expansiva, mayores rivalidades o crisis, el control sobre la periferia se atenúa (Mandel, 1978: cap 2).

En segundo lugar Mandel señaló que el capitalismo se expande usufructuando de las desigualdades entre regiones, países y sectores. Aprovecha las diferencias de costos para acumular beneficios extraordinarios. Ese tipo de plus-ganancias es acaparado por los capitalistas que invierten en las ramas o zonas más rentables, lucrando con la baratura de los insumos o la mano de obra. En esas circunstancias se acentúa la brecha centro-periferia (Mandel, 1978: cap 2).

Mandel propuso, en tercer lugar, un esquema de varios períodos históricos de la relación entre ambos polos de la economía mundial. Estimó que en la formación del capitalismo (hasta fines del siglo XIX), las economías avanzadas no habían alcanzado el poderío requerido para subordinar al resto del planeta. En esa etapa de libre-comercio, las principales potencias carecían del capital excedente o los medios de comunicación necesarios para ejercer esa supremacía. Por esta razón existió un amplio margen para el desarrollo de economías intermedias (Rusia, Italia, Japón).

En la etapa posterior del imperialismo clásico (fin de siglo XIX-principio del XX), el centro contó con capital en exceso, transportes abaratados e inversión externa suficiente para sofocar a la periferia.

Finalmente, la posguerra fue un período de obstrucciones más contradictorias de las regiones subdesarrolladas. La reconstrucción de las economías avanzadas concentró la inversión en el centro y dio lugar a una segmentación. Un sector de los países periféricos perpetuó su primarización agro-minera para satisfacer la nueva demanda de

insumos. Otro grupo de naciones lograron cierto desenvolvimiento industrial con el proceso de sustitución de importaciones, que acompañó las prioridades del centro en su propia reconstitución pos-bélica.

Con este enfoque Mandel innovó la interpretación de la relación centro-periferia. Señaló que el fundamento de esa brecha es la cambiante aparición de plus-ganancias en distintas áreas, que instauran fracturas perdurables entre economías avanzadas y relegadas. Este enfoque subraya la modificación de escenarios en cada etapa del capitalismo y la consiguiente remodelación de la polarización.

Mandel señala que esos cambios alteran el segmento de ganadores y perdedores, generando significativas variaciones dentro de la estructura histórica fracturada del capitalismo mundial.

Con esa mirada Mandel observó que la periferia ha enfrentado situaciones de mayor oxígeno (libre comercio), sofocación (imperialismo clásico) y segmentación (capitalismo tardío). En cada uno de esos contextos predominaron plusganancias específicas, resultantes de las diferencias vigentes entre regiones, naciones o ramas industriales.

El fundamento teórico de esta tesis es el desarrollo desigual y combinado, que Mandel retomó de Trotsky. Utilizó ese principio para describir la dinámica heterogénea de la acumulación, que se expande acrecentando la disparidad entre los componentes de un mismo mercado mundial (Mandel, 1983, 7-39).

El pensador belga describió cómo los países más conectados por transacciones comerciales y financieras quedan más distanciados en el plano de la tecnología y productividad, como consecuencia de ese proceso de unificación sin homogenización que caracteriza al capitalismo contemporáneo (Mandel, 1969-125-149).

Mandel evitó la reflexión abstracta sobre el desarrollo desigual y combinado. Cuestionó las interpretaciones banales de esa norma como una simple constatación de asimetrías en las relaciones internacionales. Utilizó el concepto en forma provechosa, para captar las peculiaridades del capitalismo en sus distintas etapas (Kratke, 2007; Stutje, 2007; Van der Linden, 2007).

El teórico marxista observó las relaciones centro-periferia de posguerra como una yuxtaposición entre distintas formaciones económico-sociales, que operan en un mismo mercado mundial. En sintonía con Amin, pero a partir de otra fundamentación atribuyó la brecha entre el desarrollo y el subdesarrollo a esa falta de homogenización.

BIFURCACIONES Y NEUTRALIZACIONES

Mandel señaló la existencia de dos modalidades de economías subdesarrolladas: un grupo mayoritario de países agro-mineros y un selecto segmento de semiindustrializados.

Estimó que esa bifurcación despuntó con la crisis del 30 y se afianzó durante la expansión de los años 50-60 con la reconstrucción económica de la Tríada. Por un lado, la industrialización de muchas materias primas acentuó la especialización subordinada de la periferia inferior. Por otra parte, la sustitución de importaciones apuntaló el desenvolvimiento fabril de las periferias superiores.

Mandel conceptualizó esa bifurcación mediante una reclasificación de las categorías leninistas. Estimó que el viejo ordenamiento del mundo subdesarrollado en colonias, semicolonias y naciones dependientes debía ser sustituido por una distinción entre periféricos y dependientes semiindustrializados (Mandel, 1986).

En este segundo grupo ubicó a Brasil, México, Argentina, Corea, Taiwán. Sudáfrica, India, Egipto y Argelia. Otros pensadores desarrollaron una caracterización semejante utilizando la noción de semiperiferia.

El economista belga registró que el desarrollo capitalista amplía la heterogeneidad de los países atrasados. El subdesarrollo general de todo el conglomerado persiste, pero con modalidades diferenciadas a partir de la expansión manufacturera del segmento superior (Mandel, 1971: 153-171).

Con esta mirada resaltó más las situaciones variadas que las polarizaciones en el universo de la periferia. Mandel enfatizó la amalgama de formas productivas y el desenvolvimiento de ciertas economías a costa de otras. No postuló un esquema de simple distanciamiento entre el centro y la periferia (Sutcliffe, 2008).

Su razonamiento se distanció de los marxistas que subrayaban la pretensión metropolitana de impedir cualquier modalidad de industrialización competitiva externa. Señaló que el problema de las economías medianas era el carácter parcial e insuficiente de su desenvolvimiento fabril y no la total ausencia de esa expansión.

Mandel remarcó la naturaleza cambiante de la polarización global en la historia del capitalismo. Sugirió que las propias crisis del sistema generan periodos de neutralización o bifurcación de la fractura y presentó tres causas de contrapeso a la polarización: la carencia de capitales excedentes a mediados del siglo XIX, la depresión de 1930 y la concentración metropolitana de las inversiones en la posguerra.

Las huellas de ese enfoque se verifican en la mirada de Harvey del desenvolvimiento capitalista como un proceso mundial sujeto a crisis periódicas, que generan cambios en la localización de la inversión (Harvey, 1982).

También Arrighi señala el curso turbulento del capital y la existencia de momentos de mayor asfixia o respiro de las economías subdesarrolladas. Dentro de la arquitectura estable del capitalismo global opera una geografía cambiante de bifurcaciones en la periferia (Arrighi, 2005).

La importancia de la tesis de Mandel radica en el señalamiento de esos procesos objetivos, que abren resquicios para la expansión de ciertas economías de la periferia superior. Esos huecos irrumpen por la propia crisis del capitalismo central o por las nuevas modalidades de expansión internacionalizada del sistema.

DESEQUILIBRIOS Y FLUCTUACIONES

Mandel combinó determinantes externos e internos en su interpretación del subdesarrollo. Por un lado, señaló que la inserción de la periferia como proveedora de materias primas perpetuaba las transferencias de plusvalía a las economías avanzadas. Por otra parte, retrató las limitaciones al desarrollo fabril generadas por la inclinación rentista de las clases dominantes (Mandel, 1971: 153-171).

Pero el economista belga atribuyó estas contradicciones a la dinámica desequilibrada de la acumulación y no al estancamiento. Utilizó primero

el término neo-capitalismo para bautizar la etapa de posguerra y luego optó por el concepto de capitalismo tardío. Pasó de una idea de segunda juventud a otra de senilidad, pero subrayando siempre la madurez y no la etapa terminal del sistema (Husson, 1999).

Mandel cuestionaba las tesis social-demócratas (y luego regulacionistas) del capitalismo organizado y su imaginario de prosperidad sin límites. Pero también objetaba la visión catastrofista de continuada paralización de las fuerzas productivas que postulaba el trotskismo ortodoxo (Katz, 2008: 17-31).

El teórico marxista enfatizaba los desequilibrios acumulativos del capitalismo y no la desaparición de la competencia por preeminencia de los monopolios o por despilfarro financiero. En este terreno desarrolló una mirada diferente de Baran y Sweezy y sólo parcialmente coincidente con Amin.

Mandel remarcó la fractura perdurable entre el centro y la periferia, pero señalando ciertas tendencias neutralizantes de la polarización. Con ese enfoque logró un registro más completo de la dinámica global del capitalismo

Con esa óptica aceptó la vigencia del intercambio desigual pero relativizando su alcance. Remarcó la preeminencia de movimientos cíclicos de los precios de las materias primas y no de procesos continuados de depreciación. Probablemente absorbió de Grossman la atención por la menor flexibilidad de los insumos básicos frente a la innovación tecnológica (Grossman, 1979: cap 3).

El teórico belga señaló que esa rigidez induce a los capitalistas a contrarrestar el encarecimiento de los costos de producción mediante la periódica industrialización de las materias primas. Ejemplificó esa reacción con distintos ejemplos de sustitución de productos (caucho natural por elaborado, madera por plástico, algodón por sintéticos). De esa combinación de tendencias dedujo la existencia de una dinámica fluctuante entre los precios de los productos primarios y secundarios.

Al igual que Bettelheim sugirió, además, la vigencia de una gravitación acotada del intercambio desigual. Observó que las ganancias del capital

metropolitano provenían en cada etapa de distintas fuentes (comercio, finanzas, producción).

Mandel estimó que los lucros generados por las diferencias entre productividades y salarios no se localizaban sólo en países diferentes, sino también al interior de cada nación. Ilustró cómo esta fractura operaba en ciertas “colonias internas” (sur de Italia o Estados Unidos) y no sólo en la periferia exterior.

La cautela de Mandel frente a los registros simplificados de la brecha centro-periferia se verificó en su visión de la OPEP. Consideró que las clases dominantes de los países exportadores de petróleo acaparaban una parte significativa de la renta del crudo, internacionalizando la circulación de esos fondos como un capital financiero autónomo (Mandel; Jaber, 1978).

Este señalamiento fue clave, puesto que indicó la existencia de situaciones de fortalecimiento relativo de algunas burguesías exportadoras de la periferia. También aquí puso distancia con la mirada simplificada de brechas globales crecientes e invariables. Además, abrió un sendero de investigación a la evolución de la renta en economías subdesarrolladas, explorando una dimensión poco atendida por los teóricos de su época.

Mandel destacó que el manejo local de la renta no modificaba el carácter dependiente de esos países, ni revertía su perdurable subdesarrollo. Atribuyó ese retraso al escaso beneficio logrado durante las etapas de encarecimiento de las materias primas y al agudo padecimiento sufrido en las fases de abaratamiento (Guillén Romo, 1978). Este enfoque completó su evaluación de las causas del retraso de la periferia.

CONVERGENCIAS SOCIALISTAS

Al igual que Baran-Sweezy y Amin, Mandel analizó la relación centro-periferia como una contradicción del capitalismo que aceleraría la transición al socialismo. Remarcó el protagonismo de ciertos países subdesarrollados en esa transformación.

Las victorias de Yugoslavia, China, Cuba y Vietnam confirmaron esa expectativa e indujeron al teórico belga a explorar con mayor precisión la relación entre resistencias antiimperialistas,

proyectos de industrialización y modelos de debut socialista (Mandel, 1980: 13-26).

Mandel resaltó la estrecha conexión entre estos tres procesos. Propuso resistir el despojo del capital foráneo y conquistar mayor control estatal de la acumulación para introducir formas de planificación de la economía.

Esta visión era convergente con Sweezy-Baran y Amin, pero se inspiraba en la teoría de la revolución permanente de Trotsky. Señaló no sólo la incapacidad de la burguesía nacional para erradicar el subdesarrollo de la periferia, sino también la necesidad de una revolución anti-burocrática en los países socialistas (Mandel, 1995: 57-88, 129-146).

Con ese enfoque subrayó la confluencia potencial de las revueltas populares en América Latina, África y Asia con los procesos revulsivos de Occidente y el bloque socialista. Enfatizó especialmente el empalme de los alzamientos del Tercer Mundo con el mayo francés y la primavera de Praga.

Mandel planteó una crítica frontal a la estrategia de la revolución por etapas. Rechazó posponer los procesos revolucionarios y objetó la estrategia de coexistencia con el imperialismo que propugnaban los dirigentes de la URSS.

Durante toda su vida apostó a una acción revolucionaria convergente del proletariado metropolitano con diversos sujetos populares de la periferia. Imaginó una estrecha asociación entre el anticapitalismo y el antiimperialismo.

Su modelo económico cuestionaba la planificación coactiva vigente en la URSS y promovía su reemplazo por mecanismos democráticos. Postuló combinar el mercado con el plan durante la transición socialista. Mandel simpatizó con las fuerzas de la izquierda radical y exhibió gran flexibilidad política para buscar convergencias con pensadores afines.

Al igual que Baran, Sweezy y Amin ejerció una gran influencia sobre los marxistas de posguerra y sobre los autores latinoamericanos que en los años 60 comenzaron a desenvolver la teoría de la dependencia. En nuestro próximo texto evaluaremos esa concepción.

RESUMEN

Cuatro economistas aportaron novedosas explicaciones del subdesarrollo. Baran resaltó el drenaje del excedente y corrigió las viejas ideas de obstrucción total de la industrialización. Sweezy esclareció los mecanismos de apropiación y anticipó el nuevo rol de Estados Unidos. Ambos refutaron las fantasías liberales del despegue.

Amin explicó el carácter intrínseco de la polarización, como consecuencia de la inmovilidad del trabajo ante la movilidad del capital y las mercancías. Analizó las tasas de explotación superiores y las transferencias de plusvalía padecidas por la periferia, bajo la acción de la ley del valor a escala mundial.

Distinguió, además, el intercambio desigual del deterioro de los términos de intercambio y diferenció la polarización económica de la dependencia política. Analizó también el imperialismo colectivo gestionado por la Tríada bajo la protección norteamericana. Los críticos de este concepto no comprenden el escenario contemporáneo.

Mandel indagó el conflicto entre acumulación primitiva y prioridades del capital metropolitano. Estudió tipos de plus-ganancia diferenciados a escala regional, nacional y sectorial y describió los márgenes históricos cambiantes para emerger del subdesarrollo.

También registró las bifurcaciones entre las periferias agro-mineras y semiindustrializadas. Evaluó contrapesos a las tendencias polarizadoras y remarcó las turbulencias y no el estancamiento del capitalismo. Además, estudió la dinámica fluctuante del intercambio desigual y concibió estrategias socialistas de convergencia entre los trabajadores del centro y la periferia.

REFERENCIAS

-Albo, Gregory (2004), *Paul Sweezy and American Marxism*, Department of Political Science York University Toronto, Ontario, April, www.nodo50.org

-Amin, Samir (1973). *¿Cómo funciona el capitalismo?*, Siglo XXI, Buenos Aires.

- Amin, Samir (1976). *Imperialismo y desarrollo desigual*, Fontanella, Barcelona.
- Amin, Samir (1988). *La desconexión*, Pensamiento Nacional, Buenos Aires.
- Amin, Samir (2001a). *Capitalismo, imperialismo, mundialización*, en Resistencias Mundiales, CLACSO, Buenos Aires.
- Amin, Samir (2001b) *Crítica de nuestro tiempo. Los ciento cincuenta años del Manifiesto comunista*, Siglo XXI, México.
- Amin, Samir (2003). *Más allá del capitalismo senil*, Paidós, Buenos Aires.
- Amin, Samir, (2004). Geopolítica del imperialismo colectivo, en *Nueva Hegemonía Mundial*, CLACSO, Buenos Aires.
- Amin, Samir (2005). "He sido y sigo siendo un comunista", Roffinelli Gabriela, *La teoría del sistema capitalista mundial. Una aproximación al pensamiento de Samir Amin*, Ruth Casa Editorial, Panamá.
- Amin, Samir (2006). La historia comprendida como ciclo eterno, *Revista Mundo Siglo XXI* , numero 5, verano, México.
- Amin, Samir (2008). *Modernité, religion et démocratie* , Critique de l'eurocentrisme, Parangon, Lyon.
- Amin, Samir (2013). *El imperialismo colectivo: Desafíos para el Tercer Mundo*, 19/8, <http://www.fisyp.org.ar/article/entrevista-a-samir-amin-el-imperialismo-colectivo>
- Arrighi, Giovanni (2005). Hegemony Unravelling, Part I, *New Left Review* , no. 32, March/April.
- Baran, Paul (1959). *Economía política del crecimiento*, Fondo de Cultura Económica, México,
- Bettelheim, Charles (1986), Intercambio internacional y desarrollo desigual, en *Imperialismo y comercio internacional*, Cuadernos de Pasado y Presente, n 24, México.
- Carchedi, Guglielmo (1991). *Frontiers of political economy*, Verso, London.
- Chingo, Juan (2012). El fin de las "soluciones milagrosas" de 2008/9 y el aumento de las rivalidades en el sistema mundial, 28-9, www.fti.org/IMG/pdf/EI28_Economia_y_geopolitica.pdf
- Cri, Adrian; Robles Marcos (2014). Los tiempos del imperio, *Ideas de Izquierda* n 13, septiembre, Buenos Aires.
- Dobb, Maurice (1969). *Capitalismo, crecimiento económico y subdesarrollo* , Oikos, Barcelona.
- Emmanuel, Arrighi (1971). *El intercambio desigual, Imperialismo y comercio internacional*, Pasado y Presente, n 24, Buenos Aires.
- Foster, John Bellamy (2011), *Samir Amin al 80: An Introduction and tribute* , 01/10 , <http://monthlyreview.org/2011/10/01/samir-amin-at-80-an-introduction-and-tribute/>
- Grossman, Henryk (1979). *La ley de la acumulación y el derrumbe del sistema capitalista*, Siglo XXI, México.
- Guillén Romo, Héctor, (1978). La teoría del imperialismo de Ernest Mandel, *Criticas de la Economía Política* , no 9, octubre-diciembre, México.
- Harvey, David (1982). *Los límites del capitalismo y la teoría marxista*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Howard, M.C; King, J. E (1989). *A History of Marxian Economics*, vol 1, Princeton University Press, New Jersey.
- Husson, Michel (1999). Apres l'âge d'or: sur Le Troisieme Age du Capitalisme, *Le Marxisme d'Ernest Mandel*, Actuel Marx-PUF, Paris.
- Katz, Claudio (1989). Intercambio desigual en América Latina, en *Problemas del Desarrollo*, n. 79, octubre-diciembre, México.
- Katz, Claudio (2001). Sweezy: los problemas del estancacionismo. *Taller. Revista de sociedad, cultura y política*, vol 5, n 15, vol 5, abril, Buenos Aires,

- Katz, Claudio (2008). Ernest Mandel y la teoría de las ondas largas, *Mundo Siglo XX*, otoño, número 14, México.
- Katz, Claudio (2009). *La economía Marx hoy seis debates teóricos*, Maia Ediciones, Madrid.
- Katz, Claudio (2011). *Bajo el imperio del capital*, diciembre, Luxemburg, Buenos Aires.
- Katz, Claudio (2015). *Neoliberalismo, Neodesarrollismo, Socialismo*, Batalla de Ideas, Buenos Aires .
- Katz, Claudio (2016a). Marx y la periferia, 28/3, www.lahaine.org/katz
- Katz, Claudio (2016b). El subdesarrollo en los marxistas clásicos, 25/4/, www.rebelion.org/noticia.php?id=211589
- Kratke, Michel (2007). On the history and logic of Modern capitalism: the legacy of Ernest Mandel, *Historical Materialism* 15.
- Magdoff, Harry, (1971). La obra de Paul Baran, en *Paul Baran el hombre y su obra* , Siglo XXI, Madrid.
- Magdoff, Harry (1972). *La era del imperialismo* , Serie del Ciclo Básico, Montevideo.
- Mandel, Ernest (1969). Las leyes del desarrollo desigual, en *Ensayos sobre el neocapitalismo*, Era, México.
- Mandel, Ernest (1971). La acumulación originaria y la industrialización del tercer mundo, *Ensayos sobre el neocapitalismo* . México, ERA.
- Mandel, Ernest (1978). *El capitalismo tardío*, ERA, México.
- Mandel, Ernest, Jaber, A (1978). *Sobre el nuevo capital financiero árabe e iraní*, Colección Cuadernos de Coyoacán n. 2, El Caballito, México.
- Mandel, Ernest (1980). *El pensamiento de León Trotsky*, Fontamara, Barcelona.
- Mandel, Ernest, (1983). *Trotsky: teoría y práctica de la revolución permanente*, Siglo XXI, México.
- Mandel, Ernest, (1986). Semicolonial countries and semiindustrialized dependent countries, *New International* , New York.
- Mandel, Ernest (1995) *Trotsky como alternativa*, Xamá editora, Sao Paulo.
- Stutje, Jan Wilem (2007). Concerning Der Spatkapitalismus: Mandel's Quest for a synthesis of Late Capitalism, *Historical Materialism* 15.
- Sutcliffe, Bob (2008). Marxism and development, *International handbook of development economics*.
- Sweezy, Paul (1973a). Sobre la teoría del capitalismo monopolista, en *El capitalismo moderno y otros ensayos*. Nuestro Tiempo, México.
- Sweezy, Paul (1973b). *Teoría del desarrollo capitalista*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Sweezy, Paul; Baran, Paul (1974). *El capital monopolista*, Siglo XXI, Buenos Aires.
- Sweezy, Paul; Magdoff, Harry (1981). The crisis of American Capitalism, *The deepening crisis of U.S. Capitalism*, Monthly Review Press.
- Szentes, Tamás (1984). *La economía política del subdesarrollo*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1984.
- Van der Linden, Marcel (2007). The 'law' of uneven and combined development, *Historical Materialism*, 15.

Nota:

2 En dos textos previos analizamos el enfoque de Marx y de los marxistas clásicos sobre el mismo tema (Katz, 2016a, Katz, 2016b).

El surgimiento de las Teorías de Dependencia

26-07-2016

Las Teorías de Dependencia se desarrollaron en los años 60-70 en torno a tres vertientes. Ruy Mauro Marini, Theotonio Dos Santos y Vania Bambirra postularon una concepción marxista, que fue complementada por la visión metrópoli-satélite de André Gunder Frank. Ambas miradas confrontaron con la tesis del desarrollo asociado dependiente que propuso Fernando Henrique Cardoso. ¿Cuáles fueron sus divergencias?

SOCIALISMO Y LIBERALISMO

La Teoría Marxista de la Dependencia fue un producto directo de la revolución cubana. Hasta 1960 nadie imaginaba el debut de un proceso anticapitalista a 90 millas de Miami. Se suponía que esas transformaciones serían consecuencia de cambios previos en los centros del poder mundial. El éxito de Cuba trastocó ese escenario y abrió una gran expectativa de horizontes socialistas próximos para América Latina.

Marini, Dos Santos y Bambirra postularon conceptos acordes a esa esperanza. Participaron en organizaciones que luchaban contra las dictaduras militares y alentaban proyectos de izquierda, en el turbulento período comprendido entre el ascenso de la Unidad Popular chilena (1970) y la caída del Sandinismo (1990).

Los tres autores confrontaron con el imperialismo estadounidense y concibieron propuestas de integración latinoamericana y de asociación internacional con el denominado bloque socialista. Propiciaron una drástica ruptura con la estrategia política de los partidos comunistas, que proponían forjar alianzas con la burguesía para gestar modelos de capitalismo nacional.

Los pensadores brasileños buscaron convergencias con las tendencias radicales del nacionalismo y tomaron distancia de las vertientes conservadoras de esa corriente. Sus conceptualizaciones del subdesarrollo se desarrollaron en estrecha conexión con todos los debates de la izquierda de esa época (actitud frente a la URSS, posturas frente a los gobiernos reformistas, oportunidad de la lucha armada) (Bambirra, 1986: 113-115, 78-82).

Los teóricos de la dependencia polemizaron con las interpretaciones liberales, que atribuían el atraso regional a la insuficiente absorción de la civilización occidental o a la herencia cultural indígena, mestiza e hispano-portuguesa.

Marini demostró la inconsistencia de esa concepción, recordando la exacción colonial padecida por América Latina y el posterior dominio de oligarquías despilfarradoras (Marini, 2007: 235-247).

También Dos Santos cuestionó la propuesta liberal de repetir el modelo estadounidense mediante la adopción de comportamientos modernizantes. Señaló que la inserción internacional de la región como exportadora de productos agro-mineros obstruía su desarrollo y refutó la falacia de una paulatina convergencia con las economías avanzadas (Dos Santos, 2003). Además, demostró la inconsistencia de todos los indicadores utilizados por los economistas neoclásicos para evaluar el pasaje de una sociedad tradicional a otra industrial (Sotelo, 2005).

Dos Santos rechazó la interpretación liberal dualista del subdesarrollo como un conflicto entre sectores modernos y retardatarios de la economía. Resaltó el carácter artificial de esa antinomia y retrató la estrecha integración entre ambos segmentos (Dos Santos, 1978: 283-198).

También Frank participó de esa crítica, destacando que el sector atrasado no era una rémora del modelo imperante sino su principal recreador. Señaló que el subdesarrollo latinoamericano no obedecía a la ausencia de capitalismo, sino a la gravitación de una modalidad dependiente de ese sistema.

Este planteo de Frank no sólo confrontó con la mitología liberal que contraponía el rezago regional con la modernización occidental. Al definir al subdesarrollo como un rasgo intrínseco del capitalismo dependiente, sustituyó las miradas centradas en tipologías ideales por caracterizaciones históricas de los regímenes sociales (Laclau, 1973; Wolf, 1993: 38).

DESARROLLISMO Y MARXISMO

Los teóricos marxistas de la dependencia fueron influidos por las concepciones de la CEPAL, que atribuían el retraso de la periferia al deterioro de los términos de intercambio y a la heterogeneidad

estructural de economías con alto desempleo, consumismo de las elites y estancamiento de la agricultura.

Los desarrollistas promovían la industrialización mediante la sustitución de importaciones y mayores inversiones del sector público. Cuestionaban la atadura al modelo agro-exportador y auspiciaban políticas económicas favorables a la burguesía nacional.

Marini coincidió con varios diagnósticos de Prebisch sobre el origen del subdesarrollo y con algunas tesis de Furtado sobre el impacto adverso de la oferta laboral en los salarios. Pero nunca compartió la esperanza de resolver esos desequilibrios con políticas burguesas de modernización. Ponderó los hallazgos teóricos de la CEPAL, cuestionando sus expectativas en el desenvolvimiento capitalista autónomo de América Latina (Marini, 1991: 18-19) .

Además, criticó su desconocimiento de la función cumplida por la región en la acumulación de las economías centrales. Marini explicó la brecha centro-periferia por la dinámica del capitalismo y subrayó la inexistencia de otra variante de ese sistema para el Tercer Mundo. Señaló que el subdesarrollo no podía erradicarse con simples políticas correctivas o con mayores dosis de inversión (Marini, 1993).

Dos Santos formuló una crítica semejante. Recordó que el atraso latinoamericano no obedecía a la orfandad de capitales, sino al lugar ocupado por la zona en la división internacional del trabajo (Dos Santos, 1978: 26-27) .

Los teóricos de la dependencia objetaron, además, la presentación del estado como un artífice del crecimiento, ajeno a las limitaciones de las clases dominantes. Por eso descreyeron del margen sugerido por CEPAL para completar la industrialización latinoamericana.

En este abordaje exhibieron una afinidad con los economistas marxistas de otras regiones que renovaron la caracterización del capitalismo de posguerra, evitando la presentación de esta etapa como una simple continuación del escenario leninista precedente (Katz, 2016) .

Dos Santos destacó la nueva gravitación de las empresas multinacionales y la creciente integración

global del capital. Empalmó con los diagnósticos de Amin sobre la ley del valor operando a escala mundial y coincidió con la evaluación de Sweezy del protagonismo estadounidense . También Bamberger señaló ese predominio norteamericano en el nuevo circuito de la acumulación global.

Estas miradas conectaron las mutaciones del capitalismo con el estudio de la crisis de ese sistema. Marini evaluó la dinámica de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia en la periferia, recordando que el declive porcentual de la rentabilidad proviene de la reducción del nuevo trabajo vivo incorporado a las mercancías, en relación al trabajo muerto ya objetivado en materias primas y maquinaria. Remarcó que esa modificación reduce la tasa de beneficio en proporción al capital total invertido .

Marini también señaló que la afluencia de capital a la periferia morigeraba ese declive en las economías centrales, mediante incrementos de la explotación de los trabajadores de la periferia y abaratamientos de la provisión de alimentos e insumos para la industria metropolitana. Pero destacó que esa compensación acentuaba la asfixia de la capacidad de consumo en los países con salarios más reducidos (Marini, 2005).

Dos Santos compartió este razonamiento combinado de la crisis por desequilibrios de valorización (tendencia decreciente de la tasa de ganancia) y tensiones en la realización del valor (insuficiencia del poder de compra) (Dos Santos, 1978: 154-155) . Ambos autores adoptaron una mirada multicausal -semejante al enfoque de Mandel- que clarificó varios rasgos de la crisis en la periferia (Katz, 2009:117-119).

Los teóricos de la dependencia convergieron, además, con Mandel y Amin en el registro de las nuevas bifurcaciones presentes en los países subdesarrollados. Por eso Marini indagó los desequilibrios fabriles de economías intermedias afectadas por mayores costos, desventajas tecnológicas y déficits crónicos en la balanza comercial. Su diagnóstico de Brasil (o Argentina y México) fue coincidente con el expuesto por los estudiosos de la industria de países equivalentes de Asia y África.

Marini analizó las economías medianas de Latinoamérica para superar las presentaciones de la periferia como un universo indistinto. Corrigió

viejas tradiciones del marxismo que asemejaban a América Latina con regiones de Asia o África .

El mismo propósito impulsó a Dos Santos a indagar la especificidad de las industrias latinoamericanas, sujetas a encarecimientos externos de importaciones y ahogos internos por estrechez del mercado interno .

Bambirra conceptualizó el mismo problema introduciendo distinciones entre las economías latinoamericanas. Contrastó los países de industrialización antigua (Argentina, México, Brasil), industrialización posterior (Perú, Venezuela) y estructuras agro-exportadoras sin industria (Paraguay, Haití) (Bambirra, 1986: 57-69) . Esta atención por el subdesarrollo desigual de la región fue un pilar analítico de los teóricos de la dependencia.

LAS NUEVAS CATEGORÍAS

Marini interpretó el deterioro de los términos de intercambio como una expresión del intercambio desigual. Afirmó que las transferencias de valor hacia el centro no derivaban de la inferioridad de la producción primaria, sino de la dinámica objetiva de la acumulación a escala mundial (Marini, 1973). De esta forma resaltó la gravitación genérica de la ley del valor en ese proceso.

Pero el pensador brasileño no profundizó ese análisis y soslayó el estudio diferenciado de esos fenómenos dentro y fuera de la industria, que iniciaron los teóricos del intercambio desigual (Emmanuel, Amin, Bettelheim). Tampoco exploró la dinámica de rentas petroleras recicladas en circuitos financieros que indagó Mandel. La misma óptica adoptó Dos Santos. Solamente situó el intercambio desigual en el escenario de las pujas comerciales internacionales, que habitualmente afectan a la periferia (Dos Santos, 1978: 322-323, 367) .

Los autores latinoamericanos concentraron su atención en los desequilibrios de la reproducción dependiente. Dos Santos estudió cómo se combinan los desbalances comerciales con los desajustes de endeudamiento e inflación en los países industrializados de la periferia.

Marini conceptualizó el ciclo de financiación, producción y comercialización de esas economías en contraste con los países centrales. Observó que

la inversión privada es menor que en las metrópolis y que el capital extranjero drena fondos a través de royalties, utilidades o compras de maquinaria. Describió cómo las empresas obtienen lucros extraordinarios aprovechando la baratura de los salarios e ilustró de qué forma la baja capacidad de compra recorta el mercado interno (Marini, 2012).

De esta forma teorizó la heterogeneidad estructural de la CEPAL en términos marxistas, como un ciclo dependiente. Retomó de Prebisch el diagnóstico de fuertes límites a la acumulación como consecuencia de las desproporciones sectoriales y las restricciones al consumo y estimó que esa adversidad capitalista impedía el desarrollo.

Pero observó estos desequilibrios como contradicciones específicas del capitalismo dependiente e indagó su dinámica utilizando un modelo extraído del tomo II de *El Capital*. En ese razonamiento evitó presupuestos abstractos de equilibrio y detectó las mismas tensiones en la acumulación industrial que observaron Amin y Mandel.

Marini remarcó la estrechez del poder adquisitivo retomando las hipótesis de sub-consumo de Luxemburg. Pero ubicó el problema en los escenarios periféricos. En lugar de analizar cómo la obstrucción de la demanda interna empuja hacia el exterior al capital metropolitano, estudió los desequilibrios que genera ese proceso en las economías subdesarrolladas.

El pensador brasileño ya conocía la dinámica del consumo de masas en los países centrales y por eso expuso una teoría del fordismo obstruido en las economías medianas de la periferia. Resaltó la existencia de una gran estratificación del consumo entre segmentos bajos y medio-altos y subrayó la ausencia de una masa de adquirientes medios, comparable a los países desarrollados.

Pero Marini situó la principal peculiaridad de las economías periféricas industrializadas en la superexplotación del trabajo. Utilizó ese término para describir la condición de los obreros sometidos al pago de remuneraciones inferiores al valor de su fuerza de trabajo. Señaló que esa anomalía era el trasfondo de la situación dependiente y de la conducta de clases dominantes que lucraban con tasas de plusvalía superiores al centro.

Marini consideró que la burguesía de la periferia compensaba por esa vía las pérdidas derivadas de su lugar subordinado en el mercado mundial. Señaló que los capitalistas latinoamericanos utilizaban el fondo de consumo de los trabajadores como una fuente de acumulación del capital.

El teórico de la dependencia aclaró que la superexplotación sólo era viable en regiones con grandes excedentes de mano de obra, surgidas de la sobrepoblación indígena (México), el éxodo rural (Brasil) o los flujos inmigratorios.

Situó en la forma de generar plusvalía la principal peculiaridad de las economías medianas latinoamericanas. Al igual que Amin resaltó la vigencia de mayores niveles de explotación. Pero en lugar de explicar este dato por diferencias de salarios mayores que las diferencias de productividades, atribuyó el fenómeno a una remuneración cualitativamente inferior de la fuerza de trabajo. Esta evaluación fue formulada con la mira puesta en el proceso de industrialización de un país con enormes desigualdades del ingreso (Brasil).

SUB-IMPERIALISMO Y BURGUESÍA NACIONAL

Marini no se limitó a retomar las viejas denuncias sobre el rol opresor de Estados Unidos. Introdujo el controvertido concepto de sub-imperialismo para retratar la nueva estrategia de la clase dominante brasileña. Describió las tendencias expansivas de grandes empresas afectadas por la estrechez del mercado interno y percibió su promoción de políticas estatales agresivas para incursionar en las economías vecinas.

Esta interpretación se basó en un razonamiento semejante al desarrollado por Luxemburg para caracterizar las tendencias imperiales de Alemania, Francia o Inglaterra. Esa visión subrayaba que esos cursos se implementaron para contrarrestar el reducido poder de compra local (Marini, 2005).

Pero el marxista latinoamericano le asignó al concepto una dimensión geopolítica muy diferente al registro clásico. No postuló que Brasil se incorporaba al club de potencias que disputan el dominio mundial. Más bien resaltó la subordinación de ese país a la estrategia estadounidense. Por eso habló de sub-imperialismo y retrató el papel de gendarme anticomunista regional jugado por la

dictadura brasileña durante la guerra fría contra la URSS.

El teórico de la dependencia completó posteriormente ese sentido del sub-imperialismo introduciendo otras nociones como “estado de contrainsurgencia”. Utilizó ese concepto para describir el papel de tutelaje represivo ejercido por los militares, en la transición hacia regímenes constitucionales (Martins, 2011a; Mendonça 2011).

Marini habló de sub-imperialismo para subrayar que la principal burguesía sudamericana era socia y no títere de Washington. Resaltó especialmente el rol geopolítico autónomo de una clase dominante que buscaba proyectarse como potencia económica y militar a escala regional (Marini, 1985).

Con esta mirada retomó percepciones de los marxistas clásicos sobre el rol de los imperialismos menores e incorporó los nuevos análisis sobre el papel de Estados Unidos en la posguerra. Su tesis sintonizó con la idea de imperialismo colectivo de Amin en tres planos: la creciente asociación mundial de capitales, la función capitalista protectora ejercida por el Pentágono y el nuevo rol de los custodios regionales asociados con Washington.

Mientras que el subimperialismo fue un tema específicamente abordado por Marini, el giro de la burguesía nacional fue tratado por los tres teóricos marxistas de la dependencia. Señalaron el pasaje de una clase industrialista con proyectos de desarrollo independiente a un segmento asociado con empresas extranjeras. El sostén burgués al *golpe de 1964 fue presentado como un contundente indicio de esa renuncia a procesos de acumulación autónomos* (Chilcote, 1983).

Los pensadores de la dependencia remarcaron las conexiones con el capital extranjero y no su simple subordinación. Destacaron el nuevo perfil de burguesías industriales más internacionalizadas, puntualizando las diferencias con la vieja oligarquía terrateniente y con el capitalismo nacional precedente. Dos Santos señaló que ese giro creaba un conflicto con sectores de la burocracia apegados al desarrollismo clásico (Dos Santos, 1978: 34, López Segrera, 2009).

El teórico brasileño profundizó, además, la dimensión política de ese proceso, al definir el

status de una situación subordinada. Estimó que la dependencia se verifica cuando cierto grupo de países condiciona el desarrollo de otros (Dos Santos, 1978: 305) . Retrató esta situación para el caso latinoamericano, mediante un análisis semejante al propuesto por Amin.

En ambos casos la dimensión política de la dependencia fue diferenciada de la polarización económica, aclarando las conexiones entre procesos que no se desenvuelven (necesariamente) en forma simultánea. Los dos pensadores exploraron la especificidad de la subordinación política al poder imperial, que anteriormente era asemejada a la sujeción económica. Pero en un contexto de absorbente primacía de las estrategias socialistas, esas caracterizaciones sólo fueron esbozadas.

TEORÍAS Y SINGULARIDADES

Marini, Bamberger y Dos Santos intentaron amoldar el marxismo al estudio de la nueva realidad latinoamericana de posguerra. Por esa razón se embarcaron en la misma búsqueda de nociones específicas que encararon Baran-Sweezy con el excedente, Amin con el valor mundial y Mandel con las Ondas Largas. Esta indagación siguió, a su vez, la pista inaugurada por Lenin con el desenvolvimiento desigual, por Luxemburg con la revisión de la acumulación primitiva y por Trotsky con el desarrollo desigual y combinado.

Pero el status de la dependencia como teoría suscitó fuertes debates. Se discutió si constituía una concepción, un paradigma o un enfoque, según las distintas interpretaciones en boga de las leyes sociales.

Dos Santos sostuvo que la teoría de la dependencia ya había alcanzado un nivel científico, al definir las leyes que rigen el desarrollo de los países periféricos. Señaló que esos principios esclarecían la evolución del capitalismo dependiente, con razonamientos equivalentes a los utilizados por Lenin para explicar el imperialismo.

El economista brasileño estimó que las reglas de la dependencia clarificaban de qué forma la sujeción comercial, financiera o tecnológico-industrial generaba bloqueos a la acumulación en América Latina (Dos Santos, 1978: 300, 360-366). Marini trabajó en la misma dirección y atribuyó legalidad científica a los mecanismos generadores de plusvalía en las regiones dependientes.

Ambos teóricos estudiaron la peculiaridad de América Latina frente a otras sociedades dependientes y notaron que sus investigaciones eran distintas a las predominantes en Asia o África. En los principales países de esos continentes los interrogantes giraban en torno a las razones históricas que permitieron a Europa superar a viejas civilizaciones, para someterlas a una degradación colonial (India) o semicolonial (Egipto, China) (Amin, 2005).

En América Latina los enigmas de la dependencia surgían de la renovación de un status subordinado, al cabo de un siglo y medio de independencia política sin parangón en otras zonas del Tercer Mundo. Esta visión estimuló investigaciones sobre las peculiaridades del Caribe, Centroamérica, Brasil, la región andina y el Cono Sur (Dos Santos, 1998).

Estos estudios fueron abordados con una mirada “desde la periferia”, que Marini adoptó en oposición al paternalismo elitista de estudios latinoamericanos localizados en Estados Unidos, Inglaterra o Francia . Propuso revertir esa anomalía generando conocimientos desde la región (Marini, 1991: 9-10, 42). Con el mismo enfoque Dos Santos intentó corregir a los autores clásicos del imperialismo, que a su juicio no abordaron esa problemática desde una óptica propia de los países dependientes (Dos Santos, 1978: 301-303, 340-345).

Con estas caracterizaciones del status teórico de la dependencia, los tres marxistas brasileños completaron la presentación de un enfoque que trastocó la agenda de las ciencias sociales latinoamericanas. Los conceptos introducidos por Marini, las caracterizaciones políticas de Dos Santos y las miradas de Bamberger sobre el subdesarrollo desigual crearon perdurables referencias analíticas para los pensadores de ese período.

LA VISIÓN METRÓPOLI-SATÉLITE

André Gunder Frank participó activamente en el surgimiento de la teoría marxista de la dependencia y sus tesis tuvieron un impacto inmediato superior al resto de los autores. Pero su mirada fue diferente y su enfoque de metrópolis-satélites constituyó apenas la primera de las tres concepciones que sostuvo a lo largo de su vida. El periodo inicial fue

curiosamente el más corto y afamado de esa trayectoria.

Comenzó sus trabajos bajo el fuerte impacto de la revolución cubana, adoptó las críticas de izquierda a la estrategia comunista de etapas y cuestionó la política de apoyo a la burguesía nacional. Subrayó la inexistencia de espacios para repetir el desarrollo clásico del capitalismo, remarcó la inviabilidad del desarrollismo y postuló la necesidad del socialismo (Frank, 1970: 211-213).

Frank asumió esa actitud radicalizando ideas políticas liberales y abandonando un esquema evolutivo, que identificaba la superación del subdesarrollo con la erradicación de instituciones pre-capitalistas. No maduró su visión asimilando los debates teóricos marxistas que incorporaron otros autores de la dependencia.

Pero la afinidad con ese enfoque fue señalada por Marini, que resaltó el acierto de la fórmula utilizada por Frank para retratar el retraso latinoamericano. Consideró que el “desarrollo del subdesarrollo” ilustraba cómo la consolidación de las economías avanzadas se consumaba a costa de las relegadas (Marini, 1993).

El pensador estadounidense no expuso ese corolario identificando los mecanismos de la reproducción dependiente. Tampoco enmarcó su caracterización en el funcionamiento global del capitalismo, ni relacionó su teoría con algún diagnóstico del valor, el sub-consumo o la tendencia decreciente de la tasa de ganancia.

Frank postuló simplemente que el capitalismo generaba subdesarrollo en la periferia del sistema mundial. Señaló que esa inserción subordinada determinaba la apropiación del excedente de las economías relegadas por parte de las avanzadas.

El autor norteamericano presentó la polarización metrópoli-satélite como dos caras de una misma trayectoria mundial. Subrayó la complementariedad de esos procesos y remarcó el carácter excepcional de la interrupción de esa fractura. Recordó que en la era contemporánea ninguna economía sometida alcanzó el status de potencia central y estimó que el debilitamiento de una metrópoli no modificaba el perdurable status de la dependencia (Frank, 1970: 8-24) .

El teórico estadounidense aplicó este razonamiento a la historia latinoamericana. Ubicó el origen de la relación centro-periferia en la integración subordinada de la región al capitalismo mundial en siglo XVI. Señaló que en ese encadenamiento a la acumulación global un centro metropolitano (Europa) somete a los satélites periféricos (América Latina), a través de la mediación de ciertos países (España, Portugal), que a su vez se convierten en satélites de la potencia dominante (Gran Bretaña).

Al interior de América Latina este mismo circuito conecta al satélite periférico (Chile) con el satélite colonial principal (Perú), que a su vez es manejado por la metrópoli extra-regional (España o Inglaterra). Esta cadena de sometimientos se recrea junto a la confiscación jerárquica de los excedentes (Frank, 1970: 1-7) .

Frank expuso dos ejemplos de esta conexión. Ilustró cómo Chile quedó sometido a esa subordinación desde la época colonial, a través de una clase dominante local atada a las exigencias de un puñado de firmas extranjeras. En el caso de Brasil, remarcó la inserción dependiente a través de satélites principales (Sao Paulo), que aseguraron la subordinación de los satélites secundarios (Recife) a las metrópolis (primero Portugal, luego Estados Unidos). No observó diferencias significativas entre los dos países (Frank, 1970: 119-123, 149-154) .

DOS ABORDAJES DIFERENTES

Frank priorizó el análisis de los drenajes que sufre la periferia, en sintonía con los enfoques de polarización absoluta entre el centro y la periferia de la periferia. En cambio Marini, Dos Santos y Bambirra incorporaron un registro de las bifurcaciones existentes entre economías agro-exportadoras (Chile) y parcialmente industrializadas (Brasil).

Esta diferencia determinó abordajes distintos. Mientras que el pensador estadounidense observó la economía latinoamericana como una totalidad uniforme, sus colegas brasileños estudiaron contradicciones nacionales específicas. Establecieron distinciones en lo que Frank observó como subordinaciones equivalentes.

Los teóricos brasileños partieron, además, de caracterizaciones generales del capitalismo de posguerra que Frank no tuvo en cuenta. Su enfoque no incorpora las evaluaciones de empresas

multinacionales, las transformaciones tecnológicas o los cambios de la inversión que señaló Dos Santos.

Por esta omisión Frank sólo notó que en los momentos de crisis del centro se amplían los espacios para el desenvolvimiento de la periferia. Pero con ese señalamiento explicó sólo el debut de la industrialización latinoamericana, sin aclarar lo sucedido posteriormente.

El pensador estadounidense saltó todas las elaboraciones de la fractura centro-periferia que desarrollaron los economistas marxistas y asimilaron los autores brasileños. Por eso estudió solamente la dinámica de la exacción, mientras Marini captaba las articulaciones con el capitalismo avanzado y Dos Santos percibía los amoldamientos con la mundialización. Ese registro les permitió evitar simplificaciones y notar las nuevas formas de la dependencia.

Dos Santos cuestionó tempranamente la omisión de Frank de las transformaciones internas de los países subdesarrollados. Objetó su mirada estática y la consiguiente sugerencia de inmutabilidad de la sociedad latinoamericana. Atribuyó esa unilateralidad al apego a una metodología estructural-funcionalista (Dos Santos, 1978: 304-305, 350-352, 346).

Este error se verificó en la presentación de encadenamientos del centro con sus satélites, como si fueran simples piezas de un tablero dirigido por las grandes potencias. En esta visión los sujetos sociales están ausentes o cumplen un mecánico rol, emanado del lugar que ocupan en el dispositivo global. Los antagonismos entre clases sociales, los conflictos entre segmentos capitalistas y las mediaciones del estado no tienen cabida en ese abordaje.

Por el contrario, en el razonamiento de Marini la preeminencia de ciclos dependientes, formas de superexplotación o transferencias del valor, no anula la gravitación protagónica de los opresores y oprimidos en la dinámica de la dependencia.

Los mecanismos económicos que recrean la polaridad centro-periferia en Frank constituyen sólo el punto de partida de Marini, Bambirra o Dos Santos. Por esta razón los teóricos brasileños no utilizaron el término satélite para describir a las economías dependientes. Esa metáfora alude a un cuerpo que gira en forma invariable en torno a

cierto centro, sin ninguna autonomía o desenvolvimiento interno.

Ciertamente Frank aportó varias intuiciones provechosas, pero el desarrollo de esas percepciones quedó obturado por su omisión de los sujetos sociales. Su registro de relaciones tripolares es un ejemplo de observaciones acertadas, que no tienen soporte en conceptualizaciones adecuadas.

Frank notó que la jerarquía global desborda la dualidad centro-periferia, pero al mismo tiempo desconoció la especificidad de las formaciones intermedias. Por eso utilizó el mismo razonamiento para indagar la evolución de Chile y Brasil.

Este reduccionismo fue mayor en su mirada de las burguesías nacionales. A diferencia de Marini y Dos Santos se limitó a constatar la defeción de ese sector, sin analizar las contradicciones que inauguraba ese cambio. Además, identificó la asociación con empresas extranjeras con una degradación de las clases dominantes locales a la condición de “lumpen-burguesías” (Frank , 1979).

Esa noción implica una descomposición de los grupos dirigentes que imposibilitaría su conducción del estado. Marini y Dos Santos nunca perdieron de vista que las burguesías latinoamericanas combinan el usufructo de la renta agro-minera con plusvalías extraídas a los trabajadores. Son grupos gobernantes y no simples capas tributarias del capital foráneo.

Los dominadores de la región están sujetos a patrones de competencia, inversión y explotación propios del capitalismo. Esas normas difieren del puro pillaje que implementa una “lumpen-burguesía”. Es a denominación puede ser aplicada, por ejemplo, a las mafias del narcotráfico que blanquean sus fortunas en actividades financieras o productivas. Son capitalistas marginados del club estable de los dominadores (Katz , 2015: 41-42) .

Frank tampoco incorporó las distinciones entre la polarización económica y dependencia política que concibieron los teóricos brasileños. Esta omisión no fue ajena a su limitada participación política en los procesos que signaron la trayectoria de Marini, Dos Santos y Bambirra.

Estos tres autores estuvieron directamente involucrados en las disyuntivas de Cuba, Chile o la guerrilla. En cambio Frank sólo adoptó en forma

entusiasta las banderas de la revolución cubana, sin aportar reflexiones significativas sobre los dilemas políticos de la izquierda. No formó parte del universo militante que definió la obra de los teóricos marxistas de la dependencia. Esta distancia influyó en el viraje posterior de sus trabajos.

DESARROLLO Y DEPENDENCIA

Fernando Henrique Cardoso desarrolló un enfoque opuesto a Frank, Marini, Dos Santos y Bambirra, pero quedó inicialmente ubicado en el mismo campo de teóricos de la dependencia.

Su texto con Faletto cuestionó la presentación tradicional del retraso regional como un efecto de fracturas entre la sociedad tradicional y moderna. También objetó las explicaciones de Prebisch-Furtado basadas en el deterioro de los términos de intercambio y la heterogeneidad estructural.

Retrató los mecanismos de sujeción económica que acentuaban la integración subordinada de América Latina al mercado mundial, describiendo dos variantes de esa situación. En los modelos de control nacional las elites, burocracias u oligarquías manejan el principal recurso exportado (Brasil, Argentina), en las economías de enclave esa administración queda en manos de compañías extranjeras (pequeñas naciones de Centroamérica o el Caribe). A partir de este esquema Cardoso describió la diversidad de ordenamientos sociales, que en cada país desembocaron en escenarios de estancamiento o crecimiento.

Más que un diagnóstico del subdesarrollo, el teórico brasileño trazó un cuadro de múltiples cursos, subrayando la importancia de las relaciones establecidas entre los grupos dirigentes locales y las potencias centrales. Identificó esas conexiones con distintas situaciones de dependencia en la asociación entre grupos dominantes nacionales y foráneos (Cardoso; Faletto, 1969: 6-19, 20-34, 40-53).

Cardoso no contrapuso la dependencia con el desarrollo. Sólo destacó que ambos rumbos generan modelos diferenciados, que permiten o frustran el desenvolvimiento de largo plazo. Remarcó que esos senderos son determinados por el bloque conductor del estado, la cohesión social y la conformación de órdenes legítimos de consentimiento y obediencia.

En su mirada los grupos dirigentes definen modelos políticos, que a su vez determinan cursos económicos convenientes o adversos para cada país. Como esa acción exige autonomía, FHC concentró sus análisis en los países medianos con manejo propio de sus recursos productivos. Estimó que en las economías de enclave predominan regímenes políticos excluyentes, con poco espacio para continuar el desarrollo (Cardoso; Faletto, 1969: 39, 83-101).

Cardoso evaluó que Argentina avanzó significativamente en 1900-30, al incorporar a las clases medias a un dinámico proyecto de la burguesía exportadora. Consideró que Brasil mantuvo una confederación de oligarquías sin hegemonías, ni gravitación de los sectores medios y por esa razón su economía se retrasó. La acción política desde el estado determinó ambos resultados.

FHC estimó que en el periodo posterior (1940-60) el distribucionismo afectó la expansión de Argentina, mientras que Brasil logró un mayor desenvolvimiento industrial, mediante auxilios del estado y menores presiones populares. Las articulaciones generadas por el peronismo y el varguismo definieron ese desemboque.

Cardoso concluyó su estudio señalando la generalizada tendencia a superar los límites del desenvolvimiento, mediante mayores inversiones foráneas y asociaciones de los grupos capitalistas nacionales con sus pares extranjeros (Kubistechek, Frondizi) (Cardoso; Faletto, 1969: 54-77, 111-129, 130-135).

CONFUSIÓN DE TEORÍAS

Las tesis de Cardoso no confrontaron con el liberalismo, no compartieron el espíritu crítico de CEPAL y fueron ajenas a la tradición marxista. Sólo presentaron afinidad con la sociología convencional, con el método funcionalista y con ópticas indefinidas en la relación entre dimensión política y estructura económica, que algunos analistas asocian con Weber (Martins, 2011b: 229-233).

Cardoso asignó formalmente primacía analítica al condicionante económico (control nacional versus enclave), pero en los hechos atribuyó a los actores políticos (clases, burocracias, elites) la capacidad

de generar modelos positivos (desarrollo) o negativos (subdesarrollo).

En todos los casos desconoció los límites que impone el capitalismo a los cursos en juego. Concibió a ese sistema como un régimen conflictivo, pero superior a cualquier alternativa. A diferencia de Frank, Dos Santos, Bambirra o Marini, no adoptó ópticas anticapitalistas, ni propuestas socialistas.

FHC sólo contrastó esquemas de mayor o menor efectividad a partir de tipologías construidas en torno a modelos ideales. Asignó total primacía a los determinantes políticos de ese contrapunto. Estimó que en el marco de ciertas posibilidades estructurales, las trayectorias de cada país quedan definidas por el tipo de alianzas políticas predominantes .

Consideró que en cierto momento la presión obrera favorece la acumulación y en otras etapas la obstruye. Supuso lo mismo para los acuerdos de la burguesía industrial con las oligarquías exportadoras o para la afluencia y salida de capitales (Cardoso; Faletto, 1969: 136-143).

Con esta mirada evaluó la compatibilidad de cada proceso con el desarrollo, siguiendo una lógica funcionalista de amoldamiento o inadaptación a los requerimientos del capitalismo. Adoptó a este régimen social como un dato invariable, omitiendo cualquier reflexión sobre la explotación de los trabajadores.

Cardoso eludió opiniones nítidas. Adoptó la actitud de un investigador distante que diseña su objeto de estudio, observando cómo los distintos sujetos capitalistas forjan alianzas entre sí, aprovechando el acompañamiento pasivo del pueblo.

Lo más curioso de este enfoque fue su presentación como una teoría de la dependencia. En el esquema de FHC ese término constituye un ingrediente más de la deducción funcionalista. Algunas situaciones de dependencia son disfuncionales y otras compatibles con el desarrollo.

En esta visión la dependencia no supone necesariamente una adversidad. Por eso es tan sólo registrada sin ninguna denuncia de sus efectos. FHC omitió considerar cualquiera de los mecanismos de la reproducción dependiente que

Marini, Dos Santos o Bambirra señalaron como causantes del subdesarrollo.

Cardoso únicamente observó adversidades significativas en los enclaves. En los países con control nacional del recurso exportado, estimó que las situaciones de dependencia podían diluirse con manejos adecuados. La total lejanía de este enfoque con una teoría de la dependencia quedó inicialmente oscurecida por las ambigüedades y el reconocimiento que rodeó a FHC .

UN DEBATE ESCLARECEDOR

La mirada de Cardoso se clarificó en la polémica que entabló con Marini. En un artículo coescrito con Serra acusó al teórico marxista de estancacionismo. Cuestionó la consistencia de la superexplotación, objetó el deterioro de los términos de intercambio, rechazó la existencia de un declive de la tasa de ganancia y subrayó el pujante consumo de las clases medias (Cardoso; Serra, 1978).

En otros artículos complementó esta crítica, puntualizando que las situaciones de dependencia no obstruían el dinamismo de las economías industrializadas de la periferia (Cardoso, 1980; Cardoso, 1978; Cardoso, 1977a). Estimó que la inversión extranjera incentivaba una revolución burguesa, internacionalizaba los mercados y revertía la estrechez del consumo local (Cardoso, 1973; Cardoso, 1977b; Cardoso, 1972).

Marini respondió ilustrando el nivel de explotación de los asalariados. Expuso indicadores de prolongación e intensificación del trabajo y aclaró que su concepto de superexplotación estaba referido a esas modalidades. Señaló también que su modelo no implicaba predominio de la plusvalía absoluta, ni ausencia de incrementos de la productividad.

El teórico marxista retrató, además, la severidad de las crisis de realización, observando que en un marco de alto desempleo y deterioro del salario, el surgimiento de clases medias no compensa la debilidad general del poder de compra (Marini, 1978) .

Marini recordó que el estancacionismo fue un defecto del pesimismo desarrollista de Furtado y de su tesis de la “pastorización” brasileña. Esa visión diagnosticaba una regresión hacia estadios

agrícolas, que fue desmentida por el nuevo periodo de industrialización (Marini, 1991: 34).

El revolucionario brasileño nunca fue estancacionista. Escribió *Dialéctica de la Dependencia* para indagar contradicciones y no estadios finales del capitalismo (Osorio, 2013). En la valoración de la dinámica expansiva de ese sistema se ubicó más cerca de Mandel que de Sweezy.

La respuesta de Marini permitió aclarar que sus divergencias con Cardoso no giraban en torno a la existencia de una nueva burguesía local, estrechamente asociada al capital extranjero. Ambos autores resaltaban esa novedad. El punto de discordia era la consistencia y alcance de la industrialización en curso.

Para Marini ese proceso no corregía las viejas limitaciones de la economía brasileña, ni equiparaba su desenvolvimiento con los países centrales. Por el contrario, Cardoso suponía que esas restricciones habían quedado atrás y que el país sudamericano ingresaba en un círculo virtuoso de desarrollo.

En el curso de la polémica Marini modificó su visión inicialmente considerada hacia su adversario y estimó que Cardoso había roto con su pasado, para embarcarse en una “grotesca apología al capitalismo vigente en Brasil”.

Esa fascinación le impedía registrar los datos básicos de un país con desigualdades superiores al promedio mundial, mercados internos más segmentados y desequilibrios de industrialización más significativos. Cardoso omitió estos problemas e ignoró la imposibilidad brasileña de alcanzar la performance histórica de Estados Unidos, Francia o Japón (Marini, 2005).

Dos Santos expuso las mismas críticas. Señaló su coincidencia con Cardoso en la existencia de un giro de la burguesía brasileña hacia mayores asociaciones con el capital multinacional. Pero subrayó su total discrepancia con la presentación de ese viraje como un camino al desarrollo. Puntualizó que el modelo adoptado por la clase dominante incrementaba las inversiones, sin repetir el desenvolvimiento auto-sustentado de las economías avanzadas (Dos Santos, 2003).

Todo el debate confirmó que el deslumbramiento de Cardoso con el capital extranjero había germinado en su libro clásico con Faletto. Ya el título de esa obra - *Dependencia y desarrollo* - había sido expuesto en implícita oposición al *Desarrollo del subdesarrollo* de Frank.

Allí se expusieron situaciones de dependencia muy alejadas de las dinámicas estructurales de sujeción que retrataron Marini, Dos Santos o Bambirra. Se supuso que el desenvolvimiento se materializa con políticas económicas acertadas y que el capitalismo no obstruye la erradicación del subdesarrollo.

INVOLUCIÓN SOCIO-LIBERAL

La disolución del sentido de la dependencia fue acentuada por Cardoso en la revisión de su libro. Allí utilizó la fórmula “desarrollo dependiente asociado” para caracterizar la gestión conjunta de las empresas multinacionales con las burocracias y las burguesías locales (Cardoso, Faletto, 1977).

FHC señaló que bajo esa administración las inversiones extranjeras facilitan una intensa expansión económica, sin generar los obstáculos señalados por los teóricos marxistas. Rechazó el enfoque de los autores que ilustraban cómo el crecimiento motorizado por el capital foráneo genera desequilibrios superiores a los padecidos por los países centrales. Esta diferencia cualitativa fue olvidada por Cardoso, que transformó a la dependencia en un concepto antagónico a lo imaginado por los gestores de esa idea.

El único límite real al desarrollo que observó Cardoso en los países intermedios fue la existencia de regímenes políticos excluyentes y obstructores de los mercados que integran a toda la población. Supuso que la remoción de esa barrera política erradicaba también la principal causa del subdesarrollo.

En ese período FHC aún consideraba varios caminos para el logro de esa democratización. Pero poco tiempo después estimó que sólo las transiciones negociadas con las dictaduras pavimentaban ese rumbo. Por eso participó activamente en la gestación de las democracias tuteladas, que en los años 80 aseguraron la continuidad del esquema económico neoliberal inaugurado por esas tiranías.

A partir de ese enfoque Cardoso promovió las transiciones pos-dictatoriales como el marco político ideal para atraer capital extranjero. Inició una fervorosa reivindicación del neoliberalismo y sus divergencias con la izquierda se concentraron en torno a esa apología. Las evaluaciones dispares sobre la dependencia quedaron relegadas como una problemática del pasado.

FHC tomó mayor distancia también de la CEPAL y abandonó cualquier presentación del estado como entidad impulsora de la industrialización (López Hernández, 2005). Es cierto que a diferencia del desarrollismo captó la conversión de las viejas burguesías nacionales en asociadas, pero nunca lamentó, ni cuestionó ese giro. Al contrario, lo reivindicó como un acertado camino hacia la prosperidad latinoamericana.

Su crítica a Marini coincidió con la asunción de posturas más derechistas. Cuestionó todos los conceptos de su adversario que chocaban con su fascinación por el mercado y las empresas multinacionales.

En ese período Cardoso introdujo a la Fundación Ford en el medio académico e incentivó el financiamiento privado de las ciencias sociales. Cortó toda referencia a los problemas discutidos con Marini y evitó los debates relacionados con su propio pasado (Correa Prado, 2013).

Posteriormente como presidente de Brasil Cardoso se transformó en el principal artífice de ajustes, privatizaciones, aperturas comerciales y flexibilizaciones laborales. En la última década traspasó nuevos límites hasta convertirse -junto a Vargas Llosa- en el principal adalid de las causas reaccionarias. Actualmente es un vocero de la intervención imperialista en Venezuela y de todos los atropellos del Pentágono.

Por eso no sorprende su activa participación en el reciente golpe judicial-mediático- institucional que desplazó a Dilma Rouseff. FHC tuvo un papel descollante en esa tropelía, al presentarse como un noble estadista que enaltece los valores de la república, reclamando la destitución de una presidenta electa.

Cardoso escribió 22 artículos con ese hipócrita mensaje en el principal periódico de los destituyentes (O Globo) y asumió esa campaña como una venganza personal contra su rival Lula

(Anderson, 2016; Feres Júnior, 2016) . Esta actitud ya generó contundentes repudios de la intelectualidad progresista (CLACSO, 2016).

También el socio de FHC en la crítica a Marini - José Serra- ha sido un activo golpista premiado con el cargo de canciller. Desde allí promueve el mayor giro pro-norteamericano de la historia reciente de Brasil (Nepomuceno, 2016).

La involución neoliberal de Cardoso fue anticipada por la crítica de Marini. La polémica entre ambos no fue un episodio coyuntural de los años 70, ni concentró equívocos de ambos lados. El primer autor negó la persistente realidad del atraso y el segundo explicó su continuidad. Esa diferencia los ubica en polos contrapuestos.

En los últimos años comenzó una revalorización de la obra de Marini (Murua, 2013:1-3; T raspadini, 2013:10-12). Se difunden sus escritos y se retoman trabajos para actualizar su concepción. Algunos investigadores sostienen que construyó una “economía política de la dependencia” y aporta los cimientos para comprender el subdesarrollo (Sotelo, 2005).

Esta caracterización suscita varias preguntas: ¿Los pilares señalados por Marini son suficientes? ¿La valoración de su enfoque se refiere a la época del revolucionario brasileño o se proyecta hasta la actualidad? ¿Cómo evaluar los cuestionamientos que recibió desde el campo del marxismo? En los próximos textos abordaremos esos problemas.

RESUMEN

Tres teorías de la dependencia surgieron en los años 60. Los autores marxistas conceptualizaron el subdesarrollo desde una expectativa socialista próxima. Cuestionaron los mitos liberales, analizaron los desequilibrios de la industrialización desarrollista y explicaron el atraso por los efectos del capitalismo dependiente.

Marini indagó el fordismo obstruido, la superexplotación, el ciclo dependiente y la doble dimensión del sub-imperialismo. Dos Santos teorizó la diferencia entre polarización económica y dependencia política y Bambirra distinguió las variantes desiguales del subdesarrollo. Asignaron un status científico a su concepción y evaluaron la especificidad de América Latina en el universo periférico.

El enfoque metrópoli-satélite de Frank tuvo afinidades con la visión marxista, pero sólo postuló un encadenamiento de excedentes traspasados al centro. No registró bifurcaciones internas, omitió a sujetos sociales y presentó erróneamente a las clases dominantes como segmentos lumpenizados.

Cardoso planteó un enfoque muy diferente. No contrapuso el desarrollo con la dependencia y se limitó a describir retrasos económicos resultantes de modelos políticos divorciados de las prioridades del capitalismo. Con esa mirada ignoró las diferencias cualitativas entre economías medianas y potencias centrales e inició una involución neoliberal.

REFERENCIAS

- Amin, Samir (2005). “He sido y sigo siendo un comunista”, Roffinelli Gabriela, *La teoría del sistema capitalista mundial. Una aproximación al pensamiento de Samir Amin*, Ruth Casa Editorial, Panamá.
- Anderson, Perry (2016). A crise no Brasil, <http://www.pambazuka.org/pt/democracy-governance/crise-no-brasil-uma-an%C3%A1lise-profunda-de-perry-anderson>.
- Bambirra, Vania(1986). *El capitalismo dependiente latinoamericano*, Siglo XXI, México.
- Cardoso, Fernando Henrique (1972). “Notas sobre el estado actual de los estudios sobre dependencia. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales*, n. 4, Santiago.
- Cardoso, Fernando Henrique (1973). “Contradicciones del desarrollo asociado”, *Cuadernos de la Sociedad Venezolana de Planificación*, número 113-115, Caracas.
- Cardoso, Fernando Henrique (1977a). “La originalidad y la copia”. *Revista de la CEPAL*, 2
- Cardoso, Fernando Henrique (1977b). “Las clases sociales y la crisis política”, *Clases sociales y crisis política en América Latina*, Siglo XXI-UNAM, México,
- Cardoso, Fernando Henrique (1978). “Estados Unidos y la teoría de la dependencia”. *América Latina: 50 años de industrialización*. Col. La Red de Jonás, Premiá. México,
- Cardoso, Fernando Henrique (1980). “El desarrollo en el banquillo”, *Revista de Comercio Exterior*, agosto, México.
- Cardoso Fernando, Henrique; Faletto Enzo, (1969). *Desarrollo y dependencia en América Latina. Ensayo de interpretación sociológica*, Siglo XXI, Buenos Aires.
- Cardoso, Fernando Henrique; Faletto Enzo, (1977). Post Scriptum a dependencia y desarrollo en América Latina, *Desarrollo Económico*, vol 17, n 66, julio-septiembre, Buenos Aires.
- Cardoso, Fernando Enrique; Serra; José, (1978). Las desventuras de la dialéctica de la dependencia *Revista Mexicana de sociología* , México.
- Chilcote, Ronald (1983). Teorías reformistas e revolucionarias de desenvolvimiento e subdesenvolvimiento, *Revista . Economía Política Vol . 3, N 3, julio- setembro*.
- CLACSO, (2016). Carta Abierta al Congreso de la Latin American Studies Association (LASA) Nueva York, 27, 28, 29 y 30 de mayo.
- Correa Prado, Fernando; Rodrigo, Castelo, (2013). O início do fim? Notas sobre a teoria marxista da dependência no Brasil Contemporâneo, *Revista Pensata* , v 3, n 1, novembro.
- Dos Santos, Theotonio (1978). *Imperialismo y dependencia*, ERA, México.
- Dos Santos, Theotonio, (1998). La teoría de la dependencia un balance histórico y teórico, *Los retos de la globalización*, UNESCO, Caracas.
- Dos Santos, Theotonio (2003). *La teoría de la dependencia: balance y perspectivas*, Plaza Janés, Buenos Aires.
- Feres Júnior, João (2016). FHC: Embaixador do golpe no Brasil , <http://cartamaior.com.br/?/Editoria/Politica/FHC-Embaixador-do-golpe-no-Brasil/4/36175>
- Frank, André, Gunder (1970) *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina* , Siglo XXI, Buenos Aires.

- Frank, André Gunder, (1979). *Lumpenbuesía y lumpendesarrollo* , Laia, Barcelona.
- Katz, Claudio (2009) . *La economía Marx hoy seis debates teóricos* , Maia Ediciones, Madrid.
- Katz, Claudio (2015) . *Neoliberalismo, Neodesarrollismo, Socialismo* , Batalla de Ideas Ediciones, Buenos Aires.
- Katz, Claudio (2016). Centro y periferia en el marxismo de posguerra, 23/5, www.lahaine.org/katz
- Laclau, Ernesto (1973). Feudalismo y capitalismo en América Latina, *Modos de Producción en América Latina*, Cuadernos de Pasado y Presente n 40, Buenos Aires.
- López Hernández, Roberto, (2005). La dependencia debate, *Latinoamérica* 40, enero, México.
- López Segrera, Francisco (2009). A revolucão cubana e a teoria da dependencia: Ruy Mauro Marini como fundador, *A América Latina e os desafios da globalizacão*, Boitempo, Rio.
- Marini, Ruy Mauro (1973). *Dialéctica de la dependencia*, ERA, México.
- Marini, Ruy Mauro (1978). Razones del neo-desarrollismo, *Revista Mexicana de Sociología* , año XL, vol. XL.
- Marini, Ruy Mauro (1985). La dialéctica del desarrollo capitalista en Brasil, *Subdesarrollo y revolución* , Siglo XXI.
- Marini, Ruy Mauro (1991). *Memoria*, www.marini-escritos.unam.mx/001
- Marini, Ruy Mauro (1993). La crisis teórica, *América Latina: integración y democracia*, Editorial Nueva Sociedad, Caracas.
- Marini, Ruy Mauro (2005). En torno a Dialéctica de la dependencia, *Proceso y tendencias de la globalización capitalista*, CLACSO, Buenos Aires.
- Marini, Ruy Mauro (2007). La sociología latinoamericana: origen y perspectivas. *Proceso y tendencias de la globalización capitalista* , CLACSO-Prometeo, Buenos Aires.
- Marini, Ruy Mauro (2012). O ciclo do capital na economia dependente, *Padrão de reprodução do capital* , Boitempo, Sao Paulo.
- Martins, Carlos Eduardo (2011a). O pensamento social de Ruy Mauro Marini e sua actualidade: reflexoes para o seculo XXI, *Crítica Marxista* n 32.
- Martins, Carlos Eduardo (2011b). *Globalizacão, Dependencia e Neoliberalismo na América Latina*, Boitempo, Sao Paulo.
- Mendonça, José Carlos (2011). Notas sobre o Estado no pensamento político de Ruy Mauro Marini”, *Revista Historia e Luta de Classes*, año 5, n 7.
- Murua, Gabriela (2013). Apresentação, *Revista Pensata* , v.3 n.1 novembro.
- Nepomuceno, Eric (2016) El canciller del oportunismo, *Página 12*, 25-5.
- Osorio, Jaime (2013) . Sobre dialéctica, superexplotación y dependencia, *Revista Argumentos* vol. 26 no.72, may-ago, México.
- Sotelo Valencia, Adrián (2015), La Crisis de los Paradigmas y la Teoría de la Dependencia en América Latina, <http://www.rebellion.org/docs/15161.pdf>
- T raspadini, Roberta (2013). Ruy Mauro Marini e a Teoria Marxista da Dependência, *Pensata* V.3 N.1 novembro.
- Wolf, Eric (1993). *Europa y la gente sin historia*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.

Críticas y convergencias con la Teoría de la Dependencia

07-09-2016

En los años 70 Agustín Cueva fue el principal crítico marxista de las Teorías de la Dependencia. Objetó la tesis del desarrollo asociado, cuestionó la visión metrópoli-satélite y mantuvo intensas polémicas con Bambirra, Dos Santos y Marini. Pero a partir de confluencias políticas, en la década siguiente participó de un reencuentro teórico que modificó el abordaje del subdesarrollo.

FUNCIONALISMO SIN SUJETOS

Cueva sobresalió como un intelectual muy creativo. Se forjó en el ambiente localista de Ecuador, absorbió concepciones estructuralistas en Francia y maduró su novedosa mirada historiográfica en México. Compartió ciertas estrategias políticas con los partidos comunistas, pero cuestionó el dogmatismo imperante en la URSS (Prado, 1992).

Sus debates con la teoría de la dependencia comenzaron con tres objeciones al esquema de Cardoso-Faletto. Criticó, en primer término, el uso de criterios funcionalistas para explicar la historia de América Latina, señalando que el “desarrollo hacia adentro” o las “colonias de explotación” carecían de la consistencia explicativa. Retrataban peculiaridades de ciertas áreas o singularidades de los productos exportados, pero no aportaban criterios para la interpretación del subdesarrollo.

Cueva puntualizó que las ventajas o inconvenientes generados por los recursos de cada región no clarifican la lógica capitalista, ni esclarecen las aptitudes diferenciadas para la acumulación. Señaló que sólo los conceptos marxistas de fuerzas productivas, relaciones de producción y lucha de clases facilitan ese análisis (Cueva, 1976).

El pensador ecuatoriano estimó que Cardoso soslayaba los procesos histórico-sociales en todas sus caracterizaciones. Señaló que FHC ofrecía una descripción de las ventajas del control nacional sobre los recursos (México) frente a su administración foránea (pequeños países de Centroamérica). Destacó que también retrataba las

conveniencias de ciertas alianzas políticas para incentivar la industrialización (Brasil en los años 60) u obstruirla (Argentina en el mismo periodo) (Cueva, 1973:102).

Pero el teórico andino puntualizó que en ese pantallazo, los desequilibrios de la acumulación capitalista eran tan omitidos como los conflictos entre los grupos dominantes.

Cueva objetó, en segundo lugar, el razonamiento “externalista” de Cardoso. Destacó que su enfoque sustituía el análisis de cada economía latinoamericana por una simple constatación de inserciones en el mercado mundial. Señaló que la contraposición entre situaciones de enclave y control nacional de los recursos nacionales registraba conexiones externas, sin indagar la dinámica endógena del desenvolvimiento de cada país.

Estimó que la omisión de la dimensión agraria ilustraba ese desconocimiento de los procesos internos. Destacó especialmente la ausencia de referencias a los conflictos entre campesinos y latifundistas, que determinaron los principales desenlaces progresivos (México) o regresivos (Perú, Colombia) de la historia regional. Observó que en muchas circunstancias esos procesos fueron más determinante del subdesarrollo que las exacciones externas.

En tercer lugar, Cueva advirtió la total ausencia de sujetos populares en la radiografía expuesta por Cardoso. Remarcó que presentaba al pueblo como un acompañante pasivo de las alianzas tejidas por las burocracias con las clases dominantes.

El teórico ecuatoriano señaló que FHC sólo reconocía cierta gravitación de la clase media, ignorando por completo a los obreros, campesinos o desposeídos. Estimó que ese desconocimiento obstruía cualquier análisis de lo acontecido en un continente convulsionado por rebeliones y resistencias populares (Cueva, 1976).

Con esta temprana percepción del funcionalismo, el externalismo y la omisión de las confrontaciones de clases, Cueva puso de relieve defectos en la obra de

Cardoso, que los teóricos marxistas de la dependencia resaltaron con mayor tardanza (Katz, 2016).

EXOGENISMO MECÁNICO

Cueva objetó también la visión externalista del esquema metrópoli-satélite y la interpretación del subdesarrollo como un resultado exclusivo de la inserción subordinada en el mercado mundial (Cueva, 1979a: 7-11).

Cuestionó el énfasis unilateral de Frank en los desequilibrios exógenos, señalando que América Latina no era dependiente por su integración en el mercado mundial, sino por la obstrucción interna a su desarrollo. Observó que el predominio de rentas improductivas generadas por la primacía de las haciendas, plantaciones y latifundios bloqueó más la acumulación de capital, que las succiones coloniales o imperiales .

El pensador ecuatoriano atribuyó los errores de Frank a su asimilación acrítica de los enfoques de la CEPAL, exclusivamente centrados en el deterioro de los términos de intercambio. Señaló que esa mirada indujo a generalizaciones excesivas y a suponer que todas las sociedades latinoamericanas están cortadas por un mismo patrón.

Cueva destacó que el simplificado modelo de satélites y metrópolis omite las diferencias entre economías tan disímiles como Chile y Brasil. Cuestionó también la atención excluyente a l comercio en desmedro de la producción, como principal determinante del subdesarrollo (Cueva, 1986) . Varios autores de la época tipificaron ese defecto con el término de “circulacionismo”.

El crítico andino también cuestionó las conclusiones de su colega alemán. Estimó que la conocida fórmula para describir el retraso latinoamericano (“desarrollo del subdesarrollo”) sugería un erróneo escenario de estancamiento.

Cueva objetó la identificación de una situación dependiente con bloqueos a cualquier expansión y propuso indagar a Latinoamérica como un eslabón débil del desarrollo desigual del capitalismo. Resaltó que la competencia y la inversión son

incompatibles con el estancamiento, en un sistema sujeto a espirales de contradicciones (Cueva, 1977: 98-113, 437-442).

El teórico ecuatoriano criticó, además, la desconsideración por los antagonismos entre opresores y oprimidos. Cuestionó la sustitución analítica de las luchas y las sublevaciones por meras clasificaciones de satélites.

Frank no respondió. Se limitó a registrar esos señalamientos como un indicio del impacto generado por su propia obra. Esta actitud fue congruente con el abandono de la Teoría de la Dependencia que consumió al poco tiempo de haberla formulado (Frank, 1970: 305-327).

Posteriormente retomó el tema afirmando que su enfoque nunca privilegió el comercio, ni desconoció las dimensiones endógenas. Pero no aportó argumentos para justificar esa opinión (Frank, 2005).

Las observaciones de Cueva sintonizaron con objeciones de otros analistas, que remarcaron “unilateralidades” del enfoque metrópoli-satélite (Vitale, 1981), su “exagerado dependentismo” (Martins, 2009) o su “pesimismo apocalíptico” (Boron, 2008).

PROBLEMAS DEL PAN-CAPITALISMO

La crítica de Cueva se extendió al diagnóstico del capitalismo comercial instaurado en América Latina desde el siglo XVI. Frank afirmaba que desde esa época predominó en la región un sistema de producción orientado por el mercado. Expuso esa tesis en polémica con las teorías del pasado feudal, señalando que nunca rigió una economía cerrada o meramente rural (Frank, 1970: 31-39, 167-168).

Cueva remontó también el origen del subdesarrollo a la colonia, pero no atribuyó ese problema al comercio. Recordó la devastación sufrida durante la “des-acumulación originaria” impuesta por la conquista y señaló que esa depredación no instauró modalidades capitalistas (Cueva, 1973: 65-78).

El pensador andino criticó la identificación del capitalismo con el intercambio comercial. Contrapuso la asociación de ese sistema con la economía monetaria (Adam Smith), a su presentación como un modo de producción basado en la explotación del trabajo asalariado (Marx). Subrayó que el capitalismo presupone procesos industriales de extracción de plusvalía, inexistentes en esa época no sólo en América Latina, sino también en Europa.

Cueva remarcó la preeminencia inicial en América Latina de regímenes pre-capitalistas estrechamente conectados con el naciente mercado mundial. Objetó el simplificado contrapunto entre los intérpretes de la colonización feudal y capitalista, destacando la imposibilidad de corroborar ambas caracterizaciones. Propuso incorporar la noción de formaciones económico-sociales para resolver ese problema (Cueva, 1988).

Señaló que las articulaciones de variados modos de producción rigieron desde la conquista hasta el siglo XIX (Cueva, 1979a: 60-68). Distinguió especialmente tres modalidades: la servidumbre en la hacienda, la esclavitud en las plantaciones y el trabajo asalariado en los latifundios. Entendió que esta atención por la forma de explotación imperante era más congruente con el marxismo, que la jerarquización analítica del comercio exterior. Rechazó el pan-capitalismo de Frank por reducir cuatro siglos de historia a la primacía de un modo de producción contemporáneo (Cueva, 1978).

El pensador ecuatoriano también destacó que el concepto de formaciones económico-sociales era indispensable para comprender el subdesarrollo desigual de América Latina. Estimó que lo ocurrido en cada proceso nacional se explicaba por la disolución de las bases pre-capitalistas, que precedieron al afianzamiento de los modelos oligárquicos predominantes desde el siglo XIX (Cueva, 1982).

El teórico andino ubicó el origen contemporáneo del subdesarrollo en la consolidación de la gran propiedad rural y describió cómo las repúblicas balcanizadas impidieron el surgimiento de los farmers. Situó la causa central del atraso

latinoamericano en la carencia (Ecuador, Brasil) o insuficiencia de transformaciones agrarias (México, Bolivia).

Esta relevancia asignada a los determinantes internos del subdesarrollo sintonizó con otras miradas igualmente inspiradas en el enfoque althusseriano (Howard; King, 1989: 205-215). Todas rechazaban las contraposiciones tradicionales entre feudalismo y capitalismo, subrayando el predominio de mixturas condicionadas por la penetración desigual e insuficiente del capitalismo.

Estas visiones empalmaron con las objeciones dentro de la propia teoría marxista de la dependencia a la omisión de las estructuras internas y con la crítica a la falsa equiparación de situaciones coloniales y contemporáneas (Dos Santos, 1978: 303-304, 336-337; Marini, 1973:19). Estos cuestionamientos resaltaron el olvido de las raíces de la dependencia en el plano productivo (Chilcote, 1983) y convergieron con otros críticos de la tesis del capitalismo vigente en América Latina desde 1492 (Salama, 1976:13).

Cueva también objetó el desconocimiento del protagonismo que tuvieron las clases populares en la historia latinoamericana. Señaló que Frank ignoró esa incidencia en las luchas por la Independencia y en las revoluciones agrarias, nacionales o antiimperialistas de la centuria posterior (Cueva, 1979a: 69-93).

El teórico ecuatoriano abordó el estudio del pasado desde una óptica de los oprimidos (“historia por abajo”), para subrayar cómo ese legado nutrió la cultura de la izquierda. Propició un enfoque que despuntaba también en teóricos marxistas de otras regiones. Los historiadores ingleses, por ejemplo, exploraban en esa época una nueva síntesis entre el papel de estructuras económicas y el rol definitorio de la lucha social (Kaye, 1989).

¿SINGULARIDAD METODOLÓGICA?

Cueva también criticó el status teórico del concepto dependencia. Objetó la enunciación de leyes específicas del capitalismo subordinado, señalando

que esos principios sólo se corresponden con la universalidad de los modos de producción, sin aludir al centro o a la periferia. Precisó que las formaciones sociales específicas no están sujetas a ningún tipo de legalidad (Cueva, 1976).

El pensador ecuatoriano formuló estas observaciones en términos genéricos, pero reprochó la errónea búsqueda de leyes peculiares a “un autor tan riguroso” como Marini.

Cueva no cuestionó la existencia de una dinámica específica de la economía latinoamericana. Objetó su presentación como leyes, señalando que esas reglas explican el funcionamiento del feudalismo o el capitalismo, sin extenderse a los ámbitos peculiares de esos sistemas (Cueva, 1979b).

El pensador andino no profundizó en las consecuencias epistemológicas de su planteo. No pretendía iniciar una controversia filosófica, sino aportar argumentos al debate con los teóricos del singularismo regional. Por eso le cuestionó a Cardoso su búsqueda de originalidades latinoamericanas y rechazó la vehemencia identitaria de muchos auspiciantes de las ciencias sociales latinoamericanas.

Cueva tenía preocupaciones inversas a Marini. En vez de lamentar la ausencia de autores localizados en la región, resaltaba el exceso de provincialismo y la escasa absorción de ideas universalistas. Desechaba la existencia de “categorías nuestras” y confrontaba con las mitologías regionalistas (Cueva, 1979a: 83-93).

En este debate Cueva prolongaba la batalla que había librado en Ecuador contra la ideología del mestizaje. Denunciaba el retrato imaginario de una armónica convivencia entre pueblos, que difundían los pensadores de las clases dominantes. Estimaba que ese idílico universo encubría la opresión ejercida por las elites adineradas y cuestionaba esa demagogia nacionalista desde una postura socialista (Tinajero, 2012: 9-35).

Esta oposición al nacionalismo populista explica la hostilidad de Cueva a la pretensión de elevar el status conceptual de la teoría de la dependencia.

Rechazó esa aspiración afirmando que América Latina estaba regida por principios generales del capitalismo.

Para el teórico ecuatoriano las sociedades latinoamericanas era particulares, pero no originales y la indagación de sus dinámicas no implicaba descubrir leyes propias de la región.

Pero sus críticas sólo eran pertinentes para los pensadores que recurrían a explicaciones espiritualistas de la identidad latinoamericana o para los constructores de forzados de destinos nacionales. Ninguno de esos defectos se verificaba en los teóricos marxistas de la dependencia. Las acusaciones de nostalgia nacionalista contra varios integrantes de esa corriente carecían de justificación.

No sólo Dos Santos, Marini y Bambilra postulaban enfoques socialistas con miradas universalistas. Cardoso mantenía afinidades con el cosmopolitismo liberal y Gunder Frank con variantes libertarias de ese mismo ideario. El equívoco de Cueva estuvo muy influido por el tenso clima político de los años 70.

EL BALANCE DE LA UNIDAD POPULAR

Todos los participantes del debate de la dependencia estuvieron personalmente involucrados en la experiencia de la Unidad Popular chilena. Al igual que sus colegas, Cueva tuvo enormes expectativas en un desemboque socialista de ese proceso. Describió esa oportunidad en un país con excepcionales tradiciones de continuidad institucional. Señaló que ese legado facilitó el triunfo electoral de la izquierda, pero fue también utilizado por el pinochetismo para preparar el golpe .

Cueva estimó que la derecha demostró una voluntad de poder ausente en la UP. Esa coalición buscó acuerdos con la oposición y no supo utilizar el respaldo popular para desbaratar la asonada.

El pensador ecuatoriano retrató el papel arbitral de Allende y la confianza socialdemócrata en el legalismo. Pero también criticó la conducta “aventurera” del MIR por su promoción de

acciones directas “utilizadas por la derecha” (Cueva, 1979a: 97-140).

Marini extrajo un balance totalmente opuesto. Identificó el triunfo de la UP con la apertura de un proceso revolucionario y responsabilizó al Partido Comunista por la frustración de ese curso. Criticó especialmente la hostilidad de esa organización a cualquier desborde del marco político burgués.

El economista brasileño estimó que Allende quedó atrapado en una tolerancia suicida del golpe. Señaló que el MIR nunca realizó acciones adversas a la UP. Al contrario colaboró con ese gobierno, promovió comités para sostenerlo, alentó la reforma agraria y la continuidad de la producción sabotada por los capitalistas (Marini, 1976a). Reivindicó al mismo tiempo el intento de gestar formas de poder alternativo para contener a Pinochet (Marini, 1976b).

Dos Santos coincidió con Marini. Integraba el Partido Socialista y proponía la unión de toda la izquierda para radicalizar el proceso abierto con el gobierno de Allende (Dos Santos, 2009:11-26).

En una mirada retrospectiva la balanza de la discusión se inclina a favor de Marini. El teórico de la dependencia captó la disyuntiva imperante en 1970-73 entre el debut del socialismo y el triunfo de la reacción. Cueva eludió ese dilema con enunciados contradictorios.

El escritor ecuatoriano objetó tanto la miopía institucionalista como la acción directa, sin aclarar cuál de los dos problemas fue determinante del trágico desenlace. Mientras que la izquierda de la UP fomentaba el poder popular, el sector conservador de ese frente buscaba una alianza con la Democracia Cristiana, para gestar una etapa de capitalismo nacional.

Cueva sugirió una tercera opción sin explicar cómo podría implementarse. Criticó la supresión de etapas intermedias y el desconocimiento de la correlación de fuerzas (Cueva, 1979a: 7-11). Pero Marini tomaba en cuenta ambos problemas al apoyar las iniciativas desde abajo en los cordones industriales y las comunas agrarias.

Tanto Cueva como Marini promovían la conversión de los triunfos electorales de la izquierda en dinámicas radicales de conquista del poder. Pero confrontaron duramente en la definición de las estrategias para alcanzar ese objetivo. Esta divergencia se proyectó a otros planos y generó drásticas críticas (Cueva, 1988) y virulentas defensas de la Teoría de la Dependencia (Marini, 1993; Dos Santos, 1978: 351, 359, 361; Bambirra, 1978: 40-73).

ENDOGENISMO TRADICIONAL Y TRANSFORMADO

Aunque Cueva compartió la estrategia de muchos partidos comunistas, no cuestionó la Teoría de la Dependencia desde ese alineamiento. Su enfoque contrastó con las objeciones formuladas por esa corriente.

Los exponentes del comunismo oficial criticaban el rechazo de Frank, Marini y Dos Santos a la política de alianzas con la burguesía nacional. Señalaban que con esa oposición se negaba la primacía de la lucha antiimperialista, se desconocía la necesidad de los frentes poli-clasistas, se desvalorizaba al campesinado y se omitía la centralidad de la lucha democrática (Fernández; Ocampo, 1974).

Pero en los hechos las alianzas con las “burguesías progresistas” conducían a esos desaciertos. Esos grupos dominantes adoptaban posturas regresivas de atropello a los trabajadores y de sostén de la represión. El oficialismo comunista no registraba, además, las potencialidades socialistas abiertas con la revolución cubana, que dos teóricos de la dependencia expusieron en un elaborado texto (Dos Santos; Bambirra, 1980).

Cueva no participó en esas discusiones, ni repitió las acusaciones que recibía el dependentismo por su parentesco con la “ideología burguesa”. Ese cuestionamiento resaltaba el contenido filosófico “idealista” de esa concepción, subrayando su desatención por las problemáticas materialistas de la relación del capital con el trabajo (Angotti, 1981). También alertaba contra la existencia de una confusa variedad de conceptos de la dependencia,

que eran aprovechados por los autores pro-imperialistas.

La inconsistencia de estas observaciones salta a la vista en cualquier lectura contemporánea. Pero los disparos verbales sin contenido eran muy frecuentes en una época de razonamientos orquestados en torno a fidelidades o herejías hacia el partido. Cueva se ubicó en un ámbito político próximo al comunismo sin compartir esos códigos. Nunca sustituyó la reflexión por la demolición de los disidentes.

Tampoco crucificó a los teóricos de la dependencia por su resistencia a endiosar a la Unión Soviética, ni estimó que le “hacían el juego al imperialismo” por soslayar panegíricos del “campo socialista”.

El pensador ecuatoriano desarrolló, en cambio, los argumentos endogenistas sugeridos por varios críticos comunistas de la teoría de la dependencia. Transformó vagas observaciones en sólidos planteos, objetando especialmente la atención unilateral por los procesos de circulación comercial, en desmedro de la dinámica productiva del capitalismo.

Cueva resaltó también la importancia de priorizar el atraso agrario como explicación del subdesarrollo subrayando el peso del latifundio, la gravitación de la renta y la incidencia del campesinado. Postuló que la asfixia endógena generada por el estancamiento agrario era más gravitante que la exacción exógeno-imperial.

Pero a diferencia del endogenismo tradicional, Cueva nunca atribuyó el retraso de la región a la persistencia de resabios feudales, ni planteó la necesidad de una alianza con la burguesía para superar esa rémora.

El teórico andino desarrolló la crítica al exogenismo de Frank sin compartir los preceptos del endogenismo tradicional. Rechazó el mecánico esquema de etapas históricas sucesivas y razonó con criterios de desarrollo desigual y combinado.

En su madurez Cueva ponderó la atención de la Teoría de la Dependencia al lugar internacional de América Latina, pero continuó señalando la

carencia de nítidas conexiones analíticas con los parámetros locales. Resaltó la génesis nacional del capitalismo y subrayó los determinantes internos de la acumulación. Buscó por esa vía aportar fundamentos endógenos al dependentismo.

COINCIDENCIAS CONTRA EL POS-MARXISMO

Con el afianzamiento de las dictaduras la Teoría de la Dependencia perdió gravitación. En los años 80 algunos autores diagnosticaron la disolución de esa escuela, junto al declive de los proyectos emancipación (Blomstrom; Hettne, 1990: 105, 250-253).

Ese retroceso no obedeció a miradas erróneas de la realidad latinoamericana, sino a las derrotas sufridas por los movimientos revolucionarios. Los conceptos de la dependencia no sucumbieron. Fueron silenciados por la contra-reforma neoliberal (López Hernández, 2005). La teoría que dominó el escenario precedente quedó relegada por motivos políticos y perdió interés entre nuevas generaciones distanciadas de la radicalidad anticapitalista.

La derrota electoral del Sandinismo en 1989 inauguró un repliegue de los proyectos socialistas, que se profundizó con la implosión de la Unión Soviética. La Teoría de la Dependencia decayó como consecuencia de ese retroceso.

Cueva y Marini receptaron de inmediato el golpe e iniciaron un proceso de aproximación en numerosos terrenos, aunque disintieron en la caracterización de las dictaduras.

El pensador ecuatoriano definió a esas tiranías como regímenes fascistas, equiparables a la barbarie de entre-guerra (Cueva, 1979a: 7-11). El teórico brasileño resaltó, en cambio, las diferencias con lo ocurrido en el Viejo Continente. Destacó la debilidad de las burguesías latinoamericanas, que aceptaban el rol sustituto de los militares sin forjar bases propias de sustentación política (Marini, 1976b).

Más allá de estos matices, ambos pensadores convergieron de inmediato en la prioridad de la resistencia democrática. Cuando decayeron las

tiranías denunciaron los pactos concertados por los partidos tradicionales con los militares para perpetuar la cirugía neoliberal.

Cueva desplegó una intensa polémica con los autores que justificaban esas negociaciones. Señaló que esos acuerdos socorrían a los gendarmes, consagraban su impunidad y garantizaban las transformaciones regresivas del neoliberalismo (Cueva, 2012). Marini expuso la misma denuncia, mediante categóricos rechazos de la tutela militar de las transiciones pos-dictatoriales.

Pero la principal batalla convergente de Cueva y Marini fue la crítica a los intelectuales pos-marxistas (Laclau). Estos autores abandonaron el análisis de clase, desecharon la centralidad de la opresión imperial y consideraron perimida la acción de la izquierda. También redescubrieron la socialdemocracia y se reencontraron con los viejos partidos dominantes (Chilcote, 1990).

En este escenario Cueva y Marini concentraron todos sus dardos en la defensa del antiimperialismo y el socialismo y polemizaron con la presentación mistificada del capitalismo como un régimen inmodificable.

El escritor ecuatoriano también modificó en ese período su valoración del populismo. En vez de resaltar la funcionalidad de esa vertiente para la ideología burguesa, subrayó el fermento que aportaba a las concepciones jacobinas, que en América Latina enlazaban al nacionalismo radical con el socialismo (Cueva, 2012: 183-192).

En el mismo período Marini retornó a Brasil después de 20 años de exilio y enfrentó la hostilidad de los ex dependentistas acomodados en el universo académico. Denunció ese amoldamiento y retomó sus debates con Cardoso (Marini, 1991). La confluencia con Cueva fue un resultado natural de esa batalla contra adversarios comunes.

REENCUENTRO CON LA DEPENDENCIA

Cueva y Marini encararon una discusión también convergente con los teóricos neo-gramscianos (Aricó, Portantiero). Esa corriente reformulaba el pensamiento del comunista italiano, para derivar de

ese enfoque una visión laudatoria de la democracia. Ignoraba el perfil distintivo de ese sistema político en los diversos regímenes sociales y estimaba que el antiimperialismo y la dependencia eran conceptos obsoletos.

Cueva rechazó esa visión presentado nuevos datos de la subordinación económica y el sometimiento político de América Latina. Ilustró cómo la dependencia se había acentuado con el agravamiento del endeudamiento externo (Cueva, 1986).

El teórico ecuatoriano señaló que el subdesarrollo persistía junto a los procesos de modernización. Resaltó la combinación de pobreza y opulencia vigente en Brasil (“Belindia”) y demostró la inexistencia de una aproximación de la economía latinoamericana con los países centrales (Cueva, 1979a: 7-11).

Con esta exposición Cueva precisó sus caracterizaciones anteriores. Afirmó que en los años 70 había criticado a la Teoría de la Dependencia desde posturas de izquierda, antagónicas con los cuestionamientos derechistas que observaba veinte años después. Declaró su total oposición a estas miradas y revalorizó los aciertos de la concepción que había cuestionado.

Cueva ratificó su proximidad con la Teoría de la Dependencia, aclarando que nunca negó la sumisión latinoamericana al orden imperial. Ratificó su pertenencia al mismo ámbito antiimperialista de los autores que objetó en el pasado. Señaló que sólo pretendió completar el enfoque dependentista, para superar su desconsideración de los determinantes internos del subdesarrollo (Cueva: 1988).

El pensador ecuatoriano expuso esta reconsideración con elogios al trabajo de Marini (Cueva, 2007:139-158) y a las posturas adoptadas por Dos Santos durante su retorno a Brasil (Cueva, 1986). A su vez, Marini reivindicó las críticas de Cueva a los intelectuales pos-marxistas y ponderó sus diferencias con otros autores endogenistas (Marini, 1993).

EL CAMINO INVERSO

Cueva fue el último exponente del endogenismo marxista y el precursor de una síntesis con la Teoría de la Dependencia. Buscó soluciones en el marxismo latinoamericano a los cuestionamientos que afrontaba esa última concepción. Siguió un rumbo contrario a otros pensadores de su tradición, que optaron por el rechazo del esquema centro-periferia y adoptaron una teoría comparativa de los capitalismos nacionales.

En ese curso se embarcó, por ejemplo, el inspirador francés de la Teoría de la Regulación, Alain Lipietz. Este pensador no trabajó específicamente la problemática latinoamericana, pero asimiló en sus inicios el mismo marxismo althusseriano de Cueva.

Con ese fundamento conceptual estudió la dinámica de los modos de producción articulados buscando comprender la singularidad de los modelos nacionales. Desde esa óptica expuso también fuertes objeciones a la Teoría de la Dependencia por su desconsideración de las condiciones internas (Lipietz, 1992: 20, 34-39, 62).

Pero a mediados de los 80 declaró su “cansancio” con el antiimperialismo y las interpretaciones marxistas del subdesarrollo. Objetó el principio de la polarización mundial, señalando que no existe un lugar predeterminado para cada economía en la división internacional del trabajo. Subrayó la existencia de muchos sitios disponibles para situaciones de dependencia o autonomía (Lipietz, 1992: 12-14, 25-30, 38-41).

El teórico francés concluyó este razonamiento ponderando la existencia de una gran variedad de capitalismos nacionales, cuyo rumbo es definido por las elites gobernantes, en función de escenarios sociales e institucionales cambiantes.

Esta tesis nutrió la Teoría de la Regulación -que mixturaba marxismo con heterodoxia keynesiana- y derivó posteriormente en las concepciones social-desarrollistas, que promueven esquemas de capitalismo redistributivo.

En este enfoque se verifican dos problemas que Cueva logró evitar. Por un lado, el abandono del

horizonte socialista condujo a Lipietz, a concebir márgenes ilimitados del capitalismo para lidiar con sus propios desequilibrios.

Esa mirada supone que el mercado puede ser mejorado perfeccionando las instituciones, que la rentabilidad puede ser acotada con regulaciones estatales, que la explotación puede neutralizarse y que las crisis son manejables con dispositivos macro-económicos.

Con esos presupuestos de capitalismo auto-correctivo se promueve el régimen de acumulación más conveniente, para un sistema que siempre encontraría soluciones a sus contradicciones. De la descripción inicial de formas variadas del capitalismo se pasa a un diagnóstico de auto-superación de ese sistema, mediante tránsitos de un régimen de acumulación a otro (Husson, 2001:171-182).

El segundo problema de esta modalidad de endogenismo burgués es la omisión de los condicionamientos objetivos que impone la mundialización. Se supone que el capitalismo vigente en cada país constituye una elección soberana de sus ciudadanos.

Al resaltar la determinación puramente interna del curso imperante en cada nación se olvida cómo el capitalismo mundializado modela esas dinámicas nacionales.

La hostilidad a la teoría de la dependencia termina resucitando creencias de libre elección e imaginarios de capitalismo electivo. Cueva sorteó esos desaciertos al intuir las nuevas modalidades de subdesarrollo que genera la mundialización.

LA SÍNTESIS TEÓRICA

El camino de convergencia con Marini seguido por Cueva abrió el rumbo para una síntesis teórica. Ese empalme quedó planteado por el alineamiento de Cueva en el campo del dependentismo, no sólo como reacción frente a las críticas derechistas. El escritor andino reconoció la validez general de la vertiente marxista de esa concepción y distinguió ese enfoque de las simplificaciones de Frank y las inconsistencias de Cardoso.

Esta reconsideración permitió entender que la interpretación endogenista no era incompatible con la caracterización dependentista del subdesarrollo latinoamericano. Convergián de la misma forma que sintonizaron los marxistas de posguerra en la evaluación de la relación centro-periferia. Las mismas afinidades que conectaron a Sweezy-Baran, Amin y Mandel aunaron a los teóricos sudamericanos.

El encuentro de Cueva con Marini permitió decantar la teoría de la dependencia, depurar sus conceptos e incorporar aportes de otros pensadores. Esa síntesis fue un proceso de maduración simultánea. Al mismo tiempo que Cueva revalorizó la obra de sus viejos contendientes, Marini, Dos Santos y Bambirra afianzaron su distanciamiento de Frank y Cardoso.

La aproximación de endogenistas y exogenistas no implicó unanimidad, ni coincidencia plena. Cueva reafirmó su desacuerdo con varios conceptos de Marini. Resaltó el interés de los diagnósticos del ciclo productivo dependiente, pero remarcó la supremacía de la dimensión financiera .

El pensador ecuatoriano tampoco consideró satisfactorio el concepto de superexplotación, que siguió observando como una variante de la pauperización absoluta. Pero defendió enfáticamente a Marini de las acusaciones de “estancacionismo”, recordando que ese defecto signó la obra de Furtado (Cueva, 2012: 199-200) .

En la síntesis de Marini con Cueva se encuentran los pilares de una caracterización integral del status de América Latina. Partiendo de la condición subordinada y retrasada de la zona, esa visión permite distinguir tres niveles de análisis.

En el plano económico la región es subdesarrollada en comparación a los países avanzados. En la división internacional del trabajo Latinoamérica ocupa un lugar periférico, contrapuesto a la inserción privilegiada que detentan las potencias centrales. En el aspecto político padece dependencia, es decir márgenes de autonomía estrechos y contrapuestos al rol dominante que ejercen los imperios.

Subdesarrollo, periferia y dependencia constituyen, por lo tanto, conceptos conectados a una misma condición. Estas tres nociones no aparecen claramente diferenciadas en Cueva y en Marini, pero han sido precisadas por autores posteriores (Domingues, 2012) .

El marxista ecuatoriano y sus pares brasileños sugirieron una nítida interrelación entre los tres conceptos. Señalaron que la subordinación periférica al mercado mundial define distintos niveles de subdesarrollo, que son acentuados por la dependencia política.

Cueva y Marini resaltaron los márgenes reducidos que tiene América Latina -bajo el capitalismo- para modificar su status. Esta óptica difiere del camino abierto al desarrollo que imaginó Cardoso a partir de los años 80. También discrepa del sendero complemente cerrado a cualquier alteración que supuso Frank en la década del 70.

Los teóricos marxistas realizaron, además, exploraciones muy originales de las diferencias existentes al interior de la región. Cueva presentó un esquema de subdesarrollo desigual determinado por el grado de penetración capitalista vigente en cada país. Bambirra expuso una detallada clasificación de esas variedades y Marini investigó las singularidades de la economía más industrializada de la región.

En este abordaje cada autor jerarquizó distintas localizaciones. Cueva centró su atención en los países con resabios pre-capitalistas y Marini en las estructuras de mayor desenvolvimiento fabril.

Por esa razón el primer autor utilizó criterios endógenos aptos para el estudio del subdesarrollo agrario. El segundo privilegió en cambio parámetros de conexión con el mercado mundial, que son más útiles para comprender los desequilibrios de las economías semiindustrializadas.

CONVERGENCIA METODOLÓGICA

Una síntesis de Cueva con Marini permite superar la contraposición entre primacía del abordaje

interno o externo en la interpretación del subdesarrollo.

Cueva criticó el externalismo simplificador, indagando cómo rigió en América Latina una articulación variable de los modos de producción, como consecuencia del insuficiente desarrollo capitalista. Analizó la cadena de determinaciones recíprocas que se estableció entre elementos internos retrasados y componentes externos avanzados. Por su parte Marini indagó de qué forma el capitalismo internacional condiciona todas las relaciones internas de la región.

La maduración de ambas miradas contribuyó a dejar atrás posiciones binarias igualmente reduccionistas. El énfasis en la subordinación externa o en la carencia del desarrollo interno - como causa del retraso- debe modificarse según la etapa histórica analizada o la zona específicamente estudiada.

Es evidente que la devastación externa fue el dato central en las primeras décadas de la conquista de América, mientras que la regresión interna prevaleció durante la fase posterior de consolidación del latifundio. A su vez la depredación externo-colonial padecida por los enclaves mineros difirió del estancamiento endógeno-agrario, generado por el afianzamiento de las haciendas.

La Teoría de la Dependencia provee un acertado esquema de explicación de la subordinación sufrida por América Latina. Pero necesita el complemento analítico del endogenismo, para analizar el bloqueo interno generado por la prolongada preeminencia de modalidades pre-capitalistas.

Osorio remarca cómo esa integración combina un abordaje totalizador del capitalismo dependiente, con un estudio peculiar de las formaciones históricas de la región. Destaca que estas modalidades sólo pueden ser esclarecidas evaluando su inserción en el mercado mundial. La teoría marxista de la dependencia define un marco analítico enriquecido por el endogenismo (Osorio, 2009: 94-98).

La profundización de esta síntesis exige dejar atrás tres equívocos. En primer lugar la visión sin historicidad del esquema metrópoli-satélite, que confunde la situación colonial con la dependencia posterior, suponiendo que una misma contradicción se repite a lo largo del tiempo en estructuras invariables (Osorio, 2009: 86-89).

En segundo término, corresponde abandonar el diálogo de sordos que se entabló entre las tesis de la colonización feudal y capitalista, desconociendo que la inserción de América Latina en el mercado mundial exigió recurrir a formas pre-capitalistas de producción (Osorio, 2009: 44-47).

En tercer lugar hay que superar la falsa disyuntiva entre exogenistas puros, que ignoran cómo el capitalismo dependiente internaliza los condicionamientos externos y endogenistas puros, que desconocen la forma en que América Latina quedó inscrita en el mercado internacional (Osorio, 2009: 82-85).

El empalme de Cueva con Marini, Dos Santos y Bambirra resuelve esos escollos a partir de un abordaje integrado, que asigna alta significación a la lucha de clases en el devenir de la historia. En los cuatro autores lo interno y lo externo no alude exclusivamente a desarrollos económicos, conquistas militares o hegemonías políticas. Se refiere a incidencias y desenlaces de la confrontación clasista.

Estos enfoques se alejan del funcionalismo de Cardoso y del distanciamiento de la acción política de Frank. Razonan en una tradición de atención simultánea al desenvolvimiento de las fuerzas productivas y a los resultados de la batalla social.

La convergencia de endogenistas y exogenistas contribuye a esclarecer también el controvertido status metodológico de la teoría marxista de la dependencia. Al principio Cueva planteó la inexistencia de leyes del capitalismo dependiente, estimando que esas normas sólo rigen para los modos de producción (capitalismo) y no para las modalidades específicas de esos sistemas (dependencia). Marini y Dos Santos definieron, en

cambio, leyes de funcionamiento particulares de las regiones subdesarrolladas.

Al exigir una categorización tan restrictiva del objeto estudiado, la visión inicial de Cueva cerraba el camino para estudiar el funcionamiento específico de la periferia. Varios autores propusieron resolver esa encerrona, liberando la concepción de las fuertes exigencias que supone una teoría.

Sugirieron estudiar la dependencia como un paradigma, es decir un modelo aceptado por la comunidad de las ciencias sociales, a partir de las innovaciones radicales en las miradas prevalecientes (Blomstrom; Hettne, 1990) . En la misma línea de pensamiento otros autores postularon caracterizar a la dependencia como una perspectiva, un enfoque o un punto de vista (Johnson, 1981).

En todas esas visiones se observa a la dependencia con un programa de investigación positivo. Su estudio permite esclarecer las relaciones centro-periferia, más allá del status epistemológico de esa indagación (Henfrey, 1981).

El paradigma de la dependencia y del subdesarrollo estudia, por lo tanto, la dinámica de la acumulación que distingue a la periferia e indaga las modalidades de funcionamiento específico del capitalismo dependiente.

En este abordaje tienen cabida las distintas variedades históricas de modos de producción y formaciones económico-sociales que rigieron en América Latina. Este enfoque incorpora, además, nuevos conceptos como el patrón de reproducción, para estudiar los modelos peculiares del capitalismo dependiente, en los períodos contemporáneos (Osorio, 2012:37-86) . Las investigaciones iniciadas por Marini y Cueva inspiraron este fructífero desarrollo reciente .

BALANCES Y DECLIVES

La importancia de la convergencia de Cueva con Marini fue percibida por varios analistas. Registraron cómo las divergencias entre ambos autores se redujeron al compás de sus coincidencias

políticas. Ese empalme esclareció las desinteligencias precedentes y permitió superarlas a fines de los 80. Los dos teóricos se reencontraron en el escenario neoliberal, desarrollando una batalla común en defensa del socialismo (Gandásegui, 2009).

En esta convergencia definieron un abordaje similar para caracterizar la lógica del subdesarrollo y para desentrañar las causas de las brechas que separan a las economías avanzadas y retrasadas (Chilcote, 1981). En el nuevo marco político se decantaron las viejas posiciones (Moreano, 2007) y se verificó que expresaban variantes de una misma matriz conceptual (Bugarelli, 2011).

Este empalme puede ser visto como otro ejemplo de la revisión más general de las interpretaciones que contraponían las lecturas “productivista” y “circulacionista” de Marx (Munck, 1981). La síntesis consumada ilustró la maduración del pensamiento social latinoamericano, que comparte ópticas antiimperialistas para el estudio de la región.

El contrapunto entre dependentismo y endogenismo perdió sentido a fin del siglo XX. Pero la maduración de Cueva también expresó el declive de un enfoque afectado por la definitiva extinción de los estadios pre-capitalistas.

El endogenismo ilustró la dinámica latinoamericana de la época colonial y clarificó la gravitación del atraso agrario en la era del imperialismo clásico. Pero tuvo escasa gravitación para indagar lo ocurrido durante de posguerra y no tiene relevancia para comprender el actual período de dominio pleno del capitalismo.

En esta etapa se han disuelto todos los resabios de los modos de producción articulados en formaciones económicas diferenciadas. En el siglo XXI sólo pueden distinguirse modelos, variedades o patrones de acumulación del capitalismo vigente en cada país. Ninguno de esos esquemas mantiene resabios pre-capitalistas.

El endogenismo se debilitó con la extinción de esas rémoras en el sector agrario. El caso mexicano -tan

observado por esa corriente -ilustra la reorganización radical de la vida rural bajo el patrón del agro-business, el fin de la auto-suficiencia, la sustitución de la vieja alimentación por las importaciones y la especialización en nuevos productos rentables.

Lo mismo se verifica en todas las economías andinas. El tipo de conflictos que genera esta transformación -desigualdad, éxodo rural, desposesión, lumpenización, narco-tráfico, informalidad laboral- es típico del capitalismo contemporáneo.

La propia definición endogenista del crecimiento como expansión del capitalismo explica su pérdida de significación. La consolidación de ese sistema quita utilidad a todas las observaciones precedentes sobre el desenvolvimiento insuficiente de ese modo de producción.

El declive endogenista también obedece a la pérdida de centralidad de las economías nacionales como consecuencia de la mundialización. Esa expansión recorta drásticamente todas las explicaciones del subdesarrollo en clave nacional (Chinchilla; Dietz, 1981).

Esa referencia era primordial para explicar cómo se articulaban varios modos de producción en cierto espacio regional bajo la custodia del estado. Pero la gravitación de la economía global redujo primero y anuló después la autonomía de esos procesos (Barkin, 1981). El avance de la internacionalización acrecienta drásticamente la primacía de los factores exógenos y explica la pérdida de interés en el endogenismo.

Pero ese declive colocó todos los interrogantes en el polo opuesto. ¿Qué ocurrió con los enfoques que enfatizan el condicionamiento externo como causa del atraso latinoamericano? ¿Cómo se relacionó la escuela del Sistema Mundial con la Teoría de la Dependencia? Abordaremos este tema en nuestro próximo artículo.

REFERENCIAS

-Angotti, Thomas (1981). The political implications of Dependency Theory, Latin American Perspectives, vol 8, n 3-4, Jan.

-Bambirra, Vania (1978). Teoría de la dependencia: una anti-crítica, Era, México.

-Barkin, David (1981). Internationalization of Capital: An Alternative Approach, Latin American Perspectives, Vol. 8, No. 3/4, Summer -Autumn.

-Blomstrom, Magnus; Hettne Bjorn (1990). La teoría del desarrollo económico en transición, Fondo de Cultura Económica. México.

-Boron, Atilio (2008). Teorías de la dependencia, Realidad Económica, n 238, agosto-septiembre, Buenos Aires.

-Bugarelli, Luiz (2011). Dependência e Revolução na América Latina: uma introdução ao debate de Agustín Cueva e Ruy Mauro Marini, www.uff.br/niepmarxmarxismo/.../AMC333F.pdf

-Chilcolte, Ronald (1981). Issues of Theory in Dependency and Marxism, Latin American Perspectives , vol 8, n 3-4, Jan.

-Chilcote, Ronald (1983). Teorías reformistas e revolucionarias de desenvolvimiento e subdesenvolvimiento, Revista Economía Política Vol . 3, N 3, julio- setembro.

-Chilcote, Ronald (1990). Post-Marxism: The Retreat from Class in Latin America, Latin American Perspectives , vol. 17, nº 2.

-Chinchilla, Norma Stoltz; Dietz, James Lowell (1981). Toward a new understanding of development and underdevelopment, Latin American Perspectives, vol 8, n 3-4, Jan.

-Cueva, Agustín (1973). El desarrollo del capitalismo en América Latina, Siglo XXI, México.

-Cueva, Agustín (1976). Problems and Perspectives of Dependency Theory, Latin American Perspectives, Vol. 3, No. 4, Autumn.

- Cueva, Agustín (1977). Comentario, Clases sociales y crisis política en América Latina , Siglo XXI, México.
- Cueva, Agustín (1978). El uso del concepto de modo de producción en América Latina: algunos problemas teóricos, Modos de producción en América Latina, Ediciones de Cultura Popular, México.
- Cueva, Agustín (1979a). Teoría social y procesos políticos en América Latina, Línea Crítica, Edicol, México.
- Cueva, Agustín (1979b). ¿Vigencia de la “anticrítica” o necesidad de autocrítica? respuesta a Theotonio Dos Santos y Vania Bambirra, Teoría social y procesos políticos en América Latina. México: UNAM.
- Cueva, Agustín (1982). Cultura, Clase y Nación, Cuadernos Políticos, no 20, ERA, México.
- Cueva, Agustín (1986). Entrevista: Ciencias sociales y marxismo hoy, Sociológica , UAM, vol 1, n 1, México.
- Cueva, Agustín (1988). Prólogo a la edición ecuatoriana , Teoría social y procesos políticos en América Latina, Línea Crítica.
- Cueva, Agustín (2007). El marxismo latinoamericano: historia y problemas actuales, Entre la ira y la esperanza. CLACSO- Prometeo, Buenos Aires.
- Cueva, Agustín (2012). Las interpretaciones de la democracia en América Latina, en Algunos problemas, Ensayos Sociológicos y Políticos, Ministerio de Coordinación de la Política y Gobiernos Autónomos Descentralizados, Quito, febrero.
- Domingues, José Mauricio (2012). Desarrollo, periferia y semiperiferia en la tercera fase de la modernidad global, CLACSO, Buenos Aires.
- Dos Santos, Theotonio (1978). Imperialismo y dependencia, ERA, México,
- Dos Santos Theotonio, (2009). Bendita Crisis, socialismo y democracia en el Chile de Allende, El Perro y la Rana, Caracas.
- Dos Santos, Theotonio; Bambirra, Vania (1980). La estrategia y la táctica socialistas de Marx y Engels a Lenin, México, ERA.
- Fernández Raúl A; Ocampo José F (1974). The Latin American Revolution: A theory of imperialism, not dependence , Latin American Perspectives , Vol. 1, No. 1, Spring.
- Frank, André Gunder (1970). Capitalismo y subdesarrollo en América Latina , Siglo XXI, Buenos Aires.
- Frank, André Gunder (2005). Celso Furtado y la teoría de la dependencia, Revista Memoria , enero, México.
- Gandásegui, Marco A (2009). Vigencia e debate en torno da teoría da dependencia. A América Latina e os desafios da globalizacao, Boitempo, Rio.
- Henfrey, Colin (1981). Dependency, modos of production and class analysis of Latin America, Latin American Perspectives, vol 8, n 3-4, Jan.
- Howard, M.C; King, J. E. (1989). A History of Marxian Economics, vol 2, Princeton University Press.
- Husson, Michel (2001). L'école de la Regulation de Marx a la fondation Saint Simon: un aller sans retour?, Bidet Jacques, Kouvélakis Eustache, Dictionnaire Marx contemporaine , Puf, Paris.
- Johnson, Dale L (1981). Economism and determinism in Dependency Theory , Latin American Perspectives , vol 8, n 3-4, Jan
- Katz, Claudio (2016). El surgimiento de las teorías de la dependencia, 26 /7, www.rebellion
- Kaye, Harvey J (1989). Los historiadores marxistas británicos , Universidad de Zaragoza.
- Lipietz, Alain (1992). Espejismos y milagros: problemas de la industrialización en el Tercer Mundo , Editores Tercer Mundo, Bogotá.

- López Hernández Roberto (2005) La dependencia a debate, Latinoamérica, 40, enero, México.
- Marini, Ruy Mauro (1973). Dialéctica de la dependencia, ERA, México.
- Marini, Ruy Mauro (1976a). La pequeña-burguesía y el problema del poder, El reformismo y la contrarrevolución. Estudios sobre Chile. Era, México.
- Marini, Ruy, Mauro (1976b). Dos estrategias en el proceso chileno, El reformismo y la contrarrevolución. Estudios sobre Chile. Era, México.
- Marini, Ruy Mauro (1991). Memoria, www.marini-escritos.unam.mx/001.
- Marini, Ruy Mauro (1993). La crisis teórica, América Latina: integración y democracia, Editorial Nueva Sociedad, Caracas.
- Martins, Carlos Eduardo (2009). André Gunder Frank: el intelectual insurgente, C y E, Año I N° 2 Primer Semestre, bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/secret/
- Moreano, Alejandro (2007). Agustín Cueva hoy, Entre la ira y la esperanza, CLACSO-Prometeo, Buenos Aires.
- Munck, Ronaldo (1981). Imperialism and dependency: recent debates and old dead ends, Latin American Perspectives, vol 8, n 3-4, Jan.
- Osorio, Jaime, (2009). Explotación redoblada y actualidad de la revolución . ITACA, UAM, México.
- Osorio, Jaime (2012). Padrão de reprodução do capital: uma proposta teórica, Padrão de reprodução do capital , Boitempo, Sao Paulo.
- Prado, Maria Lígia Coelho (1992). A trajetória de Agustín Cueva , Estudos Avancados, vol.6 no.16, Sept./Dec, São Paulo.
- Salama, Pierre. El proceso de subdesarrollo, Era, México.
- Tinajero, Fernando (2012) . Agustín Cueva o la lucidez apasionada, Agustín Cueva Ensayos Sociológicos y Políticos , Ministerio de Coordinación de la Política y Gobiernos Autónomos Descentralizados, Quito, febrero.
- Vitale, Luis (1981). Los períodos de transición en la historia económica y social de América Latina, Seminario de Historia de Latinoamérica, http://mazinger.sisib.uchile.cl/repositorio/lb/filosofia_y_humanidades/vitale/obras/sys/dth/d.pdf